CIERTOS CUENTOS CIERTOS

CUENTOS CIERTOS CUENTOS CIERTOS CUENTOS CIERTOS

CIERTOS CUENTOS

CUENTOS CIERTOS

MAX

AUB

CUENTOS CIERTOS CUENTOS CIERTOS CUENTOS CIERTOS

CUENTOS CIERTOS CUENTOS CIERTOS CUENTOS CIERTOS

CUENTOS CIERTOS CUENTOS

Escritos entre 1945 y 1955, los relatos que forman *Ciertos cuentos* no tienen la suerte divulgativa que merecían hasta que en 1994 y en 2001 son reeditados por la Fundación Max Aub. Los críticos que han profundizado en este libro coinciden en que son el realismo de lo cotidiano y la fantasía sus dos columnas vertebrales.

Ciertos cuentos es, por su variedad genérica y por su intención transgresora, una de las colecciones más atractivas de la literatura fantástica que se escribió en el exilio.

Max Aub

Ciertos cuentos

ePub r1.0
Titivillus 19.06.2020

Título original: *Ciertos cuentos*
Max Aub, 1955

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Autorretrato de memoria

LA LANCHA

ÉL DECÍA que era de Bermeo, pero había nacido del otro lado de la ría de Mundaca. Lo que pasaba era que aquel caserío no tenía nombre, o varios, que es lo mismo. Esas playas y escarpes fueron todo lo que supo del mundo. Para él el Finisterre se llamaba Machichaco, Potorroarri y Uguerriz; el Olimpo, Sollube; París, Bermeo; y los Campos Elíseos, la Alameda de la Atalaya. Su mundo propio, su Sahara, el Arenal de Laida y el fin del mundo, por oriente, el Ogoño, tajado a pico por todas partes, romo y rojizo. Más allá estaba Elanchove y los caballeritos de Lequeitio, en el infierno. Su madre fue hija de un capataz de una fábrica de armas de Guernica. El padre, de Matamoros y minero: no duró mucho. Lo llamaban *El Chirto* quizá porque era medio tonto. Cuando se puso malo dejó las minas —Franco-Belges des Mines de Somorrostro— y se vino a trabajar en una serrería. Allí, entre máquinas de acepillar y manchihembrar, creció Erramón Churrimendi.

Lo que le gustaba eran las lanchillas pequeñas de vapor, las boniteras, las traineras para la sardina. Los aparejos de pescar: los palangres, los cedazos, las nazas, las redes. El mundo era el mar y los verdaderos seres vivos las merluzas, los congrios, los meros, los atunes, los bonitos. Sacar con salabardo el pescado moviente; pescar anchoas o sardinas con luz o al galdeo, atún y bonito con curricán, a la cacea.

Con sólo poner el pie en una barca, se mareaba. No tenía remedio. Acudió a todas las medicinas oficiales y escondidas, a todos los consejos dichos o susurrados. A don Pablo —el de la botica—, a don Saturnino —el del Ayuntamiento—, a Cándida —la criada de don Timoteo—, al médico de Zarauz, que era de Bermeo. No le valió: con sólo poner el pie en una barca, se mareaba. Él mismo recurrió a cien estratagemas: embarcarse en ayunas, bien almorzado, sobrio, borracho, al desvelo; y aun a los ensalmos que le proporcionó la Sebastiana, la del arrabal; a las cruces, a los limones,

al pie derecho, al izquierdo, a las siete en punto de la mañana, al cuarto creciente, a las mareas, a los amuletos, a las yerbas, al día de la semana, a las misas y padrenuestros, a la sola voluntad y sueño propio: —«Ya no me mareo, ya no me mareo»—. Pero no tenía remedio. Tan pronto como pisaba una tabla moviente, se le revolvía el adentro, perdía la noción de sí mismo y se tenía que acurrucar en una esquina de la lancha procurando pasar inadvertido de los pescadores que lo llevaban. Pasaba unos ratos terribles. Pero no era de los que desmayaban y durante años intentó repetidamente la aventura. Porque, claro, la gente se reía de él —poco, pero se reía de él. Luego se aficionó al vino, ¿qué iba a hacer? El chacolí es un remedio. Erramón no se casó, ni siquiera le pasó por las mientes el hacerlo. ¿Quién se iba a casar con él? Era un buen hombre. Eso lo reconocían todos. Y tampoco tenía la culpa de nada. Pero se mareaba. El mar jugaba con él sin derecho alguno.

Dormía en un barracón, cerca de la ría. Aquello era suyo. Hubo allí un hermoso roble —si digo hubo, por algo será—. Era un árbol de veras espléndido. Alto tronco, altas ramas. Un roble como hay pocos. El árbol era suyo y cada día, cada mañana, cada noche, al paso, el hombre tentaba el tronco como si fuese la grupa de un caballo o el flanco de una mujer. A veces hasta le hablaba. Le parecía que la corteza era tibia y que el árbol le quedaba agradecido. La rugosidad del tronco correspondía perfectamente a la epidermis carrasposa de las palmas de las manos de Erramón. Se entendían muy bien él y su roble.

Erramón era un hombre muy metódico. Trabajaba en lo que fuera con tal de que no fuese lo mismo. Lo hacía todo con voluntad y aseo. Le llamaban para cien faenas distintas: componer redes, cavar, ayudar en la serrería que fuera de su padre; lo mismo alzaba una barba que calafateaba o se ganaba alguna peseta ayudando a entrar el pescado. No decir que no a nada. Además Erramón cantaba, y cantaba bien. En la taberna le tenían en mucho. Una de sus canciones —en vasco— decía:

—Todos los vascos son iguales.
—Todos menos uno.
—Y a ese ¿qué le pasa?
—Ése es Erramón.
—Y es igual a los demás.

Erramón soñó una noche que no se mareaba. Estaba solo en una barquichuela, mar adentro. La costa se veía fina y lejana. Sólo el Ogoño, rojo, relucía como un sol falso que se hundiera tierra adentro. Erramón era feliz como nunca lo fue. Se tumbó en el fondo de su lancha y se puso a mirar las nubes. Sentía en su espalda el vaivén inmortal del mar que le mecía. Las nubes pasaban veloces empujadas por un viento que le saludaba de largo. Las gaviotas dando vueltas le gritaban su bienvenida:

—¡Erramón, Erramón!

Y otra vez:

—¡Erramón, Erramón!

Parecían palomas de orla. Erramón cerró los ojos. Estaba en el mar y no se mareaba. Las olas le hamaqueaban en su bamboleo, flujo y reflujo eterno, tumbo va y tumbo viene, en dulce remecer y cunear… Tenía toda su niñez alrededor de la garganta y, sin embargo, en aquel momento, Erramón no tenía recuerdos; ni otros deseos que el de seguir siempre así. Acariciaba las paredes de su lancha. De pronto, sus manos le hablaron. Erramón levantó la cabeza sorprendido: ¡no se equivocaba! ¡Su bote estaba hecho con la madera de su roble!

Fue tal la impresión, que despertó.

De allí en adelante cambió la vida de Erramón. Se le metió en la cabeza que si hacía una lancha con su árbol no se marearía. Para no llevar a cabo ese crimen bebió más chacolí que de costumbre, pero no podía dormir. Se volvía y revolvía en su camastro, perseguido por las estrellas. Oía su sueño. Intentaba convencerse de lo absurdo que aquello era:

—Si me he mareado siempre, seguiré mareándome.

Se volvía sobre el costado izquierdo.

Se levantaba a mirar su árbol, lo acariciaba.

—Salgo perdiendo, ¿o qué?

Pero en el fondo comprendía que no debía hacerlo, que sería un crimen. ¿Qué culpa tenía su roble de que él se mareara? Pero Erramón no pudo resistir mucho tiempo la tentación de su sueño, y una mañana, él mismo, ayudado por Ignacio, el del aserradero, tumbó el árbol. Cuando cayó, Erramón se sintió muy triste y muy solo, como si se le hubiese muerto el ser más querido de la familia que ya no tenía. Le costaba trabajo reconocer ahora su barracón tan

solitario. Sólo de espaldas, frente a la ría, estaba tranquilo.

Cada tarde iba a ver cómo su roble se convertía en lancha. Sucedía eso en la misma playa donde su amigo Santiago, carpintero de ribera y calafate, la construía. Del tronco salió todo: quilla, varengas, cuadernas, roda y bao, hasta los asientos y los remos y un mastilillo, por si acaso.

Y así fue como una mañana de agosto en que el mar no lo parecía, de tan quieto, Erramón lo surcó, hacia dentro, en su barquichuela nueva. La lancha era de maravilla, volaba al impulso virgen del hombre; metía éste los remos con suavidad y luego echaba atrás la espalda antes de darle a sus brazos la contracción leve que le empujaba volandera. Por primera vez Erramón se sentía borracho: se le iba el santo al cielo. Se alejó de la costa. Metía el remo derecho para dar vueltas y luego el contrario para zigzaguear. Después los retiró y se puso a acariciar la madera de su bote. Lentas, las tablas rezumaban un poco de agua. Erramón llevó las manos a su frente para remojársela. La quietud era absoluta: ni una nube, ni un soplo de viento, ni siquiera una gaviota. La tierra se había sumergido. Erramón puso sus manos en la borda y la acarició. De nuevo sacó las palmas mojadas. Se extrañó un poco: hacía tiempo que las salpicaduras habían sido secadas por el sol. Recorrió con la vista el interior de la lancha: de toda ella trazumaba lentamente un poco de agua. En el fondo había ya una ligera capa brillante. Erramón no sabía a qué atenerse. Volvió a pasar la mano por los flancos de su barca. No había duda: la madera dejaba filtrar agua. Erramón miró en torno, una ligera inquietud empezó a roerle el estómago. Él mismo había ayudado a calafatear su bote y no le cabía duda que el trabajo se había realizado concienzudamente. Se inclinó a inspeccionar las junturas: estaban secas. ¡Era la madera la que exudaba el agua! Impensadamente se llevó la mano a la boca: ¡el agua era dulce!

Empezó a remar desesperadamente, pero el bote no se movía a pesar de sus frenéticos esfuerzos. Miró con afán a su alrededor. Le pareció que su lancha estaba encallada entre las ramas de un enorme árbol submarino, cogida como en una mano. Remó a cuanto más podía: el bote no adelantó. ¡Y ahora podía ver, ver con sus propios ojos, cómo la madera de su árbol extravenaba agua limpísima y fresca! Erramón cayó de rodillas y empezó a achicar

con las manos, que no traía balde.

Pero el casco seguía manando cada vez más abundantemente. Era ya un manantial de mil ojos. Y del mar parecían surgir ramas.

Erramón se santiguó.

No le volvieron a ver por las costas de Vizcaya. Unos dijeron que se le había apercibido por San Sebastián, otros que si en Bilbao. Algún marinero habló de un pulpo enorme que apareció por aquel tiempo. Pero, de cierto, nadie pudo dar ya razón de él. El roble volvió a crecer. La gente se alzó de hombros. Corrió la voz de que estaba en América. Luego, nada.

UBA-OPA

ERA del Yatenga, allí cerca de Onagadougou, tierra adentro. Se decía descendiente del rey Soninké, el Kaya Magan Sissé [1].

Estoy seguro de que me lo contó porque le propuse que se viniera conmigo a España:

—El mar es un círculo encantado, y todo el que lo atraviesa, cambia o perece.

Babua-Opó se había hecho muy amigo mío. No sé por qué. La simpatía no tiene nada que ver con los pigmentos epiteliales. Babua reía siempre y me miraba con ojos picaros. Ojos amarillos y rojos, y un labio inferior que barría con todo, como una catarata de lava. Me solía sentar a su lado y hablábamos muy largo con pocas palabras, las que sabíamos en el idioma del otro. Por eso, quizá, me figuro haber oído parte de lo que cuento: no se sabe nunca dónde acaba lo de los demás.

—Tú, negro.

Como me lo repitió varias veces supuse que era para demostrar el aprecio en que me tenía.

—Yo, negro —contestaba halagado.

—Tú no saber, pero tú: negro.

—Yo, negro.

—Todos negros.

No voy a intentar reproducir su manera de hablar porque sin la mímica sería falsa.

—Mi padre decía…

No se refería a su padre sino al abuelo de su abuelo o al tatarabuelo de su tatarabuelo: los blancos no han sorprendido nunca a los negros, ni aun aquellos portugueses, primeros que buscaron el reino del Preste Juan; tienen la superioridad del tiempo, siempre igual; tan llano el mar como el desierto, las penas y las sorpresas no tienen donde agarrarse.

Estábamos allí, en aquella rinconada del África, frente a

Fernando Poo. El calor era lo de menos.

—Hubo una vez un negro que era un gran nadador. En el agua resistía más que nadie. Un día hizo una apuesta que a todos pareció descabellada: iría nadando hasta la isla. Ninguno lo creyó, él se empeñaba, hizo una apuesta con el Gran Sacerdote. Y una mañana se fue tranquilamente mar adentro.

Mientras tuvo tierra a sus espaldas no pasó nada, pero cuando la perdió de vista se le acercó una sardina y le dijo al oído:

—Negro, negrito, si sigues adelante perderás el color…

El negro, que se llamaba

Uba-Opa

—lo cual equivale a Santiago— no le hizo caso y siguió nadando. Entonces se le acercó un salmonete y le dijo al oído:

—Negro, negrito, no olvides lo que te dijo la sardina. Si sigues adelante perderás el color…

Uba-Opa no le hizo el menor caso. Se sentía muy animoso y muy tranquilo y siguió nadando mar adentro. Entonces se le acercó una merluza y le dijo al oído:

—Negro, negrito, no te olvides de lo que te dijeron la sardina y el salmonete. Si sigues adelante perderás el color.

Uba-Opa se reía y nadaba, seguro de ganar la apuesta. Él conocía muy bien las tretas del Gran Sacerdote. Entonces se le acercó una lubina y le dijo al oído:

—Negro, negrito, no te olvides de lo que te dijeron la sardina, el salmonete y la merluza. Si sigues adelante perderás el color…

Uba-Opa no se preocupaba. Él estaba seguro de llegar a la isla y de ganar la apuesta. La verdades que ya había ido y vuelto antes sin decírselo a nadie. Entonces se le acercó un besugo y le dijo al oído:

—Negro, negrito, no te olvides de lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza y la lubina. Si sigues adelante perderás el color…

Uba-Opa no quería oír, sonreía porque había dejado una novia en la isla. Una novia tan bonita como la noche. Nadie lo sabía sino él y ella.

Uba-Opa

nadaba cada vez más y mejor. Entonces se le acercó una lisa y le dijo al oído:

—Negro, negrito, no te olvides de lo que te dijeron la sardina, el

salmonete, la merluza, la lubina y el besugo. Si sigues adelante perderás el color…

Uba-Opa se hizo el sordo. Empezaba a extrañarse de no llegar a la isla, pero seguía y seguía, sin cansarse. Entonces se le acercó un delfín y le dijo, bastante fuerte, al oído:

—Negro, negrito, no te olvides de lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza, la lubina, el besugo y la lisa. Si sigues adelante perderás el color…

Ub-Opa no hizo caso. Sacaba la cabeza para ver la estrella y asegurarse de que iba por el buen camino. Entonces se le acercó el pez espada y casi le gritó al oído:

—Negro, negrito, no te olvides de lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza, la lubina, el besugo, la lisa y el delfín. Si sigues adelante perderás el color…

»Uba-Opa empezó a preocuparse y pensó en las corrientes de las cuales había oído hablar, y que desconocía. Pero como no se cansaba no se preocupó. Entonces se le acercó un tiburón que le habló a gritos, cerca del oído:

—Negro, negrito, no te olvides de lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza, la lubina, el besugo, la lisa, el delfín y el pez espada. Si sigues adelante perderás el color…

Uba-Opa no quiso oírle. Le daba vergüenza volverse atrás y perder la apuesta. Siguió nadando como si tal cosa, brazada va y brazada viene. Entonces se le acercó la ballena que con su vozarrón terrible y espantoso le atronó al oído:

—Negro, negrito, no olvides lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza, la lubina, la lisa, el delfín, el pez espada y el tiburón. Si sigues adelante perderás el color…

Uba-Opa no le hizo caso. Pensaba en su novia negra como la noche, en la isla verde, y seguía nadando[2]. Nadó muchas horas, muchos días, muchas noches meses y meses; no se cansaba nunca. Mas no daba con la isla.

Aquí todos creyeron que se había muerto y se le hicieron grandes funerales y se repartieron sus bienes. Pero

Uba-Opa

seguía nadando y nadando hasta que una mañana llegó a una tierra desconocida y desierta.

Uba-Opa

descansó y luego empezó a recorrer aquella isla. Llegó a una fuente, tuvo sed y quiso beber. Pero al inclinarse se le apareció un hombre blanco y se asustó. Se volvió rápidamente para ver quién era aquel ser extraño, pero estaba solo. Se volvió a inclinar para beber y de nuevo apareció el hombre blanco.

Uba-Opa

abrió la boca y el hombre blanco hizo lo mismo. Entonces

Uba-Opa

se dio cuenta de que aquella cara era la suya y se puso a llorar [3].

Decidió volverse en seguida, seguro de que a medida que se acercara de nuevo a su tierra recobraría su color perdido. Y así se echó de nuevo a la mar nadando día y noche, noche y día. La ballena se le acercó y le dijo al oído:

—Ya te lo dije, y el tiburón, y el pez espada, y el delfín, y la lisa, y el besugo, y la lubina, y la merluza, y el salmonete, y la sardina. ¿Qué vas a hacer ahora?

Uba-Opa lloraba.

—Tendrás que cambiar hasta de nombre…

—Uba-Opa tenía la esperanza de recobrar su color y nadaba y nadaba cada vez con más fuerza. Se le acercó el tiburón, que dando vueltas a su alrededor le susurró:

—Ya te lo dijo el pez espada, y el delfín, y el besugo, y la lubina, y la merluza, y el salmonete, y la sardina. ¿Qué vas a hacer ahora?… Tendrás que cambiar hasta de nombre…

Uba-Opa empezaba a cansarse de tanto nadar. Entonces se le acercaron el pez espada, el delfín, la lisa, el besugo, la lubina, la merluza, el salmonete y la sardina, y bailándole en coro le dijeron:

—Ya te lo dijimos, ya te lo dijimos… Tendrás que cambiar hasta de nombre…

Uba-Opa sintió cómo el mar se le metía por los ojos y cómo sus brazos ya casi no le sostenían. Se acordaba de su color y le iban faltando las fuerzas. Cuando ya estaba dispuesto a morir —tristísimo de hacerlo blanco—, sus pies tocaron tierra. Y se encontró en Fernando Poo. Se fue en seguida a casa de su novia, pero ésta no le conoció. Y no quiso saber nada de él.

Uba-Opa

se miró en el agua y vio con tristeza que seguía siendo blanco. Entonces le contó a su novia todo lo que le había sucedido, y su

novia le reconoció. Ella quería mucho a
Uba-Opa
, pero le daba vergüenza su color: le parecía que estaba desnudo, dispuesto para la fiesta de la Luna Verde, que no podía mirarlo, porque era pecado. Entonces
Uba-Opa
le propuso que se fueran a la isla que había descubierto y cambiaran de nombre sin decírselo a nadie. Su novia, tras dudarlo mucho, porque quería entrañablemente a sus padres, acabó diciéndole que sí.

A la mañana siguiente echaron a nadar hacia el horizonte. Esta vez ningún pez se les acercó, mientras seguían hacia la estrella fija. La novia fue perdiendo también su color.
Uba-Opa
la iba mirando mientras nadaba y su corazón sufría. Tras muchos días y muchas noches llegaron a aquella tierra extraña y no supieron qué hacer. Anduvieron por largas playas hasta encontrar un hermoso jardín, y en él un árbol, y en el árbol una fruta que desconocían. No se atrevían a comerla cuando una anguila se desenrolló del tronco y empezó a hablarles. (La anguila es un pez envidioso al que castigaron quitándole las aletas y que desde entonces se arrastra por el fango).
Uba-Opa
no quería hacerle caso, pero su novia sí.

Lo que sucedió después lo sabes tú mejor que nosotros…

Babua-Opó no dijo más de aquello, luego añadió:

—Los negros lo éramos todo. Pero un día vinieron los hijos de
Uba-Opa
y su novia que, por lo visto, conocían la verdad de la historia. Empezaron a reclamarlo todo por suyo… ¿Qué podíamos hacer nosotros?… Luego se hicieron los amos. Todo sucedió porque un negro no le hizo caso a los peces. El mar es un círculo encantado. Todo el que lo atraviesa, cambia o perece. Tú no eres más que un negro desteñido [4] …

LA GABARDINA

A mi novia, que me lo contó.

TODAVÍA existía el carnaval. Es decir: hace muchos años. No importa: de todos modos no me van a creer. Se llamaba Arturo, Arturo Gómez Landeiro. No era mal parecido, sólo una gran nariz le molestaba para andar por el mundo. No era nariz descollante, pero sí una nariz un poco mayor de lo normal. Por ella pensó hacerse marino. Pero su madre no le dejó. Lo más sorprendente: que esto que cuento le sucediera a él; a veces me he preguntado el porqué sin atinar la contestación. Por lo visto las cosas extraordinarias le suceden a cualquiera; lo importante es cómo se enfrenta uno con la sorpresa. Si Arturo Gómez hubiese sido hombre excepcional, no escribiría esto: se hubiera encargado él de referirlo, o hubiese seguido adelante. Pero se asustó y no me queda más remedio que contarlo, porque no me sé callar las cosas.

Aquello empezó el 28 de febrero de 19… Arturo cumplía aquel día —mejor dicho, aquella noche— veintitrés años, cuatro meses y unos cuantos días. Que no se me olvide decir que era huérfano de padre, que su mamá le esperaba cada noche para verle regresar, entrar en su cuarto, meterse en la cama antes de acostarse a su vez; lo cual redundaba en cierta timidez que irradiaba del joven y hacía que sus amigos le tuvieran en poco y no contaran con él sino de tarde en tarde para sus honestas francachelas. Leía poco, primero porque, según la señora viuda de Gómez, aquello «estropeaba los ojos»; después porque el difunto —buen gallego— le había dado bastante quehacer con los libros a los que fue aficionadísimo, con detrimento de otras obligaciones; burlón y amigo de cosas que quedaban en el aire (frases con sentido que no explicaba, repentinos accesos de alegría sin base a la vista, caprichos anómalos: quedarse todo el domingo en la cama fumando su pipa o —lo que era peor— desaparecer para reintegrarse al cristiano hogar diez o quince días

más tarde, sin explicaciones decorosas). Doña Clotilde había tenido muy buen cuidado de preservar a su hijo de tan peregrinos antecedentes. Don Arturo, el desaparecido, aparentó no tomarlo en cuenta. Se murió un buen día, tranquilamente, sin despedirse de los suyos, lo cual pareció a su digna esposa un postrer desacato; además del susto que se llevó al despertar cerca del cadáver.

Aquel último día de febrero era domingo de carnaval, que así de adelantado era el año. Arturo —el hijo— entró en el salón de baile, con su terno negro, y se puso a mirar a su alrededor con tranquilidad y cuidado. Buscaba a Rafael, a Luis o a Leopoldo. No vio a ninguno de ellos. Se disgustó. Había llegado un cuarto de hora tarde, con toda intención: para que vieran que no le importaba mucho aquello, para hacerse valer, aunque fuese un poco. Y ahora resultaba que era el primero. No supo qué partido tomar: no conocía a las muchachas. Era Rafael quien se las tenía que presentar; aquel baile se efectuaba en un barrio lejano, que a medias desconocía. Se recostó en la pared y se dispuso a esperar. Naturalmente, en este momento la vio.

Estaba sola, en el quicio de una puerta casi frontera. Los separaba el remolino. Parecía perdida, miraba como recordando, haciendo fuerza con los ojos para acostumbrarse. Su mirada recorrió la estancia, dio con él, pero sus pupilas siguieron adelante, como si arrastrara con todo, red pescadora. Arturo era tímido, lo cual le empujó a decidirse, tras una apuesta consigo mismo. La cuestión era atravesar a nado el centro del salón repleto de parejas. El mozo se proveyó del número suficiente de «ustedes perdonen», «perdones» y «por favores», y se lanzó a la travesía; ésta se efectuó sin males, con sólo girar con cuidado y deslizarse —pensó que audazmente— reduciendo el esqueleto del pecho. Además tocaban una polka, lo que siempre ayuda. Ofreció ceremoniosamente sus servicios. La muchacha, que miraba al lado contrario, volviéndose lentamente hacia él, sin pronunciar palabra, le puso la mano en el hombro. Bailaban.

La mirada de la joven tuvo sobre Arturo un efecto extraordinario. Eran ojos transparentes, de un azul absolutamente inverosímil, celestes, sin fondo, agua pura. Es decir: color aire, clarísimo, de cielo pálido, inacabable. Su cuerpo parecía sin peso. Entonces, ella sonrió. Y Arturo, felicísimo, sintió que él también,

queriendo o sin querer, sonreía.

Todo daba vueltas. Vueltas y más vueltas. Y no únicamente porque se tratara de un vals. Él se sentía clavado, fijo, remachado a los ojos claros de su pareja. Lo único que deseaba era seguir así, indefinidamente. Sonreía como un idiota. La muchacha parecía feliz. Bailaba divinamente. Arturo se dejaba llevar. Se daba cuenta, desde muy lejos, que nunca había bailado así, y se felicitaba. Aquello duró una eternidad. No se cansaba. Sus pies se juntaban, se volvían a separar, rodando, rodando, de una manera perfecta. Aquella muchacha era la más ligera, la más liviana bailarina que jamás había existido. Nunca supo cuándo acabó aquello. Pero es evidente que hubo un momento en el cual se encontraron sentados en dos sillas vecinas, hablando. Ya no quedaba casi nadie en la sala. Los farolillos, las cadenetas de papel, las serpientes que adornaban trivialmente el techo parecían cansados. Las tirillas de papel de colores caían aquí, allá, desmadejadamente. Los confetis pinteaban el suelo con su viruela de colores, dándole aire de cielo al revés, cansado, inmóvil, quizá muerto. El quinteto ratonero tomaba cerveza.

Como la muchacha no quería dar ni su apellido ni su dirección —su nombre, Susana—, Arturo decidió seguir con ella pasara lo que pasara. Con esta determinación a cuestas se sintió más tranquilo. Se quedaron los últimos. El salón, de pronto, apareció desierto, más grande de lo que era, las sillas abandonadas de cualquier manera, la luz vacilante haciendo huir las paredes en cuya blancura dudosa se proyectaban, desvaídas, toda clase de sombras. El muchacho no pudo resistir el impulso de decir el «¿Nos vamos?» que le estaba pujando por la garganta hacía tiempo. Susana le miró sin expresión y se fue lentamente hacia la puerta. Arturo recogió su gabardina y salieron a la calle. Llovía a cántaros, ella no tenía con qué cubrirse. Su trajecillo blanco aparecía en la penumbra como algo muy triste. Se quedaron parados un momento. Susana seguía sin querer decir dónde vivía.

—¿Y va a volver a pie a su casa?

—Sí.

—Se va a calar.

—Esperaré.

Arturo tomó su aire más decidido, adelantando la mandíbula:

—Yo también.

—No. Usted no.

—Yo, sí.

Arturo se estrujaba la mente deseoso de decir cosas que llegaran adentro, pero no se le ocurría nada; absolutamente nada. Se sentía vacío, vuelto del revés. No le acudía palabra alguna, la garganta seca, la cabeza deshabitada. Hueco. Después de una pausa larga, tartamudeó:

—¿No nos volveremos a ver?

Susana le miró sorprendida como si acabara de proponerle un fantástico disparate. Arturo no insistió. Seguía lloviendo sin trazas de amainar. El agua había formado charcos y las gotas trenzaban el único ruido que los unía.

—¿Hacia dónde va usted?

Como si no recordara sus negativas anteriores Susana indicó vagamente la derecha, hacia las colinas.

—¿Esperamos un rato más? —propuso el muchacho.

Ella denegó con la cabeza.

—No puedo.

—¿La esperan?

—Siempre.

Fue tal la entonación resignada y dulce, que Arturo se sintió repentinamente investido de valor, como si, de un golpe, estuviese seguro de que Susana necesitaba su ayuda. Su corta imaginación creó, en un instante, un tutor enorme, cruel; una tía gordísima, bigotuda, con manos como tenazas acostumbradas a espantosos pellizcos, promotora de penitencias insospechables. Se hubiera batido en ese momento con cualquiera, valiente a más no poder. Pasó un simón. Arturo lo detuvo con un gesto autoritario. Por propia iniciativa no había subido jamás a ninguno. Sólo recordaba el que tomó el día en que fue a buscar al médico cuando su madre se puso mala, hacía más de cinco años. Su voz salió demasiado alta, queriendo aparecer desenvuelto:

—Tenga. —Y puso su gabardina sobre los hombros de la muchacha—. Suba usted.

Susana no se hizo rogar.

—¿Dónde vamos?

Pareció más perdida que nunca, sin embargo musitó una

dirección y el auriga hizo arrancar el coche. Arturo no cabía en sí de gozo y miedo. Evidentemente, era persona mayor. ¿Qué diría su madre si le viese? Su madre que, en este momento, le estaba esperando. Se alzó de hombros. Temblaba por los adentros. Con toda clase de precauciones y muy lentamente, cogió la mano de la muchacha entre la suya. Estaba fría, terrible, espantosamente fría.

—¿Tiene frío?

—No.

Arturo no se atrevía a pasar su brazo por los hombros de la muchacha como era su deseo y, creía, su obligación.

—Tiene las manos heladas.

—Siempre.

¡Si se atreviera a abrazarla, si se atreviera a besarla! Sabía que no lo haría. Tenía que hacerlo. Llamó a rebato todo su valor, levantó el brazo e iba a dejarlo caer suavemente sobre el hombro contrario de Susana cuando a la luz pasajera de un reverbero, vio cómo le miraba, los ojos transparentes de miedo. Ante la súplica Arturo se dejó vencer, encantado; se contentaba con poco, lo sucedido le bastaba para muchos días. De pronto, Susana se dirigió al cochero con su voz dulce y profunda:

—Pare, hágame el favor.

—Todavía no hemos llegado, señorita.

—No importa.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Arturo.

—No. Unas casas más arriba, pero no quiero que me vean llegar. O que me oigan…

Bajó rápida. Seguía lloviendo. Se arropó con la gabardina como si ésta fuese ya prenda suya.

—Mañana la esperaré aquí, a las seis.

—No.

—Sí, mañana.

No contestó y desapareció. Arturo bajó del coche y alcanzó todavía a divisarla entrando en un portal. Se felicitaba por haberse portado como un hombre. De eso no le cabía duda. Estaba satisfecho de la entonación autoritaria de su última frase con la que estaba seguro de haberlo solucionado todo. Ella acudiría a la cita. Además, ¿no se había llevado su gabardina en prenda?

Fue su primera noche verdaderamente feliz. Se regodeaba de su

primicia, de su auténtica conquista. La había realizado solo, sin ayuda de nadie, la había ganado por su propio esfuerzo. Sería su novia. Su novia de verdad. Su primera novia. Todo era nuevo.

A las cinco y media del día siguiente paseaba la calle desigualmente adoquinada. La casa era vieja, baja, de un solo piso, lo cual le tranquilizó porque hubo momentos en los que le preocupó pensar que viviesen allí varias familias. El cielo no se había despejado, corrían gruesos nubarrones y un vientecillo cicatero. «Me devolverá la gabardina», pensó sin querer. (La noche anterior su madre pudo suponer que la había dejado colgada en el perchero. Pero hoy tenía que volver para cenar y tendría que explicar su llegada a cuerpo).

Tocaron las seis en Santa Águeda. Seguía paseando arriba y abajo, sin impaciencia. Empezó a llover. Se resguardó en un portal frontero al de la casa de su amada. Las seis y media. Arreciaron lluvia y viento. Se levantó el cuello de la chaqueta. Las gotas hacían su ruidillo manso en el empedrado brillante de la calle solitaria. Tocaron las siete, seguidas, mucho tiempo después, por la media. Hacía tiempo que la noche había caído. Tocaron los ocho. Entonces se le ocurrió una idea: ¿por qué no presentarse en la casa con el pretexto de la gabardina? Al fin y al cabo, era natural.

Pensado y hecho. A lo más que alcanzaron sus piernas atravesó la calle, penetró en el portal. El zaguán estaba oscuro. Llamó a la primera puerta que le pareció la principal. Se oyeron pasos quedos y entreabrieron. Era una viejecilla simpática.

—¿Usted dirá?

—Mire usted, señora…

—Pase.

Arturo entró, un poco asombrado de su propia audacia, aconchado en su timidez.

—Siéntese. Usted perdonará. No esperaba visita. Viene tan poca gente. No veo a nadie.

Era el mismo tono de voz, la misma nariz, el mismo óvulo de cara. Debía ser su madre, o su abuela.

—¿No está la señorita Susana?

La viejecita se quedó sin poder articular palabra, asombrada, lela.

—¿No está?

La anciana susurró temblorosa:

—¿Por quién pregunta?

La voz de Arturo se hizo más insegura.

—Por la señorita Susana. ¿No vive aquí?

La vieja le miraba empavorecida. Desasosegado, Arturo sintió crecer monstruosamente su desconcierto por el espinazo. Intentó justificarse.

—Anoche le dejé mi gabardina. Me pareció verla entrar en esta casa… Es una joven como de dieciocho años. Con los ojos azules, azules claros.

Sin lugar a dudas, la vieja tenía miedo. Se levantó y empezó a retroceder mirando con aturullamiento a Arturo. Éste se incorporó sin tenerlas todas consigo. Por lo visto la desconfianza era mutua. La vieja tropezó con la pared y llevó su brazo hacia una consola. El muchacho siguió instintivamente la trayectoria de la mano, que no buscaba sino apoyo; al lado de donde se detuvo temblorosa, las venas azules muy salientes en la carne traslúcida y manchada de ocre —recordando que el orín no es sólo signo de hierro carcomido sino de la vejez—, vio un marco de plata repujada y en él a Susana, sonriendo.

La anciana se deslizaba ahora hacia la puerta de un pasillo, apoyándose en la pared, sin darse cuenta de que empujaba con su hombro una litografía ovalada en un marco de ébano negro que, muy ladeada, acabó por caerse. Del ruido y del susto anterior la vieja se deslizó, medio desvanecida, en una silla de reps rojo obscuro. Arturo adelantó a ofrecerse en lo que pudiera. En su atolondramiento había más asombro que otra cosa. Sin embargo, pensó: «¿Le habrá pasado algo a mi gabardina?». La viejecilla le miró adelantarse con pavor; parecía dispuesta a gritar pero el hálito se le fue en un ayear temblequeante.

—¿Qué le sucede, señora? ¿Le puedo ayudar en algo?

Arturo volteó ligeramente la cara hacia la fotografía, la vieja siguió su mirada.

—¿Ella?

—Sí.

—Es mi sobrina Susana. —Hizo una pausa, luego, mucho más bajo, añadió: Murió hace cinco años.

A Arturo se le erizaron los pelos. No porque creyese lo que

acababa de decirle la anciana, sino porque supuso que estaba loca, y no había vestigio de otra vida en la casa. Sólo el ruido de la lluvia.

—¿No me cree?

—Sí, señora. Pero yo juraría…

Ambos se miraron demudados.

—Estuvimos en un baile.

La frase hirió de lleno la cara de la anciana. Se le sacudieron todas sus finas arrugas.

—Su padre no la dejó ir nunca. Él está en América. ¡Que Dios le perdone!… ¿Usted no me cree?

—Sí, señora.

De pronto, el tono de voz de aquella mujer diminuta calmó a Arturo. «Seguramente no es peligrosa —pensó—, lo único que importa es llevarle la corriente».

—Si usted quiere podemos ir al cementerio y verá su nicho.

—Sí, señora.

—Me pongo la manteleta. Es cuestión de un minuto…

Arturo se quedó solo. El miedo le empujó: de puntillas se fue hacia la puerta. Pero el cuidado le hizo perder tiempo. No llegaba aún al umbral cuando la viejecilla estaba ya de vuelta.

Salieron. Había dejado de llover, la noche estaba clara entre nubes que huían. Subiendo alcor arriba hasta llegar a la explanada donde estaba el camposanto, los pies se les pusieron pesados del lodo. El viento había amainado, el frescor de la tierra lo rejuvenecía todo. Llamaron en vano. Por lo visto el guardián había salido o se había dormido profundamente. Arturo porfió en volver: la creía bajo su palabra. (Debía de ser muy tarde. Su madre le estaría esperando). Iban a marcharse cuando la viejecilla hizo un último intento y se dio cuenta de que la verja sólo estaba entornada. Como era de esperar, los goznes chirriaron deteniéndoles, por si acaso, sin saber por qué. Entraron. No había luna, pero la luz de las estrellas empezaba a ser suficiente para discernir las sendas y los cipreses. Los charcos brillaban. Las ranas. Avanzaron sin titubeos hasta llegar ante una larga pared. Los nichos recortaban sus medios puntos de más sombra.

—¿Tiene usted una cerilla?

Arturo tentó su bolsillo, sacó su fosforera, rascó el mixto, y a la

luz vacilante, que adquirió en la obscuridad una proporción desmesurada, pudo leer, tras un cristal:

«Aquí descansa Susana Cerralbo y Muñoz
Falleció a los dieciocho años
El 28 de febrero de 1897».

Entre el mármol y el vidrio, en un marco idéntico al de la sala, sonreía Susana.

Arturo dejó caer lentamente el brazo que sostenía el fósforo, el cabo encendido cayó en tierra. Lo siguió mecánicamente con la vista, al llegar al suelo descubrió, seca y plegada con cuidado, su gabardina. La recogió. Miró boquiabierto y desorbitado a la vieja. Desde lo lejos se acercaba una luz. Era el sepulturero.

—¿Qué buscan? ¿No saben que a estas horas está prohibido andar por aquí?

Tras la tapia, pasando, una voz moza cantaba:

Rascayú,
cuando mueras:
¿qué harás tú?

Tú serás
un cadáver
nada más.

Rascayú,
cuando mueras:
¿qué harás tú?

Arturo echó a correr. Luego, como siempre, pasaron los años. (*Con mudos pasos el silencio corre*, como dijo Lope).

El joven, que pronto dejó de serlo, se hizo muy amigo de la viejecilla. En su casa, mientras las tardes se iban a rastras, cojeando, hablaban interminablemente de Susana. Murió hace poco, soltero, virgen y pobre. Lo enterraron en el nicho vecino del de la muchachita sin que nadie lograra explicarse su intransigente deseo. La vieja desapareció, no sé cómo; la casa fue derruida.

La gabardina pasó de mano en mano sin deteriorarse. Era una de esas prendas que heredan los hijos o los hermanos menores, no cuando le quedan pequeños a los afortunados o crecidos, sino

porque no le sientan bien a nadie. Corrió mundo: el Rastro en Madrid, los Encantes de Barcelona, el Mercado de las Pulgas en París, estuvo en la tienda de un ropavejero, en Londres. Acabo de verla, ya confeccionada para niño, en la Lagunilla, en México —que los trajes crecen y maduran al revés.

La compró un hombre triste para una niña blanca y ojerosa que no le soltaba la mano.

—¡Qué bien le sienta!

La niña pareció feliz. No se hagan ilusiones: se llama Lupe.

LA FALLA

ARTURO CARBONELL era hombre algo, narigón, algo echado para adelante por el peso de una espalda más desarrollada de lo que debiera, despacioso, pasicorto, con una mirada un si no es desconfiada, recelosa de un mundo demasiado grande. Era hombre de bien, que sabía muchas cosas, perspicaz y de pocas palabras, casi siempre dichas en voz baja. Le oí asegurar, alguna vez, cosas inciertas para todos que, quizá por el solo hecho de que él las dijera y con ello pusiese en el buen camino a los interesados, se realizaron. Su roncería le atraía reclamaciones, él solía decir entonces, lentamente: «Descuide, yo siempre llego a tiempo». Era cierto. No fue zahorí pero daba por hecho lo que estaba por hacer, sobre todo si estaba en su mano: «La voluntad es la mejor consejera», era otro de sus tranquillos.

Viudo, fontanero —aprendiz, oficial, patrón—, había nacido en Chirivella hacia el año 75, murió en Valencia el 36: atropellado por un coche cuando ya no tenía nada que hacer en el mundo, su hijo ya crecido. Si lo supo de antemano no hizo nada por evitarlo.

Allá por el 17 o 18, la noche de San José —Amparo, la criada, había ido a Burjasot a felicitar a su hermano Pepe y no volvería hasta el martes—, notó un inconfundible olor de gas, en la cocina de su casa, y se puso a componer la cañería. Su hijo le apremiaba para salir. La verdad es que podía haber cerrado la llave de paso y dejado el arreglo para el día siguiente. Sea por morosidad, por afición profesional o por rebeldía inconsciente ante las prisas del muchacho, quiso acabar el trabajo. El ruido de las tracas entre el lejano rebombar de los cohetes le decidieron al fin, a su pesar.

—Vamos a llegar tarde.

—No te preocupes: yo siempre llego a tiempo.

En Valencia, la noche de San José no es noche, sino día. La algazara hace vez de luz. Participan las paredes y los árboles del alrededor, hácense las cosas más ligeras, alborotando; anda todo

puesto en cantares y coplas, sácase cualquier menudencia a plaza, todo es pregón y arde: si la madera más despacio y el cartón con cierta lentitud, la tela se inflama en un dos por tres, la cera se derrite, la paja se abrasa, todo se consume hacia lo alto, en llamas que se apoderan del monumento entero y del ánimo de los espectadores antes de cualquier otra cosa, cebo vivo.

—¡Qué bien arde!

—¡Qué bien se quema!

Y lo que se abrasa son los miles de ojos que ven quemarse la falla.

—El fuego alegra los ojos y sosiega el alma, y más si se le espera. Que un cartón, una tela, un papel, un madero puedan convertirse sin más en llama es un hecho tan extraordinario y fuera de lo racional (no habiendo sido inventado por el hombre), que no existe mente capaz de suponerlo de antemano. Que una vela, un trapo, una hoja seca pueda revertir en tanta hermosura inmaterial es milagro. (De la llama al alma no va nada, ni un paso, a lo sumo un traspaso). No hay transubstanciación más sorprendente; si no estuviésemos acostumbrados a ellos, ¿qué mayor prueba de la existencia de Dios? Sabían, Zeus y su cuerda, lo que hicieron con Prometeo, por cuanto les hurtó. Por eso el fuego siempre produce cierta suspensión del ánimo. Nuestros antepasados, por una razón u otra, tienen que ver con él.

Eso iba diciendo, suficiente, don Álvaro Gamón —aquel que fue promesa de todo, en prosa y en verso, y no fue nada—, profesor de psicología, lógica y ética del instituto, a dos de sus alumnos que le habían arrastrado a presenciar el espectáculo. No le hacían mayor caso, encandilados por la gran hoguera. Yo era uno de ellos.

¡Cuánta gente! La calle de las Barcas rebosaba, hasta untar en las paredes centenares de hombres, mujeres, niños que se alzaban a cuanto más podían para ver mejor; los más pequeños se aprovechaban de su corta talla: eran los mejor colocados, a horcajadas y aun de pie sobre los hombros de sus progenitores. Otros, ya mayores, aprovechaban los faroles, encaramados en equis; la mayoría envidiaba a los aristócratas de los balcones, apretujados allí a cuanto más no podían. (Según la condición: «¿Vendréis a ver quemar la falla? Os esperamos a cenar». «¿No tendréis un lugar para Purita?, tiene muchas ganas de ver quemar la falla y su padre no la

deja estar en la calle a esas horas, con tanta gente». «No, mujer, no; no faltaba más, nosotros llevaremos una botellita de anís…»). No se podía dar un paso. El monumental armazón se consumía. Cayó su estructura con lenta elegancia alzando miriadas de chispillas doradas en el oro claro de las llamas retorcidas que, de pronto, se realzaron rojas.

—¡Qué bien se quema!

Arturo Carbonell, llevando a su hijo de la mano, desembocó en ese preciso momento de la calle de Pascual y Genís. Sentía, a través de su mano, el desconsuelo del niño; le dio una pena increíble, como si, de repente, el muchacho se hubiese marchitado, y se avivó más su amor. Le pesaba su culpa, y la tristeza del chico le desoló el alma. Ni siquiera tendría el consuelo de quejarse a su madre; no la conoció. ¿No podía haber dejado para el día siguiente el arreglo de ese escape? Entretenido en el trabajo, habían llegado tarde, ya vencida la falla bajo su propio peso destruido.

Las fachadas brillaban como las mismas ascuas entre la alegría del pueblo curioso y satisfecho: había visto surgir el primer ramalazo del último estallido de la traca, el mismo que le había obligado a salir de casa, a la carrera, con su hijo de la mano, con la conciencia ya mordida por el reconcomio de la tardanza.

(«*Yo siempre llego a tiempo*»).

La tristeza del niño —desconsuelo, luto, amargura— estaba a punto de reventar en lágrimas. Arturo la sentía, pesada como plomo, de arriba abajo. No era resentimiento sino un velo oscuro, dolor sin figura, desengaño. Había llegado tarde, estaba solo, ya se habían ido. ¿Quién? ¿Quién se había ido? La multitud los envolvía. Arturo percibía en su sangre la desilusión trasmitida por la de su hijo a través de la palma de su pequeña mano, laxa, desmadejada, vencida por un descalabro interior, a la deriva su fe en él («*Yo siempre llego a tiempo*»), que era casi tanto como todo lo demás junto: su perro, las natillas, las birlas, la caja de compases, el baño de los domingos en la playa del Cabañal. Las arterias y las venas, convertidas en yedras, le estrujaban el corazón, fatigando el pecho, avivándole el sentimiento. No podía hablar, que tenía toda la culpa: nada le hubiese impedido salir media hora antes de casa. ¿Qué le retuvo? ¿El deseo de arreglar de una vez el desperfecto? Sí, tal vez, pero también cierta rebeldía engendrada por el constante:

«Vámonos ya, vamos a llegar tarde». («Ya nos vamos, tenemos tiempo. *Yo siempre llego a buena hora*»). «Tenemos tiempo». Y no lo habían tenido: ya estaba la falla a medio quemar cuando dieron la vuelta a la última esquina. Si, por lo menos, el muchacho hubiese levantado la vista… Con los ojos solía entenderse con él y ahora estaba perdido, arrastrado a la deriva por el soplo de aquella malhadada ocurrencia de haber perdido el tiempo en aquel arreglo innecesario en ese preciso momento. Apretó con timidez la mano de su hijo, mas éste no respondió a la presión amorosa. El chico tenía la vista clavada en tierra, huyendo del alto fuego que iluminaba alegremente el día de la noche de San José. Arturo no sabía hacia dónde tirar al faltarle las puertas abiertas de los ojos de su hijo, claror oscuro aterciopelado, largos corredores, conducto subterráneo, túnel afelpado por el que comunicaba naturalmente, sintiéndose más penetrado a medida que más se hundía en las pupilas contrarias, tan suyas. Quedábale el tacto —que el olfato no servía, a pesar del alegre olor de la pólvora—, pero el niño permanecía insensible al repetido apretón de manos de su padre. Y la voz se le negaba porque no sabía, ignorándolas, pronunciar las palabras necesarias. No podía pedir perdón, porque no está bien en boca de padre, y, luego, porque no le había. Hubiese dado su mano derecha por una mirada de reproche: aquellos ojos pardos con ciertos reflejos moradillos que conocía mejor que cualesquier otros, que le solían hablar en la lengua que inventaron: idioma preciso, sin engaños ni biombos de palabras. Si ahora levantara la cabeza y le mirase diciéndole su rencor con los ojos —¿qué era?, ¿el iris, la pupila, las pestañas, los párpados, las cejas?—, ¡qué tranquilidad! Pero no, el chico pesaba como un ancla que fuera rasguñando la tierra en busca de un recoveco en el que agarrarse definitivamente, sin dar con él. A pesar de ello, lo llevaba a rastras: el brazo empezó a dolerle horrendamente.

(*Arduum est nomina rebus et res nominubus reddere*, como dijo Plinio, y don Álvaro nos enseñó. *Ardua empresa amoldar los nombres a sus objetos, y éstos a aquéllos*. Don Álvaro era un escritor sucio y de pocas pretensiones, como no fuera convertirnos, a Vicente y a mí, en ensayistas; solía venir a tomar el té a mi casa, algún que otro jueves, refinamiento inaudito para la época. Con don Emilio, don Floro, don Bartolomé, don Juan y aquel inaudito don

Doreomundo. Entonces oímos por vez primera *La cathédrale engloutie*, el nombre de Freud antes de envolvernos en la capa del espacio-tiempo de Einstein, Valencia, 1918, 1919, 1920, 1921…).

Arturo llevó a su hijo a la playa. Larga, anchísima, quieta, desierta, sin más luz que la de las estrellas, tan clara como la de la luna, más dura, más profunda, pavonada como acero, dibujando los bordes de todas las cosas y más la espumilla de las suavísimas olas que lamían incansables la fina arena parda que mataba todos los ruidos hasta el de su mismo mar, convirtiendo su presencia en sordas, tibias palmadas en las ancas de la tierra. Olas pequeñas, resignadas, sin otro aliento que el lento palpitar del agua inmensa, sístole y diástole del Mediterráneo dormido. Y un aire suave, nocturno, que no iba más allá de las espaldas de los solitarios paseantes.

El niño apretó un poco la mano de su padre, para darle a entender que su rencor había cedido. Arturo respiró hondo, dándose cuenta de que el aire le llegaba al pecho por primera vez desde hacía algunas horas. Quien le liberaba era el mar: el agua, enemiga del fuego. Además, la noche solitaria, la playa, imagen misma de la noche, era una manta que lo apagaba todo: siempre se puede renacer.

Anduvieron de consuno con el mismo infinito de playa desierta por delante. Cuando el niño empezó a rezagarse, volvieron hacia la ciudad, que iluminaba el horizonte con un ancho halo rojizo. Subieron a un tranvía, únicos viajeros. Ambos sentían una gran placidez, suavemente cogidas las manos.

Al llegar a la calle de las Barcas oyeron el alegre repiqueteo continuo de la traca. La cara del niño se iluminó: llegaban con el tiempo justo para ver empezar a quemarse la falla. Arturo encaramó a su hijo sobre sus hombros en señal de triunfo.

—Ves tú —le dijo—, yo siempre llego a tiempo.

La primera llamarada encendía todos los rostros.

LA VERDADERA HISTORIA DE LOS PECES BLANCOS DE PÁTZCUARO

A Gutierre Tibón

—EN AQUEL tiempo los chinos creían que los peces eran almas fugadas. Inmóviles, los miraban hora tras hora. Y si un pez atravesaba su imagen reflejada tenían el convencimiento de que aquel animal era parte de su propio ser. Supongo que el mito de Narciso tiene cierta relación con esto.

Viéndolos, quietos, frente a frente, sin pestañear, años y años, ganaron aquella impasibilidad de los músculos de la cara que ha llegado a caracterizarlos. Y de tanto sol se pusieron amarillos. En esa contemplación, los mejores llegaron a perder el conocimiento de sí mismos. Nadie pensaba entonces que el hombre fuera la medida del hombre, sino la medida de los peces. De eso no supieron ni Confucio ni Mencio, ni Chountzé, ni Tseyou, ni la reina Nancia, ni su marido el duque, ni el barón Kan Ki de Lou. Es una historia muy anterior: cuando los peces inventaron la palabra melancolía. Entonces Poseidón era todavía un dios muy poderoso, tanto o más que Zeus, y no sólo reinaba sobre el mar, sino en las entrañas de la tierra. Lo dice Homero, aunque sólo habló de oídas, tiempo después. Poseidón —el don de poseer— era entonces, todavía, el rey de los temblores. Por eso se llama también Enochtithón, el que conmueve la tierra. De Enochtithón a Tenochtitlán, no hay más que un soplo. Pero no adelantemos acontecimientos.

En esa época, tan lejana que nadie se acuerda de ella, el lago de Pátzcuaro —que no se llamaba todavía así ni de ninguna manera— estaba triste, sin peces. Al agua le gustan los peces porque le divierten y hacen cosquillas en la espina dorsal de la Tierra. Se los pidió a los ríos y a los mares, pero ni unos ni otros podían llegar a él: estaba demasiado alto. Hubo grandes tormentas en la mar, pero a pesar de todos los esfuerzos de las olas y sus espumas, éstas se

quedaron a medio camino. Así se formó, entre otras cosas, el golfo de California. El río Lerma y el río Balsas intentaron llegar a él, con la ayuda de sus hijos, el Tepalcatepec, el Carácuaro y el Tacámbaro —que tampoco se llamaban entonces así—, pero tampoco pudieron. Entonces el Viento le dijo al Lago que sólo los hombres podían traerle peces. Pero el Lago no sabía qué eran los hombres, ninguno se había mirado en sus aguas. El Lago se moría de quieto. El Viento que en él se posaba le tuvo lástima y fue un día a contárselo al Emperador de la China. Pero el Emperador, sublimado de honra y dignidad, no le oyó, y lo remitió al dios de la Literatura y a su vez éste al de los Exámenes. Pero debido a la gran burocracia china, el Viento tuvo que ir a contárselo al portero del ministerio, siguiendo un estricto escalafón. El portero se lo comunicó al mozo tercero, y éste al segundo, pero a éste se le olvidó. No importa, porque el viento tiene poco que ver con esta verdadera historia.

El Emperador de la China tenía mil peces negros en un vivero de jade. El Emperador de la China, vestido de seda negra, se pasaba las tardes sentado frente al estanque verde viendo el ir y el venir de sus peces negros. El Emperador de la China solía tener el humor negro, porque desde hacía algún tiempo, sin que ningún filósofo alcanzara a saber el porqué, algunos peces nacían con una o varias pintas amarillas. El Emperador hizo llamar sabios de todos los lugares de la tierra. Llegaron hombres de infinita sabiduría desde las márgenes del río Azul, del Imperio del Tíbet, de los montes Kuensún, del Indostán, del Misora, del Coromandel, del Penjab y de los montes de Cabul, del Laos y de
Thap-muir
, del Turkestán. Fineses, tártaros, mongoles, tungusas, turcos, turamos, de los valles del Ural, de las laderas del Altai, de las riberas del Éufrates. Vino el propio escultor que había labrado la estela de E-Anna-Du. Y un embajador del rey semita Urukagina.

No se pudieron poner de acuerdo acerca del extraño fenómeno. Las razones fueron muy variadas, según las informaran el interés, el halago o la ciencia. Sin embargo, dos fueron las causas más generalizadas en las que basaron sus especulaciones acerca de las escamas amarillas: el Sol y el Oro.

De ahí nació una de las controversias místicas más enconadas

acerca del alma de los peces.

Los puntos extremos fueron sostenidos respectivamente por las escuelas Chan y los de una escuela tibetana cuyo nombre exacto se ha perdido. Los representantes de esta última, tenían en menos el mar y las aguas y afirmaban que los peces eran seres inferiores. Posiblemente eran materialistas, y acabaron todos en el patíbulo, menos Rhan y
Po-Vu
, los grandes maestros, que fueron echados al tanque de las lampreas; pero éstas no se los quisieron comer. En ello vio el Emperador una seña de la clarividencia divina. Entonces se los llevaron, con gran prosopopeya, al mar, donde los tiburones no les hicieron ascos. Pero todo esto sucedió después del concilio de Pekín, años más tarde de lo que estoy refiriendo.

La cuestión esencial de las escamas doradas quedó sin resolver. Los guardianes fueron torturados. Lo-Si-Tan suponía, con cierta verosimilitud, que alguno de ellos, resentido con el jefe de los viveros, había pasado subrepticiamente un pez dorado a la balsa de los Peces de la Noche. Mas no se pudo probar. Siguiendo el consejo del tercer ministro, el Emperador promulgó una ley mandando matar todos los peces que tuvieran aunque sólo fuese una sola escama amarilla, en cien leguas a la redonda. A los tres meses volvieron a nacer, de padres negrísimos, algunos pececillos con escamas doradas.

Entonces Fu-No-Po, el famoso desterrado, envió al Emperador un largo razonamiento que empezaba diciendo:

«La noche es larga, pero no interminable.

Las nubes se deshacen en los almendros y las flores miran las nieves eternas de tus montañas lejanas.

Los pájaros se miran en las aguas quietas de los lagos y bajan raudos creyendo encontrar el amor.

Luego vuelven a subir más lentos tras haber formado los círculos de la sabiduría y del desengaño, que van a morir en las orillas.

¡Oh poderosísimo monarca del mundo!

Todos los seres miran, el universo está lleno de miradas y aparece cruzado por ellas, rayado de mil modos.

Los peces tienen ojos y ven. Mas tus peces —los que tienes encerrados— no pueden sino ver el jade que los rodea y tienen que

reconcomer sus propias miradas. Y, sabido es, el verde es el color de la envidia, que degenera siempre, y más en el otoño, en amarillo.

En eso no se parecen a tus cortesanos que no ven más allá de la punta roma de sus narices».

Los cortesanos protestaron, pero el Emperador hizo construir un enorme vaso de cristal para que sus peces negros pudieran ver el mundo. Así se inventaron los acuarios. Pero de nada sirvió. Las escamas doradas siguieron apareciendo y el Emperador, sobrado de razón, mandó ajusticiar al poeta que, gracias a su escrito, había regresado a la patria.

«Todo hecho tiene una base real». Éste era el lema de una famosa escuela filosófica de Ur. El Emperador hizo venir al más conocido maestro de esta doctrina. Pero el filósofo declinó la invitación (pudo hacerlo porque todo un mundo le separaba de la fuerza del Emperador de la China) y recomendó que se consultara a un historiador.

En China no sabían lo que era un historiador. Entonces buscaron al hombre más viejo de la capital, que era un mendigo. Lo trajeron a palacio. El pobre, apergaminado como una pasa, temblaba de miedo. Se prosternó ante su señor. Todos los agüeros eran favorables: el Gavilán a la izquierda y la Paloma a la derecha.

Los ministros empezaron a interrogarle, el mendigo tenía buena memoria. Recordaba el tiempo en el que trajeron los peces, en siete lunas distintas. Cada especie de un color. Peces blancos, peces negros, peces rojos, peces dorados, peces rosas, peces grises y peces moteados, peces con pecas. El abuelo del abuelo del Emperador los hizo venir de todos los mares y de todos los ríos y fue feliz con ellos. Un día el hijo del hijo del hijo, padre del actual Emperador, tuvo un sueño: los peces blancos se marchaban hacia el Norte y se lo llevaban arrastrando entre hielos. El Emperador mandó matar a todos los peces blancos. Tirándolos en el campo. Y no se volvió a saber de ellos hasta que se descubrió el nácar, y empezó a utilizarse para incrustar cajas y biombos y hacer botones.

El Emperador mandó ajusticiar al mendigo porque los sabios no supieron sacar nada en claro de cuanto contó y seguían apareciendo escamas doradas en los lomos de los peces negros.

El Emperador murió, y nadie sabía por qué los peces negros procreaban a veces peces moteados de oro pálido. La verdad, como

siempre, estaba del otro lado del mar. Pero Poseidón, enojado por haber sido relegado al Mediterráneo, no dejaba pasar noticias.

La cosa fue que muchos años antes de que todo esto sucediera hubo una gran sequía y los hielos empezaron a retroceder hacia el extremo norte de la China. El guardián de los jardines del Emperador era un famoso guerrero, más conocido por su apetito nunca saciado que por sus empresas. Gran comedor de osos blancos y de focas lustrosas, solía salir a cazarlos cada día, y los mataba con su potente brazo armado de una gran lanza. Cuando los hielos se fueron retirando hacia la gran estrella fija, inalcanzable y siempre viva, el guardián de los jardines del Emperador pidió permiso para seguirlos; según dijo para ver adónde iban a parar, pero en verdad de verdad para no perder su alimento favorito. El fornido guardián se llamaba Ku Ri Le y marchó tras los hielos con lucida compañía. Llevó a su mujer y a sus hijos, a numerosos criados y a cientos de parientes en segundo grado.

Ku Ri Le tenía un hijo predilecto, de su décima mujer, que se llamaba A La Ka. El niño se había criado en los jardines del Emperador, y había hecho gran amistad con los peces. Cuando supo de la partida se quedó triste pensando que ya nunca vería a sus amigos dar vueltas y revueltas, y, sin decirle nada a nadie, puso en una de las sillas de mano, adornada con incrustaciones de nácar, un gran recipiente y en él varias carpas, las que más le gustaban.

El viaje duró años, a través de la China y de la Manchuria. Ku Ri Le era feliz entre tanto desierto helado. En aquel tiempo hacía tanto frío que nadie sabía si pisaba agua o tierra. De cuando en cuando sobre la enorme extensión blanca aparecían los picos duros y negros de las montañas. En una de ellas dejó su vida Ku Ri Le. Pero sus hijos —que ya tenían muchos años— siguieron adelante olvidados de cualquier otra clase de vida. A La Ka era feliz con sus peces, a pesar de que sucedió con ellos un extraño fenómeno: cuando estuvieron rodeados de hielos por todas partes las carpas empezaron a perder su color y volverse más finas y transparentes. Por aquellas tierras murió también A La Ka y, como sólo él sabía Geografía, los demás se encontraron perdidos. Sus descendientes decidieron volver a la China, que ellos no habían conocido, y empezaron a bajar hacia el Sur. Transcurrieron años y años, y así fueron descubriendo los árboles, los colores y las praderas floridas. De tanto sol el color se

les volvió bronceado. Hablaban ya un idioma propio que los chinos no podían entender. Sólo su arte conservaba rastros del de sus antepasados. Llegaron a un país encantador, lleno de lagos, y decidieron, ya perdida la esperanza de llegar nunca a China, quedarse para siempre allí, porque las mujeres protestaban de tanto y tanto andar. Llevaban ya muchos peces, que ellos consideraban sagrados por ser, como ellos, descendientes del gran imperio del cielo. Los echaron a los lagos y en recuerdo a sus emperadores los llamaron Kan que también quería decir en su nueva lengua: lugar (Rey y lugar —lugar del Rey—). A los peces los llamaban Mi Chi que con Hua (afijo posesivo) vino a dar Mi Chi Hua Kan: lugar de los peces.

Mientras en los jardines del Emperador de la China, las carpas se acordaban todavía de A La Ka, porque las carpas chinas viven miles de cientos de años, y recordando al que se fue hacia el Norte, tras los hielos, llevándose las más hermosas de sus hermanas, en sus largas noches, empezaron a componer cantos y canciones en los que se narraban las aventuras de los idos. Entonces inventaron la palabra melancolía. Los peces negros oyeron los cantos de las carpas y les nacieron escamas doradas. Cuando se supo, porque todo acaba por saberse, el Emperador —hijo del hijo del hijo del Emperador— mandó arrancar las lenguas de las carpas. Desde entonces los chinos dicen: «Mudo como una carpa».

El Emperador empezó a hablar:

—¿Dónde queda Michoacán?, —porque era un poco duro de oído y confundía los sonidos.

—Del otro lado del mar.

—Allá iremos.

—No puede ser —le dijeron—; los hielos se fueron y ahora no se puede pasar.

Entonces el Emperador de la China mandó construir una gran escuadra.

Pero los peces de Michoacán se habían vuelto nacionalistas. Empezaron por inventar el esdrújulo para marcar su independencia sobre las lenguas antiguas. Así nacieron los nombres refulgentes de sus ríos: Tacámbaro, Camécuaro, Cupítero. Y el de sus pueblos: Pátzcuaro, Puruándiro, Yurécuaro, Zitácuaro, Queréndaro y Acámbaro.

Cuando los pájaros trajeron la noticia de la próxima arribada de unos extranjeros, los peces blancos y transparentes del lago de Pátzcuaro decidieron defenderse y recurrieron a las serpientes. Éstas bajaron a los infiernos y consiguieron firmar una alianza indefinida con los señores del fuego, en recuerdo de Tenochtitlán. Y así nacieron, como bastiones naturales alrededor de su lago, los volcanes que hoy se ven: al norte: Triguindín, Quinceo y Cirate; al este, Tzinzunzán, al oeste, Patambán y Tancítaro; al sur, Jorullo, que necesitó abrir y vomitar fuego por doscientas cincuenta bocas para rechazar un ataque, todavía en el siglo XVIII. Hacia el segundo tercio del siglo XX, no se sabe exactamente en qué año, intentaron por última vez la conquista por el sudoeste, y nació entonces el Parangaricutiro.

Es posible que todo esto suceda por falta de información y que cuando los peces blancos de Pátzcuaro sepan exactamente lo que desean los peces chinos, la paz reine sobre la tierra.

EL SILENCIO

LAS NUBES cárdenas y las olas de plomo ruedan hacia la tierra cubierta de cenizas; sus bordes de espuma grisácea arremolinan los sordos ruidos apagados del noviembre desnudo. El viento es largo, siempre del Este. La ancha playa lívida, invadida por los furiosos lengüetazos del mar, no descansa con la marea baja: llueve un agua apizarrada, cellisca turbia que borra el día empapado, y con frío húmedo, hasta los huesos de las horas largas. Todo es invierno atollado. Hace meses que no se divisa el otro lado de la ría. Nada desemboca en nada: ni el Round es ya río, ni el mar es habitable: soledad del invierno que se anuncia peor que el de 1873 famoso.

Tras un montículo pelado, tristes campos comidos por arenas encharcadas y arroyadas de agua semisalobre; Clyde recuerda haber visto pastar carneros por los alrededores, pero es el único; ahora hay que llegar a los Lowlands. También dicen que antes había bosques por los contornos: es posible. Ahí vive Richard Irvin que tiene dos vacas.

Duff Bowling pesca en la orilla porque lo que le atrae es la tierra. Joven hizo dos viajes, uno a Groenlandia, otro al Caribe. No le gusta la alta mar donde todo se mueve menos el horizonte, ni las tierras extrañas, y menos las verdes de las Bermudas que las heladas del Norte. No es hombre de mar, tampoco de tierra, sino de orillas: la tierra desde el mar, el mar desde la tierra y lo gris, que no necesita esfuerzo: la plomiza envoltura del rocío del mar, la cellisca, su capa aguadera, el mollineo suave y el viento bravo echándolo todo atrás, arrastrando el oraje; pero no en el puente sino en la suave duna: ver reventar la borrasca de las olas subidas a lo más que pueden para tenderse vencidas a su límite, hasta donde el aliento de la galerna puede, oírlas y verlas regresar rapidísimas a su antro, arrastrando en su resaca arena y cantillos rodados con fragor. No pueden, pensaba recordando los ataques a la bayoneta de Arnold el Cojo.

Leve o grueso, el repetido tumbo de las crestas de las olas —de la marea al marullo, del marullo a la marejada, según el viento y la luna casi siempre perdida— es la seguridad continua de su existencia.

Hace dos años que su hija María casó con Dan. Se quedó solo con sus redes y Jacobo, su perro. De cuando en cuando fuma una pipa. No deja nunca de cantar si alguien le paga un vaso de cerveza caliente.

María y Dan viven del otro lado de la desembocadura, que no se alcanza a divisar desde hace dos meses y que posiblemente Duff no volverá a ver porque su vista, que fue buena, alcanza menos y aun en junio hay que tenerla fina para distinguir la otra orilla.

Cuando Dan le dijo que quería casarse con María, no se opuso, porque nunca se había opuesto a nada. Pero no quiso, de ninguna manera, irse a vivir con ellos: nunca pisó la otra orilla y no pensaba hacerlo; era otro país y los Bowling siempre habían muerto en el mar o en su tierra. Hubiese preferido que María se casara con el hijo mayor de Spey, pero nunca había abierto la boca para influir en nadie.

Con el tiempo, cuando Dan le escribió que le había nacido un nieto y que esperaban que fuese a visitarles hízoles decir, por el hijo de Clyde —que tenía un bote que hacía la travesía de una orilla a la otra—, que estaba ya muy viejo y esperaba que hicieran ellos el viaje durante la primavera. Sabía que era muy difícil porque Dan no podía desatender su trabajo en la factoría. En verdad, deseaba que, una buena mañana, María se presentase con el niño. Mientras tanto, seguía pescando. Nada le hubiese gustado más que conocer a su nieto y ver a su hija, pero no podía decidirse a cruzar la desembocadura: no lo había hecho nunca, ni ninguno de sus mayores. María le escribía contándole la hermosura del nieto.

María quería ver a su padre y deseaba que conociera a su hijo, que crecía sano y hablador; pero no podía dejar a su marido y, por otra parte, estaba empeñada en vencer la resolución del viejo de no cruzar las tres millas que los separaban. Si ella se atrevió, y era feliz, ¿por qué no él?

Cuando le dijo a Dan que había decidido dejar de escribir a su padre para forzarle a hacer el viaje, éste se alzó de hombros y le dijo, a las derechas, que le parecía una tontería, pero no se

entrometió más: estaba preocupado por la calidad de los maderos que tenía que enderezar en los baos de la barca que construía.

A los tres meses, Duff fue a ver al hijo de Clyde en el embarcadero para rogarle que fuese a casa de sus hijos a enterarse de la razón del prolongado silencio. María explicó su trama a Will, así se llamaba el hijo de Clyde, y le pidió que le dijese a su padre que no los había visto. Will ofreció hacerlo y cumplió su palabra. Duff se convenció de que algo extraño sucedía: escribió y sus cartas no tuvieron contestación. Se figuró que su nieto había muerto; luego pensó que la que había faltado era su hija; hasta llegó a suponer que habían fallecido los dos. Como no hablaba con nadie desde la muerte de su mujer —como no fuese con Clyde, que sólo decía despropósitos porque estaba sordo, o con Will, que se preocupaba de cosas que él no entendía— sus suposiciones tomaron cuerpo y pasó horas amarguísimas preguntándose por qué seguía viviendo.

Un domingo por la mañana, abrió el arcón y sacó el traje negro de su padre, que murió en el mar, que si no con él le hubiesen enterrado; se lo puso —le venía ancho—, se fue al embarcadero con la seguridad de no encontrar a Will que, a estas horas, cantaba en el templo; no quería que se enterara de su decisión de pasar al otro lado, porque se había negado obstinadamente a hacerlo tantas veces como el joven se lo había propuesto. Embarcó con Ricardo High, un cuarterón borracho y tartamudo. El mar estaba como la palma de la mano, acero pavonado sólo roto por el rayo de las gaviotas. Ricardo se negó tenaz a que le ayudara a remar, que viento no había, porque su orgullo estaba en la fuerza de sus brazos. Duff se decía que la muerte de su hija y de su nieto era suficiente razón para pisar la tierra de la orilla frontera y que sus antepasados así lo comprenderían, pero no estaba muy seguro de ello.

Cuando vio que todo había sido una treta se quedó de piedra, sin sangre ni pensamiento. Lentamente, se enfureció; luego, los pinitos y las medias palabras del niño lo borraron todo. María, resplandeciente, le quiso convencer de que la tierra de su orilla no era mala.

—Es posible —decía Duff—, es posible, pero no importa.

—¿Por qué no se queda?

Duff ni siquiera le contestó, aunque pasó allí la noche. Sus hijos

se reían de la peregrina idea de María. Dan estaba orgulloso de su mujer aunque, en el fondo, pensaba que si le hubiese hecho algo por el estilo la habría zurrado. Duff, a pesar de su alegría, estaba triste; no quiso examinar el porqué: ya tendría tiempo de rumiarlo, todas las horas por delante. María prometió no volver a reincidir, y una carta mensual.

Así lo hizo los dos primeros meses, luego volvieron a espaciarse las noticias, pero no pasaban tres sin que Duff supiera de su nieto. A los seis sacaron una fotografía del niño y se la enviaron al abuelo. Como Will se había enrolado en la marina, el viejo había resuelto escribir él mismo, de cuando en cuando, con tal de no tener que hablar con nadie; pero desde que enviaron la fotografía, Duff ya no contestó a ninguna carta.

Dan y María empezaron a preocuparse de su silencio, hasta que la mujer se dio cuenta de que su padre recurría a su misma añagaza con tal de que cruzaran el estuario y fuesen a verle, con el niño. Decidieron hacerlo así, pero María esperaba ya otro niño y no era fácil desplazarse, se lo escribieron al viejo, que dio la callada por respuesta.

Aprovecharon los días de Pascua, a pesar del embarazo, por el asueto y el buen tiempo —el cielo se vio en parte azul dos días, sin llegar a teñir el mar ceniciento— y cruzaron a la otra orilla. El mar no se oía.

A doscientos metros de la cabaña empezaron a gritar; nadie contestó. Sólo silbaba el viento entre los breñales, que, desde que desembarcaron, se había lanzado a alcanzar el fondo desolado de la tierra árida. La casucha estaba abierta y vacía, rechinaba la puerta a medio desclavar, rota una charnela.

Hacía nueve meses que Duff descansaba en tierra, con su traje negro. Había pedido que no se avisara a nadie de su muerte, tal vez con la idea de que su hija vendría a verle y, arrepentida, se quedaría para siempre en esa orilla.

Jacobo correteaba por la playa y el embarcadero, fue el único que reconoció a María, aunque hay que tener en cuenta que el embarazo la desfiguraba bastante.

—Por eso no escribía —fue lo que se le ocurrió decir a Dan—. A María le rondaba la oscura idea de que era ella la que lo había matado, pero no era cierto. Sintió, más que nada, no haber asistido

a su entierro. Conservó algún tiempo la boca amarga y jamás volvió a hablar de su padre. Durante algunos meses contestó las cartas de sus vecinos que no tenían tiempo de hacerlo o de los que no sabían escribir; luego se cansó; ni siquiera iba a ver el mar. Éste ni se oía.

LA INGRATITUD

ERA YA vieja cuando tuvo una hija. El marido murió a los pocos años y ella fue cuidando su retoño como a la niña de sus ojos.

Era una muchachita desmedrada, de ojos azules, casi grises, mirada perdida, sonrisa indiferente, dócil, de pelo lacio, suave, voz lenta y gravecilla.

Gustaba permanecer cerca de su madre, ovillar la lana y ayudarle a coser.

Vivían ambas en una casa humilde, a orillas de la carretera, que debió ser, en otro tiempo, de peón caminero.

La madre bordaba para poder vivir. Cada quince días pasaba un cosario que le dejaba unas telas y se llevaba otras llenas de bodoquitos y deshilados. El cosario murió a consecuencia de las heridas que, a coces, le propinó un burro, furioso por una picada de tábano, en una venta del camino. Desde entonces, con la misma regularidad, apareció su hijo. Cuando Luisa cumplió diecisiete años, Manuel se la llevó. Como la vieja era tan pobre, no pudieron celebrar la boda; pero dio a su hija cuanto tenía: los cacharros de la cocina, un traje negro y una sortija de latón que su difunto le había regalado cuando fue a la feria de Santiago.

Luisa era todo lo que en verdad tenía. Sintiéndose encoger, la vio subir a la carretera del cosario y perderse en la lejanía. Cuando doblaron, al final de la lenta bajada, ya hacía tiempo que sólo divisaba el polvo que levantaban las patas del mulo y las ruedas de la galera.

La vieja se quedó sola, ni un perro tenía, sólo algunos gorriones volaban por los campos; alfalfa a la derecha y trigo ralo a la izquierda de la carretera.

Se quedó sola, completamente sola. Bordaba menos porque sus ojos se llenaban de lágrimas recordando a Luisa. Los primeros días, su hija le hizo saber, por Manuel, que era muy feliz, y le mandó una cazuela con un dulce que había hecho. A los seis meses el hombre le

dijo que pronto esperaba un niño. La vieja lloró durante una semana; luego tomó más trabajo para poder comprar tela y hacer unas camisitas y unos pañales para su nieto. Manuel se los llevó, muy agradecido. La vieja siempre tuvo la seguridad de que sería un nieto, y no se equivocó. Unos meses después de su nacimiento, Manuel le dijo que iba a tomar un arriero para que la ayudara en su negocio, que prosperaba. Dos semanas más tarde, en vez de Manuel vino Luis, un mocetón colorado y tonto que cantaba siempre la misma canción:

El bombo dombón,
la lomba dombera,
¡Quién fuera lanzón!
¡Quién lanceta fuera!

Manuel y su mujer se fueron a vivir más lejos y ni siquiera Luis pudo dar noticias a la vieja. Suponía, sencillamente, que estaban bien. La vieja se reconcomió poco a poco. «Los hijos son así», se decía para consolarse, pero recordaba cómo se había portado con su madre. Se quedaba horas y horas sentada a la orilla del camino esperando que apareciese alguien que le trajera noticias de su hija y de su nieto, pero no venía nadie y la vieja se iba secando.

Nunca tuvo gusto para muchas cosas, pero dejó de hacer lo poco que hacía: sin comer, sin dormir, luchaba contra la palabra ingratitud que le molestaba como una mosca pertinaz; espantábala de un manotazo, pero volvía sin cesar, zumbando. «Los hijos son así», se decía, pero ella se acordaba de cómo se había portado con su madre. Seca, sin moverse, se convirtió en árbol; no era un árbol hermoso: la corteza arrugada, pocas hojas, y éstas llenas de polvo; parecía una vieja ladeada en el borde del camino.

El paisaje era largo y estrecho, las montañas, peladas, grises y rojizas a trechos; la carretera bajaba lentamente hacia el valle, sólo verde muy abajo, donde torcía el camino, cerca del riachuelo tachonado de cantos.

Era un árbol que no tenía nada de particular, pero era el único que había hasta la hondonada. Todavía está allí.

LA BULA

GREGORIO fue a Roma, comisionado por el gobierno, para asistir a un Congreso Mundial contra la onconoquerosis.

Dejaba muchos amigos en la capital y tuvo gusto en traerles algo de la Ciudad Eterna.

Dióle vueltas a su corta imaginación y decidió tratarlos por igual. Bien pensado como era, de buena familia, decidió comprar dos docenas de bendiciones *in articulo mortis*, con todo y firma de Su Santidad, confirmando que bastaba una mirada compungida al papel iluminado, en el momento supremo, para salvar el alma.

Las bulas eran bonitas y nada baratas, con el Santo Padre fotografiado a colores, y, debajo de la efigie, caligrafiados en hermosa romana, los nombres y apellidos de sus favorecidos.

Volvió nuestro hombre, hizo enmarcar sus regalos y los entregó personalmente. Dierónle todos las gracias, muy emocionados, que no en vano se hablaba allí del instante de la muerte; sobre todo las esposas de sus amigos se mostraron agradecidas.

Julio Enríquez —un abogado, de Saltillo, hombre de buen ver, a pesar de cierta verruga muy sobresaliente en el canal de la aleta derecha de la nariz con su cachete— la colgó en la recámara conyugal, frente a los pies de la cama. Allí la estuvo viendo tres meses. Era persona de firmes convicciones, buen católico; su inteligencia, no muy fina, estaba al servicio de un carácter firme y difícilmente desviable de un camino una vez determinado a seguirlo. La repetida vista de la bula fue formando, noche a noche, una tranquila seguridad, un promontorio, en el que se asentó inconmovible.

Angélica, su esposa, padecía de flato sin que ningún médico pudiera ponerle remedio: pedorreaba sin remedio y con olor. El licenciado la mató, escapó a Guatemala, donde nadie supo quién era, a pesar de la bula, que se llevó.

Casóse allí otra vez, a medida de sus deseos, con Esperanza.

Salióle ligera; no se aguantó y, sorprendida infraganti, despachó inmisericorde al otro mundo esposa y directo causante de su desgracia.

Le absolvieron y pasó al Salvador, donde llegó a Ministro. Allí queda —como buen recuerdo suyo— la Nueva Universidad Central, que coayudó muy eficazmente a fundar. Un cuartelazo de malas muertes le llevó a Honduras como refugiado político. Por un quítame allá esas pajas y unas copas de más acabó con el subjefe de la policía —hombre de bigote pequeño, corto de estatura y no mucho mayor de entendimiento, amigo del Presidente—. Salió mal herido del encuentro pero pudo llegar a Nicaragua. Recobró, tras no pocas fatigas, su bula y, ya curado de espantos, dedicóse a la buena vida, como pistolero de un ministro a quien su hazaña anterior, que no había quedado en las sombras, recomendó particularmente. Asesinó sin mayores remordimientos a tres seres humanos; eso sí, con intervalos de un año y meses, y murió tranquilamente en su cama, frente a la bula bien colgada, en otro marco dorado, más lujoso que los anteriores.

Como no podía menos de ser, el Santo Padre cumplió con su palabra: en el último momento el arrepentimiento de Julio fue completo y Nuestro Señor, no pudiendo desautorizar a su Representante, le sentó a su vera.

EL ÁRBOL

JUAN VALDÉS pasaba por la calle Baja por desidia, sabiendo que tenía que andar diez metros más hasta el portal de su casa. A cuenta de la costumbre lo achacaba, pero era por el árbol. Aquel plátano de indias no tenía nada de particular, era un árbol cualquiera, Juan lo conocía desde siempre, y su corteza verde amarilla parda gris, camuflando el tronco, para que nadie se fijara en él. Los perros le tenían predilección porque no había otro en medio kilómetro a la redonda, que Juan Valdés vivía en un barrio de medio pelo donde la urbanización de fin de siglo había acabado con cualquier vestigio de vegetación a favor de lo rectilíneo. Época sin más gloria que el perifollo de hierro y piedra artificial, vitrales importados, cisnes, sauces llorones azules en ocasos rojiamarillentos.

Del cómo y porqué se salvó aquel árbol del desmoche municipal nada dicen los archivos de la ciudad. Lo cierto que, desde que fue a la escuela de don Ubaldo y luego a la Universidad, Juan prefirió siempre pasar por la calle Baja. Que era por el árbol sólo lo descubrió a los diez y nueve años cuando lo cortaron; tampoco se sabe exactamente por qué. Empezaron podándolo, dejándole puros muñones. A los quince días lo serraron de raíz. Posiblemente fue un negocio, un pequeño negocio de un subalterno de la oficina de Parques y Vías. Nadie dijo nada, lo absurdo no suele inquirir razones y ningún vecino abrió boca. Es más, algunos ni se dieron cuenta.

La cosa que, desde aquellas fechas, Juan no volvió a pasar por la calle Baja y regresaba a su casa por la del Gambito.

(Tampoco sabía nadie por qué la llamaban así, que, en verdad, llevaba ahora —en espera de mejores tiempos— el apellido de un ilustre varón, de los que ganan el cielo con el dinero extorsionado a fuerza de lo que llaman *mucho trabajo*. Por si interesa: se rotulaba exactamente *Calle del Filántropo Gumersindo Gurrea Álvarez*).

Felicitas vivía en el 22. Juan tropezó con ella, se saludaron, se

sonrieron, se hicieron novios, se casaron. Nacieron tres hijos (dos varones y una hembra). A ninguno se le ocurrió, en su vida feliz, recompensar al subalterno que cortó el árbol de la calle Baja. Con el dinero que le produjo aquel pequeño fraude ese hombre (Baldomero Ruiz Conde) se emborrachó, recogió —de vuelta al jacalón donde vivía— a una ramerilla, metiéronse en el cuarto de un hotelucho, ludieron y —nadie lo esperaba— engendraron un niño, algo más que combie[1] y menos que faldero. Este andando los tiempos fue torero de algún nombre, armó escándalos, su alias pasó al mar, tras él fue y emparentó, en Sevilla, con una familia colombiana dueña de muchas leguas de tierra y millones de árboles.

Uno de los hijos de Juan y Felicitas acabó siendo dueño de una fábrica de muebles, así entró en relación con un cuñado del torero, que le vendió maderas finas para una fábrica que, en sociedad, montaron en Caracas.

Ramón, otro de los vástagos, empezó como papelerillo, se hizo periodista, se distinguió por su estilo peleonero y acabó haciendo editoriales conservadores en el mejor diario de la capital. Su buen destino le llevó a director del mismo, hizo repetidos viajes al Canadá para comprar papel. Vio las fábricas y los ríos cubiertos de hermosos troncos. Tampoco a él, que era hombre ilustrado, se le ocurrió dar las gracias al talador. Ya para entonces el plátano de indias había retoñado.

El que acabaran todos ellos entre cuatro tablas no le añade nada a esta historia.

LA ESPINA

MI BISABUELO Guillermo se clavó una espina en la encía, precisamente entre el canino derecho y el primer premolar; una espina de nada, una espinilla de trucha, fina como una de las primeras canas de mi bisabuela María que presumía de cabello tenue. Se infectó el piquete; no era dolor: sordo, obscuro, constante, el ramalazo se deslizaba hasta la hélice de la oreja donde el daño se diluía. Lo que más le lastimaba: la parte derecha del tabique de la nariz; leve molestia latente bastante para causar furioso enojo y rabia, quizá por no llegar a sufrimiento agudo. Bramaba para adentro, teniendo que madrugar, contando las horas que la punzada le quitaba el sueño. El calmante que le recetó su tía Virtudes no tuvo otra eficacia que permitirle pegar los ojos durante un par de horas. Insomne, se hubiese tragado el mundo, sin masticar, que un incisivo se le alargaba, inconmensurable. La nerviosidad le empujó a encender la vela y levantarse; al oírle, el perro ladró, removióse la cónyuge:

—¿Qué pasa?

—Nada, nada; duérmete.

¡Pegarse con alguien! Fue al cuarto de aseo, vióse la cara en el espejo, se puso la bigotera, por si acaso le servía de algo y unas gotas en la nariz —se las había recetado Rodrigo contra la coriza—, a sabiendas de que, ahora, no le servirían de nada. Dio un puñetazo contra la pared, se lastimó los nudillos. ¿Quién le mandó clavarse aquella espina? ¡Maldita trucha! ¿Por qué había comido pescado ese día? ¿Fue viernes? Ni eso siquiera. ¿No podía Manuela —o María— haber dispuesto otro plato? ¿Por qué le había servido ese trozo? ¿Por qué había partido de tal manera el bocado para que fuese a dar a ese punto exacto de su mandíbula? ¿Por qué hubo de tener su lengua la posición precisa para que aquello aconteciese? ¿Por qué Manuela, la cocinera, compró necesariamente aquel pescado? ¿No pudo haber escogido otro? Si en vez de una trucha hubiese

comprado un salmón, que son casi de la misma familia; o si, sencillamente, Joaquín, el pescadero, en vez de esa trucha hubiera escogido otra; o si María en vez de servirle aquel pedazo le hubiese servido la cola… O si el pescador —que pescador tuvo que haber— no la hubiese pescado, ¿por qué hubo de pescar precisamente ésa y no otra? ¡Qué el pescador…! ¡Y el que las reparte, y el que las vende al por mayor y el detallista! ¿Quién la escogió? Si el pescador se hubiese apostado un metro más a la derecha o a la izquierda, pesca otra; si hubiese entrado al río diez metros más arriba o más abajo no hubiese mordido el anzuelo esa trucha miserable, ni la hubiese vendido al concesionario, ni éste al pescadero, ni Joaquín la escogiera, a menos que fuese Manuela; ni ésta la hubiese cocinado, ni María se la habría servido, ni él se hubiera clavado la espina entre el canino derecho y el primer premolar, él, que presumía de que nunca le dolían las muelas.

Ni siquiera necesitaba el pescador haberse movido del sitio que escogió: era suficiente que tirara el anzuelo en dirección contraria, o, si pudiera, que lo lanzase más lejos, o más cerca. Si los padres del pescador no se hubieran conocido, cosa facilísima, no se hubiesen casado, no habría habido pescador, ni modo de que cogiera aquella maldita trucha, ni que Joaquín la envolviera triunfante tendiéndosela a Manuela: —¡Ésta sí es buena!— ni que la cocinera la prepara tan sabrosamente, ni que él se clavara tan idiotamente la espina.

Entre los millares de huevos de la freza ¿por qué hubo de desarrollarse precisamente ése? Truchas hay que mueren de viejas, ¿por qué hubo de pescarse ésa? ¿No podía haber permanecido quieta en su agujero? ¿Por qué hubo de ser más voraz que otra y arrojarse sobre la mosca tirada como cebo? Eso si la pescaron con sedal que, a lo mejor, fue trucha cándida y se dejó coger con la mano; mas, entonces, ¿por qué no fue más ligera y se escurrió como debía?

Nada acontece a derechas, lo que nos hace suponer lo contrario es no mirar de cerca. ¿A quién se le ocurrió disponer truchas para la cena? ¿A María o a Manuela? María ordenaría un plato de pescado, sin determinar la familia. ¿O se le aguzó el entendimiento precisando que lo fuesen? ¿Las vio hermosas Manuela o se las propuso el pescadero? ¡Qué cúmulo de circunstancias había

determinado que aparecieran las truchas en el platón del pescado! ¡Qué prodigiosa suma de casualidades no se había juntado para que fuese precisamente aquella trucha la que escogiera Manuela, como no fuese Joaquín! ¿Qué azar dispuso que escogiera aquélla para servírsela? ¿Qué acaso el que partiera de esa manera la porción que se llevó a la boca con la inclinación necesaria para que la espinilla viniera a clavársele en la encía? El «estaba escrito» rondaba por la imaginación de mi bisabuelo, pero su ortodoxia estaba a salvo de tales impulsos. ¡Aplicar leyes es tontería, siendo todo capricho! Triunfo del libre albedrío: todo es chiripa, encuentro, suerte, acaso y ocasión; accidente imprevisto, suceso inopinado; por muy abiertos los ojos caminamos a ciegas. Sí hubiese aguzado la vista y distinguido la espina antes de llevarse el bocado… Lo malo sucede siempre por no fijarnos. ¿De dónde se viene a ser qué? ¡Absurdo los que creen que todo está escrito! Si así fuese ¿a qué vivir? No, todo es aleatorio, inopinado, casual: no vale la pena pensar. Si hubiese deglutido el bocado anterior un poco antes, un poco después, un poco más de prisa, un poco más despacio, lo que dependía, con seguridad, de los bocados anteriores, de cuando acabó el potaje, del momento en que Berta había servido el pescado, de la hora en que se sentaron a la mesa y, por ende, de los minutos que Julián había tardado en despedirse. ¿Julián culpable? No, a lo sumo Enrique, de quien habían estado hablando, y de sus dificultades económicas por la estrechez de mente de Santiago Rebolledo, aquel agiotista sin entrañas.

El dolor, tenaz, presente, sordo, suficiente para impedir el sueño, retorciéndose en espiral por la ventana de la nariz, subiendo, corriéndose de la encía, para engolfarse en la oreja.

¿Cómo suponer que me había de clavar esa espina? Démoslo por hecho, ¿por qué se me infectó? ¿Por qué acaso estaban allí presentes los microbios necesarios a la formación profesional del pus? ¿Por qué azar se dieron cita las circunstancias precisas para esta triste contingencia?

Vuelto a la cama, sin soplar la vela, mi bisabuelo se tapó con el embazo, a ver si el calor de su aliento, detenido por la sábana, le procuraba alivio; no hubo tal.

Si el pescador hubiese lanzado su sedal un metro más arriba no habría pescado esa trucha. Veía la ribera, las aguas claras, los

contados árboles, las praderas, los montes cercanos. Si los padres del pescador no se hubiesen conocido el pescador no habría nacido, si de sus abuelos uno solo no hubiera nacido… Si la trucha madre hubiese desovado en otros hoyos, si otra trucha, que las hay voraces, se hubiese nutrido de la freza…

Se conocieron mis padres —pensaba mi bisabuelo—, como pudieron no haberlo hecho, fundiéronse sus secreciones de cierta manera que pudo ser otra. ¡Gran lance! Gran lanzada la de la espina de la trucha sobre mi desprevenida encía. ¡Qué caprichos de la Naturaleza! Estamos hechos de casualidad, de aventura, de ocasión. El hombre es traste de ocasión. (Mi bisabuelo no carecía de ingenio). Capricho, no de lo inesperado, ya que no se puede esperar nada con certeza —ni el dolor: ahora, de pronto, puede dejar de dolerme—, sino el vaivén de todo lo existente bazuqueado al azar de los azares. ¡Valiente hazaña! ¡Felices tiempos los pasados porque son los únicos que tienen madre! Ayer no me dolía la boca: esto es seguro, exacto, cierto. Debiera vivirse únicamente en el pasado (mi bisabuelo era conservador), no moverse de allí. Lo demás es escarnio, falta de seriedad, impresión, andar a ciegas, anarquismo: una bomba a cada respiro. ¡Que un hombre serio esté expuesto a tanta casualidad, a tanta inconsecuencia! No, a menos que la inconsecuencia sea consecuencia de la consecuencia, lo cual no cabe en cabeza humana bien ordenada. Pero, por lo visto, no hay organización; lo dicho: anarquismo puro. ¡A esto hemos llegado! ¿Cómo creen en los pilares de la sociedad si todo depende del ángulo de una lengua empujando un trozo de pescado? ¿Para qué comería yo ese bocado? Pude haberlo dejado, hambre no tenía. La gula, pecado capital. Por la boca no muere el pez, sino el hombre. ¡Qué fácil pensar! Lo cierto: me duele el tabique de la nariz.

El dolor menudo, acicate del insomnio, presente, presente puro, sin pasado, ahí, al alcance de la mano, pero adentro.

La abuela del pescador, sí, la abuela de la abuela del pescador, si en vez de conocer al abuelo del abuelo del pescador… Y, más atrás todavía, atrás, atrás, atrás. Mi bisabuelo desembarcó en la costa y costilla de Adán, el pescador original. Sí: era el verdadero culpable. Allí enfrente, el gran muro de las lamentaciones para partirse la cabeza: único remedio para el dolorcillo de la encía. Vencerlo, vencerse, olvidar. Extendió la mano derecha, rozó el camisón de

batista de mi bisabuela María. Pero ésta es ya la historia del nacimiento de mi abuelo Federico; el primero que atravesó a nado el canal de la Mancha, así se guardara secreto el acontecimiento por amor de la respetabilidad del nombre de la familia.

LA VERRUGA

A Alí Chumacero

—CABALLERO, cuando le digan que la piedra pómez es de origen volcánico, sonríase. No proteste ni haga correr la voz de la verdad, que es vicio feo. Deje decir a los que no saben, si así les place y sacan orgullo de donde no tienen otra cosa. La piedra pómez, caballero, es de origen humano, la engendra el hombre; yo lo he visto, yo, personalmente, así como me está viendo a mí: cara a cara.

Le salió una verruga, una verruga de nada. Él no sabía, vio aquella excrecencia fea en su hombro izquierdo, un poco hacia atrás, y se la arrancó sin gran dolor, sangró y no me dijo nada. Las verrugas son como los pelos: cuanto más se las cortan, más crecen. A los cuatro días ya estaba ahí otra verruga, o la misma, no lo sé, mayor. ¿Era la misma o no? Es un problema idéntico a aquel famoso y viejo que se empeña en resolver si dos es el doble de uno o éste su mitad.

Si se corta un pelo, el que crece ¿es el mismo u otro? Si se cortan las uñas, ¿son las mismas u otras? La verruga ¿era la misma u otra?

Era la misma y no era la misma. No podía ser otra porque tenía las raíces de la anterior, y esa raíz era él mismo. Sin embargo, si se arrasa un edificio y se construye otro sobre las mismas fundaciones, de estilo distinto, nadie dirá que se trata de la misma casa, pero el que sienta la tierra ¿qué dirá? Son problemas difíciles de resolver: los hombres distan mucho de ser inteligentes. No vaya a creer, caballero, que quiero sugerirle que mi hijo era tonto. Nada de eso. Tal vez, tampoco una luminaria, pero ¿quién lo es? Y para lo que sirven: ya ve lo que le ha sucedido a Oppenheimer.

Lo cierto es que Mario no le dijo nada a nadie hasta que ya no se pudo ocultar, no que fuese particularmente callado, no: siempre había sido un muchacho normal y ahora acababa de cumplir

cincuenta años. A mí siempre me pareció corriente, sin complicaciones, buen hijo, lo que se llama un buen hijo, caballero.

Teníamos nuestros altercados de cuando en cuando, ¿quién no los tiene? Pero no se emperraba, reconocía sus faltas, por lo menos conmigo; no se casó, decía que estaba bien así. No que no me hubiese gustado tener nietos, pero él me dijo hace algún tiempo, hacia 1924, que eso presuponía una hija política, una yerna, una hiena, como aseguraba sonriendo, porque, ya le he dicho, que no era tonto. Ya sé que no todas son así. Aunque yo me llevé muy mal con mi suegra y no conozco *ningunas* que se lleven bien, a menos que ambas tengan queja de la misma persona. Total, se quedó soltero y vivíamos tan ricamente hasta que le salió aquella verruga.

Ni él mismo pudo precisarme nunca cuántas veces se la arrancó de cuajo, no lo recordaba; lo cierto es que se reproducía cada vez más de prisa y mayor. Hasta el punto que llegó a nacer y crecer desmesuradamente en una sola noche. ¿Usted no ha visto nunca una verruga de cerca? No es hermosa, no. A menos que crea, caballero, que es hermosa o puede serlo una piedra pómez.

¿No ha visto nunca una piedra pómez de cerca? ¿No ha visto nunca una verruga con lupa? Hablo de una verruga corriente, mírela con un cristal de aumento, se lo recomiendo: es una peña, un menhir, una roca, una estalagmita, un mundo de piedra pómez, un universo desolado, una corteza enferma que se abulta como una buba cerrada, lava que se levanta y barre con todo, pero lava verdadera, humana, sin volcán a la vista.

Aquella verruga fue creciendo, creciendo, creciendo, haciéndose enorme, caballero, hasta que le impidió salir a la calle. Llena de surcos, de ranuras, de lorzas, de plisados, de fruncidos, de recogidos, pero de piedra, de piedra vieja, arrugada; como si dijésemos escarolada: créalo o no, aquella verruga se lo comió; lo recubrió todo, absolutamente todo hasta convertirlo en una enorme piedra pómez. Ahí la tengo. ¿Quiere verla, caballero?

Le advierto que no es del tamaño de un hombre normal, no: a medida que la verruga le iba recubriendo, mi hijo se encogía, aunque no perdió gran cosa de su peso, ¿qué cree, caballero, fue por la pérdida de agua? ¿De verdad no quiere ver a mi hijo convertido en una gran piedra pómez? Le advierto que no pasa del tamaño de un guarda cantón y de que, si yo no lo hubiese visto, nadie creería

que ese molón es mi hijo; ahora bien, si usted, caballero, lo mira con lupa, no hay equivocación posible: es idéntica a la verruga que lo fue recubriendo, la excrecencia es la misma, petrificada: rasca y raspa igual. Ahí lo tengo guardado, no se lo enseño a nadie, ¿para qué?, ¿no le parece, caballero? Pero si usted quiere verlo…

Le salió una verruga, la tronchó y ésta creció, creció y se lo comió; bueno comérselo no: lo recubrió, como un fósil. ¿Usted no cree, caballero, que alguien rascó, tal vez, un monte o lo cortó, o lo taló y éste se enfureció y le echó la lava por montera? Claro, usted no lo sabe, ni yo tampoco; pero, a veces, me pongo a pensar de que quizá la luna es una gran verruga, una verruga ¿se da usted cuenta, caballero?, una verruga enfurecida…

EL MATRIMONIO

LA SALA era pequeña, pero muy amueblada: dos consolas, dos sillones, dos parejas dispares de sillas, dos vitrinas —la una alta, la otra baja, estrecha la primera, ancha al segunda—, dos cornucopias doradas y de edad dudosa, dos lámparas, la una colgando, la otra de pie. No había sofá, no cupo y descansaba frente a los pies de la cama, en el dormitorio.

El pobre marido estaba hundido en un sillón. Su contrito cuñado estaba apoyado en el marco de la puerta que daba al recibidor. Su triste concuñada apenas se sostenía con las manos en la mesa. Todo estaba en penumbra. María se moría. María era la esposa, la prima de la cuñada; rondaba los sesenta años, tenía unas ojeras tremendas, unas ojeras que le comían toda la cara, que no dejaban nada para lo demás. De estatura regular, de corpulencia media, menos la cabellera larga y descolgada (el orgullo de la casa). Sobrevestía camisón, que debajo llevaba numerosas chambras y refajos superpuestos en vano intento de vencer el frío; no venía éste de las afueras, sino de la muerte evidentemente próxima. La casa olía a col frita: no era cosa de momento, la casa olía a col frita desde hacía más de cuarenta años; cuando el matrimonio empezó a vivir ahí.

De pronto, en un arranque, la moribunda pudo con todos, nadie logró convencerla, ni sujetarla en la cama. Se levantó y se fue a la sala. Estaban todos muy conmovidos porque inmediatamente se dieron cuenta de que aquella mujer venía a despedirse —para siempre— de sus muebles, de todos los objetos que habían sido parte de su vida durante más de cuarenta años. El cuñado, largo bigote lacio, tiene los ojos enrojecidos y lacrimosos; desgracia no circunstancial pero, ahora, por vez primera —era una familia muy unida—, se daban cuenta de que en ese momento aquello estaba bien. Nadie se movía aparte de la futura muerta. Iba ahora de la vitrina pequeña a la vitrina grande, andaba con dificultad, pero

sola. Había rechazado —todavía con fuerzas— cualquier ayuda. Andaba arrastrando las pantuflas que su esposo le regaló hacía diecisiete años, para la Navidad. Dicho sea en su favor, lo cierto era que las había gastado muy poco. Ponía las manos, las palmas de las manos, sobre los muebles, las dejaba allí, un momento, para luego arrastrarlas hasta el borde. Pasó frente a la ventana —que daba a un patio interior, pardo, oscuro— agarrándose al terciopelo verde pasado de los cortinones y llegó a la vitrina grande donde, tras unos cristalitos biselados, lucían unas porcelanas de leche brillante con filetes de oro; se quedó quieta mirándolas: eran de su abuela. Fue a la consola, pasando frente a su cuñado, al que miró y no vio, o no quiso ver, o no reconoció.

En la consola —negra madera, blanco mármol—, además de dos floreros de cristal azul, estaba el retrato del hijo único y su mujer: un retrato ya viejo, hecho en Buenos Aires, donde estaban hacía muchos años, escribiendo poco y sin ganas.

El pobre marido cambió de postura para seguirla con la mirada. Se daba cuenta de que de ahí a pocas horas, a lo sumo algunos días, se quedaría viudo. En su interior inexpresable siempre había sentido que acabaría viudo. La pobre señora seguía dando su última vuelta. Se paró frente a dos cuadros, dos cromos con marcos dorados: el uno representaba a Santa Ana, el otro una andaluza con peineta y mantilla blanca. Ambos tuvieron su pasadita de mano. Los tenía desde siempre. Era de lo único que había traído a aquella casa, no que fuese de condición inferior a su marido, pero, como era natural, él lo puso todo. Hacía más o menos cuarenta años que los veía como estaban colocados ahora: cada mañana, cada tarde, cada noche al ir de su cuarto al comedor o al revés, del comedor a su cuarto; que sentarse allí, en la sala, no lo hicieron mucho. Se quedó parada, vacilando. Su marido fue hacia ella, su cuñado dio un paso adelante. Pero la mujer rechazó la ayuda con indiscutible autoridad y siguió su ronda. Nadie se engañaba: se estaba muriendo. El esposo se quedó plantado cerca de ella, los pantalones caídos, por los tirantes desabrochados, sostenidos por la sola comba del vientre que tenía lo suyo, los pies en las pantuflas que su esposa le había regalado hacía dieciséis años, la cara abotagada, el bigote al garete, las manos encallecidas, las uñas negras de por sí. La enferma se había vuelto a detener frente a un espejo de marco negro

desconchado. Un espejo con manchas, desteñido, medio muerto, donde las cosas se reflejaban distintas y con nubes. El pobre marido se creyó en la obligación de intervenir, mandar, recomendar —suave pero enérgico a la vez— que volviese a la cama. Su todavía esposa se le volvió cara a cara, lentamente, lo miró fijo durante un momento, que se hizo larguísimo al hombre, y luego —remontándose a una cima inesperada y feroz de desprecio— dejó caer unas palabras como un hacha.

—¡Quieto! No te he querido nunca.

Y se fue, todavía derecha, al dormitorio, a acostarse y morir en la cama donde había cohabitado más de cuarenta años con aquel señor. Fieles ambos como perros vigilados.

LA PENDIENTE

… ME LLAMO Femando González Borrego. Ya saben bastante, ¿no? Ahora va a resultar que un nombre y dos apellidos no son suficientes para determinar quién es uno. ¿Sería el mismo si me llamara Alfredo Heckel y Halfenburg? Apuesto a que no. Mi padre se llamaba Pedro, Pedro González Camarasa. Mi madre —como es legítimo— se llamaba Borrego, lo cual es bastante molesto y me causó muchos disgustos en el colegio y en el Instituto. Una vez, una sola vez, llegué a las manos con uno por una broma acerca de mi segundo apellido. Si yo hubiese sido un hombre violento hubiese salido a pelea diaria. Pero era tímido, y no muy fuerte. Esa vez, cuando me pegué con uno de sexto —yo estaba en quinto— llevé la peor parte. No que no le diera, pero él me dio más, y me rompió las gafas.

Luego me casé. Voy tan aprisa porque lo cierto es que del bachillerato pasé al matrimonio como si tal cosa. De los dieciocho a los veintisiete no hice nada en particular: Estudié química y fui novio de Marina. Nos casamos el 18 de abril. Hubo grandes guirnaldas de flores blancas colgadas del altar a los pilares de San Jerónimo. Mis zapatos y mi chaqué me venían algo estrechos; la prueba: no pude volvérmelos a poner. De mi mujer no tengo por qué hablar; no entra para nada en esta historia. Además es tonta. Fue guapa, tal vez, más que guapa, guapetona, apetitosa: como esos dulces relumbrones que, cuando les hinca uno el diente, resultan demasiado azucarados, empalagosos. No se sabía mover. Lo que le gustaba era dormir. Creo que se dan ustedes cuenta. Lo demás era la fábrica, en la que no tenía gran cosa que hacer: era el hijo del amo. Cuando se murió, mi padre, idiotamente, de una pulmonía, en Zaragoza, seguí siendo el hijo del amo. Aventuras amorosas no había dejado de tener, aquí y allí: Diana, una amiga de Mariana a la que le entró remordimientos, y lo que iba saliendo. Lo que prefería eran las… no que cuando más lo fueran me gustarán más, no. Más

bien al contrario: modositas, pero guapas, delgadas, de ojos dulces. Hasta que di con María. Vosotros la conocisteis. Congeniamos y le puse piso. Pero nos aburríamos. No me divertía ir por los sitios que frecuentaba antes, porque me molestaba pensar que algunos de aquellos caballeros, por no decir todos, se habían acostado con ella; y andar por cafés, cines o teatros «bien» no era conveniente por el qué dirán y para que no le fueran con el chisme a mi santa esposa. Empezamos —un poco porque sí, como podréis comprender— a ir a tascas y a sitios de mala muerte. No diría que me gustó, pero me fui acostumbrando. Hasta tal punto que me pesaba cualquier otro medio. No que me fastidiara mi casa o la fábrica; no, eso no: yo seguía haciendo mi vida normal, sino que los bares elegantes, los restoranes, el casino, las carreras, el *bridge* se me fueron haciendo intolerables. A María parecía acontecerle otro tanto.

En las tabernas, en los garitos, nos recibieron como si tal cosa. Nunca nos sucedió nada. En el *Molino Verde*, donde dicen que generalmente le quitan a uno la cartera con la derecha y la estilográfica con la izquierda, nunca tuvimos el menor tropiezo. Si saco a relucir el *Molino* es porque nos fuimos acostumbrando a recalar allí todas las noches y acabamos teniendo una tertulia. Gente fina —y no lo digo en broma—: Emilio, Juan, Pedrote, Gilimón, Pocapena, el Ninchi; banderilleros, carteristas, chulos, ladrones, vagos todos. En seguida, quién sabe por qué, nos tuvieron por suyos. No se preocuparon nunca por saber quiénes éramos, ni qué hacíamos de día. Tampoco pedían dinero; solían tener lo suficiente para vivir. Además, muy respetuosos con María. Tal vez nació todo porque los tratábamos de igual a igual. Ninguno tenía lo que se suele llamar un oficio respetable. Jugábamos pequeñas cantidades al dominó, al mus, al julepe. De cuando en cuando alguno iba a parar a la cárcel. Un día, pude sacar a Gilimón gracias a unas influencias. La verdad es que sólo lo habían encarcelado por sus malos antecedentes. Recurrieron a mí —al mes o a los dos meses de lo anterior— para que interviniera en favor de un tal Garrapatas. Tuve que hacer más gestiones, pero logré también sacarle del mal paso. Como es natural, lo hice por simpatía, sin ningún fin preconcebido. Aquello les impresionó mucho. Se me ofrecieron todos para lo que fuera. Los criminales son tan decentes como los demás, y yo me encontraba, entre ellos, como pez en el agua. Me fui

interesando por sus medios de vida. Una noche, en que Emilio y Juan habían decidido llevar a cabo un robo, les acompañé. No por nada, únicamente por ver, por curiosidad. Me enteré por casualidad: cuando llegamos, callaron. Les pedí que siguieran hablando. Dudaron un momento pero, después de consultarse con la mirada, me pusieron al tanto. A María aquello le pareció bien. Anduvimos paseando por la acera mientras ellos se introdujeron en la casa señalada. Salieron y nos fuimos tranquilamente a un café cantante que había entonces por Cuchilleros. Se repartieron el botín, me ofrecieron una parte que, como pueden ustedes suponer, no acepté. Sin embargo, se empeñaron en regalarle un collar a María. No tenía valor, pero se lo agradecimos. Aquello nos gustó y seguimos acompañando a unos y otros. No corríamos ningún peligro. Una noche pasaron unos policías, en bicicleta, los entretuvimos hasta que nuestros compinches pudieron alejarse sin ser molestados. En aquella ocasión tampoco quise que me dieran nada. Se molestaron. Para desagraviarles les indiqué que fueran a robar a casa del marqués de Gorfe. Yo conocía perfectamente el lugar y no hubo dificultad alguna, todo fue como una seda. Más por María que por mí, acepté un dibujo de Goya y un apunte de Rosales. Me divirtió la investigación policíaca, a la que asistí de lejos, sin querer mezclarme demasiado, gracias a los consejos de Pocacosa, que era el más inteligente. De todas maneras acompañé al marqués a la Dirección General. Le enseñaron bastantes fotografías de «maleantes». Interrogaron al Ninchi, a Pedrote, sin resultado. Y no hubo más.

Llegó el verano. Tuve que ir a San Sebastián —María estaba en Fuenterrabia— y nos aburrimos mucho. Volvimos el 15 de septiembre, dos semanas antes de lo acostumbrado. Pretexté asuntos de la fábrica.

Ya es hora de que hable de Begoña. Begoña era mi cuñada. Una mujer insoportable. No por nada, ni fea, ni regañona, pero con un olor que me sofocaba. Le pregunté a varias gentes si no les sucedía lo mismo. Y no. Pero a mí me atacaba la nariz, la garganta, el pecho. Alegría se llama esa figura. Vivía con nosotros. Añadid su desconfianza, sus retintines, sus bromas acerca de mi fidelidad. Otros dirán que su dinero. Pero es falso. Evidentemente era rica: evidentemente, si se moría, mi mujer heredaría su capital. Pero

aseguro que aquello no pesó en los sucesos. No. En un ochenta por ciento fue por el olor, y el resto, por el perro. Begoña tenía un perro desde que se quedó viuda. A mí me molestan los perros. No por nada especial: me molestan porque son animales, y no los soporto. Lo mismo hubiera sucedido si se hubiese tratado de un gato, de un loro o de una tortuga. Por eso no me gusta el campo.

Con el otoño volvimos a las andadas, con éxito. Un día entré con ellos. Es fácil. Yo no me explico por qué no hay más ladrones: con un poco de sentido común, el robo es cosa hecha. Un día, en casa de quien no hace al caso, nos sorprendieron. Los muchachos pudieron escapar y yo me quedé, un poco a la fuerza, dicho sea de paso, a ver qué pasaba. La verdad es que tampoco corría ningún peligro: la mujer era guapa y era una disculpa. Lo divertido es que resultó, cayó en mis brazos. *Peccata minuta*. María se lo olió y me armó un escándalo. Al día siguiente se descubrió el robo. La mujer, como es natural, no chistó, ni creo que relacionara ambas cosas. Y, si lo hizo, allá ella.

Por otra parte, los negocios de la fábrica iban sobre ruedas. Todo hubiese sido perfecto sin Begoña. Lo estuve pensando y decidí que era un idiota. ¿Qué me costaba hacerla desaparecer? Nada, lo que se dice nada. Le hablé al Garrapatas, sin darle más explicaciones. Le dije exactamente lo que tenía que hacer: el día, la hora. Aquella tarde me lleve a Mariana al Escorial, con el cuento de escoger una casa, y nos quedamos a dormir allí. Cuando regresamos, todo estaba hecho. Fue un alivio, y eso que tuve que velarla, ¡hay que ver cómo hedía! De cuando en cuando todavía me persigue aquel recuerdo.

Lo malo es que el Garrapatas, a quien pagué religiosamente lo convenido, robó unas cuantas cosas —yo le había dado permiso para ello—, entre ellas un marco de plata. En él había una fotografía mía y de mi mujer. No me dijo nada. Pero yo me enteré por el inventario que tuvimos que hacer para dar parte a la policía. Como es natural, mis nuevos amigos no conocían mi identidad. Ya dije antes que suele ser gente poco curiosa. El mismo Garrapatas nunca hizo la menor referencia a aquello. Sin embargo, yo estaba molesto. Voló mi tranquilidad. Pensé, un momento, en hacerle desaparecer a manos de cualquiera, pero se me presentaron muy claros los riesgos de la operación: si el Garrapatas tenía tiempo de decir dos palabras a su presunto asesino, me descubriría. Por otra

parte, yo no podía seguir así. María estaba al tanto, como es natural, y me propuso la solución:

El Garrapatas no desconfiaba de mí, o, por lo menos, nada me hacía sospechar de ello, pero es evidente que si yo, por ejemplo, le invitaba a dar una vuelta por el campo, es posible que le apareciese una mosca en la oreja. Lo bueno es que se tenía por guapo, y aun lo era. Se resistió un poco, pero María se las agenció de manera que logró una cita. Lo llevó cerca de Galapagar, bajaron del coche, ella se apartó y, aunque fallé el primer tiro, le di de lleno con los demás. Nos volvimos tranquilamente a Madrid. Como los otros no sabían de lo de Begoña, nadie sospechó nada.

Desde entonces viví feliz, hasta el momento en el cual empezaron a subírsele los humos a María. No sé exactamente lo que se proponía. Tal vez que me casara con ella. A veces las mujeres no se quieren dar cuenta de cómo es el mundo: para ellas es mucho más pequeño que para nosotros, los hombres. Además, quién sabe por qué, debió pensar que el dinero —ya, teníamos un capital, y ella lo sabía— era tan suyo como mío. Lo cual, por lo que llevo dicho, os daréis cuenta, era absolutamente falso. Aún hacía yo demasiado regalándole cuanto me pedía. Además, ¡figuraos!, resultó avara: quiso comprar una finca en su pueblo. Era gallega. ¿Qué se me había perdido a mí en Galicia? Y más en el campo. Discutimos, con buenas palabras, pero tesoneramente. Cuando se le metía algo en la cabeza era capaz de todo, con tal de salirse con la suya. Yo no tenía ningún cuidado de que me denunciase; le hubiese ido casi tan mal como a mí. Y, referente al Garrapatas, se hubiese podido probar que ella salió de la ciudad con él: a mí, ni quien me viera. Tengo que reconocer, en su favor, que ni siquiera se le ocurrió amenazarme. No: únicamente quería ir a vivir al campo: vacas, cabras, perros, ovejas. Un espanto. Ahora ya sé a qué olía —para mí— Begoña: a estiércol. Por otra parte Mariana —quién sabe si con la proximidad de la menopausia— se volvía un poco más exigente. Por todo decidí acabar con María, y retirarme, tranquilamente, a mi fábrica y mis productos químicos.

Fue muy sencillo, y, hasta cierto punto, inesperado. Volvíamos del *Molino Verde*, ya muy tarde, andando tranquilamente por la acera. Vi venir un camión a bastante velocidad, muy pegado a su derecha, porque estaban arreglando el asfalto del otro lado de la

calle; me agaché como si arreglara el cordón de mi zapato. Ella se paró a esperarme. Calculé las distancias y, de un cabezazo bien dirigido, la tiré bajo el coche. Y eché a correr. Por lo visto, no dijo ni ¡ay!

Desde entonces vivo feliz. Acaban de condecorarme y estoy tramitando un título pontificio.

LOS PIES POR DELANTE

A José Ignacio Mantecón

CASTELLANO, aunque él mismo acabó creyéndose andaluz. De Medina de Ríoseco. Cayetano Menéndez, a quien todos conocían por «El Niño de Véjar». De Medina, una iglesia; de Valladolid, donde vivió dos años, otras; pero todos sus recuerdos eran de Cádiz, de Jerez, de Arcos, de San Roque, del Puerto, de Medina Sidonia, de Véjar, sobre todo de Véjar, donde vivió hasta cumplir los quince. De su padre nunca supo gran cosa, ni de sus cambalaches que le obligaban a andar a salto de mata; atrabiliario, brusco, alto, serio, seco, siempre vestido de negro, de muy pocas palabras. Baquiano de aquellos contornos y, al parecer, buen conocedor de alcamonías. Saludador le decían, aunque su hijo sospechó siempre que se dedicaba a ventas de mayor provecho. Cayetano fue fruto serondo de una coyunda a su vez tardía. Por lo poco que oyó, nunca le cupo duda que a su padre no le caían en gracia ni la justicia ni sus servidores. La madre callaba y cosía. Doce años tenía cuando faltó, a los tres de haber desaparecido el cabeza de familia, sin más rastro que uno de sangre entre un monte bajo lleno de maleza. Si hubo hablillas, no las oyó, las trónicas fueron entre mayores y en voz baja. Por más que procuraba recordar a su madre de otra manera, siempre le volvía a los ojos de adentro sentada en una silla baja, sin apartar la mirada de la labor fina, vestida de luto, cubierta la cabeza con un pañuelo negro: cortaba el hilo de una dentellada seca, volvía a enhebrar la aguja al primer intento. Si supo por qué vino al mundo, nunca se lo dijo a nadie. Bastóle media hora de sarrillo, sin pronunciar palabra, para irse al otro mundo, en el que creía sin lugar a dudas. Allí estaba, en el cementerio de Véjar.

Véjar, blanca de cal y verde de las plantas de sus tiestos, mejoranas y geranios. El agua clara y sus mujeres recatadas, siempre de negro, tocadas con su pañuelo negro. Encalar sin

cansancio, y el cante, y el baile. El niño Cayetano, ¡cómo se lo disputaban! Trabajaba en la fonda. Cayetano aquí, Cayetano allá: a comprar unos pitillos, a la botica, a casa del alcalde, a la tienda. Ir y venir, sirviendo a gusto porque se lo agradecían.

Vejar de la miel y de los toros, cortijadas y caseríos, a lo lejos Trafalgar, el río Barbate, la laguna de la Janda. Tan mora que todavía lo es, no por nada empezó por allí la historia famosa de Guadalete. Vieja frontera de Granada. Todo de la Frontera: Jerez, Arcos, Véjar. Blanco y verde, y las marismas. Y el baile, bailar solo, como hay un solo Dios, como se canta solo. Baile jondo y no como el de esos herejes que se cogen de la mano, de miedo que les da. Cádiz, madre de la danza, según los Doctores de la Iglesia.

Bailaba porque le salía de adentro. La primera música que oyó —¿una dulzaina?— le hizo alzar los bracitos, dar media vuelta y caer de bruces para jolgorio de los que le miraban. Él también se rió enseñando sus dientes, acabados de salir. Nunca dio saltos o brincos a la ligera, sino ya, desde niño, medidos.

—¡Olé, mi niño!

Ocho años tenía cuando lo trajeron a Cádiz y, desde entonces, baila que te baila, pisando la tierra: Tacón, tacón, tacón, tacón; y vuelta: Tacón, retacón, tacón… No tenía voz, pero se acompañaba por dentro. Y la guitarra: toda la música, del bordón a la prima. No fue a la escuela con tantos ires y venires de la familia. Bailaba y todos le querían:

—¡Ole, mi niño!

Tenía ángel. No necesitaba que nadie le incitara, ni que le aguijonearan. Se deleitaba en su pasión al compás del viento. Era otra vida, donde no se pedía: todo lo daban hecho; desnudado de las vías del sentido daba en un principio más alto y así le conocieron todos: preñado de fuego, descubriéndose en cada ademán; excusando las fatigas de adquirir, sin otro maestro que el viejo Retana, que siempre estaba diciendo, sin que Cayetano alcanzara el valor de la frase:

—Cuídate los pies. Ahí tiés una fortuna.

Bailar, bailar solo, porque el mundo está hecho para eso.

Le llamaban de todas partes. No había fiesta grande o pequeña en la que no tomara parte. Trocaba en gozos los desconsuelos con solo ponerse a bailar; cobraban aliento los pulsos a medida que el

suyo se multiplicaba. Fue de todas las juergas, sin participar de ellas. Tampoco insistían en hacerle beber: le respetaban. Algún malafollá que porfió vióse atajar en seco:

—Ejalo. E mú chico entoavía.

Las rabizas cuidaban de él más que nadie, como si se tratara de algo suyo. No tardó en probar su desinteresado afán. Pagábanle a escote dándole a beber en ellos, pero sin abusar. Cayetano agradecía la merced. (Todo le parecía natural y no importándole el dinero suponía que a todos acontecía por igual). Pero sólo le despertaba el alma, perdido el aliento, el ritmo del baile; callado, sintiendo latir la sangre por todo su cuerpo. No representaba, ni fingía, ni imitaba: Movíase como se lo pedía el cuerpo que al compás de la música por sí solo le agitaba.

Luego, tumbado en la cama, miraba sus pies, allí al final de sí mismo, erectos.

Cetrino, guapo, serio, como su padre, juncal y sosegado.

Le jaleaban, las palmas venían solas al repiquetear del zapateado. Chaquetilla corta, pantalones ajustados que le regalara, con lágrimas en los ojos, el viejo Retana, pese a su fama de avaro. Y botas de caña. Hasta que conoció, al azar de una madrugada tibia al Marqués de X (como se dice en las novelas).

El marqués de X era un hermoso varón, alto, ancho, la frente despejada, el cabello ya gris partido por una cuidadosa raya; los ojos y la voz, profundos; la nariz recta, bien sostenida por un fino bigote que recalcaba el dibujo de una boca tal vez demasiado grande para tanta perfección. La barbilla partida, la tez morena, las manos cuidadas, el porte marcial, el sastre bien escogido, los zapatos siempre brillantes vencían cierto descuido de los ademanes, que gustaban ir un poco más allá de la cuenta. Gran aficionado a los toros y a algunos toreros, toreaba con garbo en los tentaderos. Hombre rico, apartado de su familia, vivía como creía que se debía hacerlo: la primavera en París, el verano en Biarritz, el otoño en Andalucía y en Madrid, el invierno según las rentas del año y el paradero del Ballet de Montecarlo. El marqués de X entendía de toreros y de bailarines.

Cuando vio a Cayetano por vez primera, dio gracias a la Divina Providencia que le había escogido para revelar al mundo entero las gracias sin fin del mozuelo. Hizo alarde de sus conocimientos, le

habló de Antón Boliche, de Requejo, de Vicente Escudero, de Rafael Ortega, de Antonio Triana. Cayetano nunca había oído el santo de sus nombres y quedó muy sorprendido al saber que lo que ejecutaba tenía nombres tan estrambóticos como: trenzados, sacudidos, mudanzas, desplantes, gambetas, contrapases; o batimán, campanela, salto y encaje, quebradillo o molinete. Sin hablar de la cadencia, de la figura y del engarce de su pie. A él que no le sacaran del bolero, del polo, de las sevillanas, del fundamental taconeo. Lo demás le sonaba a hueco, a ganas de darse importancia. Pero no resistió la tentación de ir a Sevilla.

El marqués le firmó un contrato de exclusiva por cinco años. Era lo que había soñado toda su vida: lanzar a Nijinsky. A Cayetano le tenía sin cuidado. Pero, de buenas a primeras, le prendó el ambiente del teatrucho: el humo y el griterío y la gente atada por el tablado.

Se metieron en un palco, el marqués cerró la puerta corrediza. Ya llamaban tres maricas comineros, muy peripuestos. —Aquí lo tenéis —dijo orgullosísimo el mecenas ofrendando la presencia de su protegido con un gesto blando, dando vuelta a la cuidadísima mano.

Cayetano no sabía dónde meterse. La Trini, el Punteras y el Buñolero lo examinaban detenidamente, dejando percibir la envidia en un enarque adamado de las cejas, en un fruncimiento cazolero de los labios:

—¿Cómo estás?

Sandungueros.

Entraba el camarero con dos botellas de manzanilla y los chatos. El Buñolero reclamó su pippermint. En el tablado bailaba Mariquilla, la Chata. Cayetano era todo ojos.

—¡Qué asco! —dijo la Trini—. No sé cómo se atreve, ni siquiera sabe para qué sirven las postizas.

Entraba la gachí en mudanza al son de sus crótalos de granadillo y a Cayetano se le iba el alma tras el taconeo, y la vista por el torso; bajábala luego por la falda y los faralaes rojos a motas blancas, a morir en el empeine y los pies que levantaban un ligero polvo que iba a pegarse en las caras de los enardecidos espectadores.

—¡Emperaora!

Las tablas no suenan, retumban.

—¡Dale!

El escenario suena como un ataúd vacío. Seco eco.

—¿Qué te va ni te viene? —pregunta el marqués.

Dos gitanas pugnan por meterse en el palco.

—Aquí no —dice el Buñolero—. Aquí al lado falta gente.

Las fulanas le asesinan con la mirada:

—¡Ay, hijo, perdona, no nos habíamos dado cuenta!…

Cayetano mira bailar a Mariquilla. El Marqués —que el título le venía allí a apodo— se sienta a su lado:

—¿Te gusta?

—Sí.

—¿Y tú, cuándo debutas? —pregunta, con resquemor, el Punteras.

—Mañana. Y ya veréis lo que es bueno —dice el protector.

—¿Aquí? —inquiere la Trini, con un mohín de desprecio.

—¡Qué te crees tú eso! En casa del conde de Miraflores.

—¿Nos invitas?

—¡Qué remedio!

—¡Ay, tú! Ni que fuera la Divina Garza… —Lo es.

La muerte del marqués de X, a manos de Cayetano Menéndez movió lenguas en media España y el resto se enteró aun sin querer. ¡Ahí era nada: un marqués muerto de una puñalada por un bailaor, la misma noche de su *debut*!

El pobre de Cayetano no se dio cabal cuenta de la que se le venía encima hasta que la policía —así en general, que no recordaba cuántos fueron, ni sus caras— le molió a golpes, intentando hacerle confesar que el móvil del crimen había sido el robo. Él no ocultó nada.

—Er tío asqueroso ese no sé qué se afiguraba…

Mantuvo la verdad de los hechos, asombrado de que no quisieran admitir lo cierto. No le valió gran cosa, como no fuera librarse del garrote. De ahí no quisieron pasar jurado y jueces. Y fue a dar al penal de Ocaña.

Todos los reclusos conocían la sonada historia y ninguno dudaba que la muerte del marqués se debía a cualquier tiquismiquis entre los dos protagonistas. Como Cayetano porfiara en su hombría, cogiéronle ojeriza algunos penados y una noche, entre varios, le

hicieron perder la última vergüenza.

El drama se repitió en Ceuta, donde le trasladaron. Ya no luchó. Cuidó sus pies como las niñas de sus ojos: al salir podría reanudar su carrera. Le habían echado veinte años, con los indultos saldría en quince o dieciséis. Así fue, pero no había contado con la huéspeda: el reuma. De cuando en cuando se le agarrotaban las rodillas. No era sólo el dolor, un practicante le habló también del corazón. Así vino a dar, de peón, en aquella obra, del otro lado del Guadalquivir. No se quejaba —no había nacido para eso—. A veces, tumbado, miraba sus pies, al final de sí mismo, los movía y le daba pena.

¡Dios, y cómo restallaba el sol! Calor y ni una sombra decente. No había quien resistiera aquel agobio, y tener que estar ahí, quisieras o no, a la fuerza, en el tajo. Para mayor inri, el río: ancho, caudaloso, corriendo hacia el mar, como quien no quiere la cosa, taimado.

Las riberas bajas y Sevilla a lo lejos. Sevilla donde ya nadie se acordaba de él. (De buenas a primeras quiso volver a Vejar, pero le hicieron ascos).

Todo se achicharraba, sin un verde limpio. Polvo, calor y sed. Y el agua tibia.

—¡Qué bochorno!

Y había que trabajar, que para eso les pagaban. El sudor tenía ya sus torrentes. El sol sobre todo y, por si fuera poco, de la tierra, de la madera, que ardían, volvía hacia arriba, continua bocanada.

A encofrar, a argamasar la arena y la cal, a llevar la mezcla de aquí para allá empujando la carretilla. Cochino sol. Y el capataz en la rayuela de la sombra de la barranca, vigilando.

—¡Qué bochorno!

Cayetano echaba los hígados. Y ese ahogo. Hincó la pala en el suelo e intentó apoyarse en ella. Perdido el color y el sentido rodó, como vacío, al suelo. Se agruparon a su alrededor, acudió don Manolillo, presuroso en su cachaza. La obra quedó desierta: todos alrededor del difunto.

El problema era qué hacer con él. Enviarlo así como así a la otra orilla, en la barca, era prescindir de un par de obreros. Además, una vez allí, ¿qué hacían? Había que certificar la muerte en el lugar del suceso. Practicante, sí había, nominalmente. Hubo que mandar por él. Fue un cachicán cualquiera. A la vuelta, a las seis, podrían

llevárselo. Mientras tanto, ¿qué? Avisar, ¿a quién? Nadie le conocía familia. Vivía en un cuchitril, en las afueras de San Juan de Aznalfarache. El único con quien hablaba era con Germán, el carpintero: un hombre fornido, muy ducho en su oficio, padre de siete hijos y con esperanzas de más; pronto en sus decisiones. No tenía gran cosa que hacer por el momento, y tablas sobraban. Guillén, el sobrestante, estuvo de acuerdo en que fabricara un ataúd. Era lo menos que podían hacer por el muerto. Germán tomó sus medidas, un tanto afectado, aunque no lo aparentase: que, al fin y al cabo, es uno hombre, y puede acabarse en cualquier momento.

Allí estuvo serrando y clavando una hora. Llegó el aprendiz de médico con uno del juzgado. Estuvieron listos en un santiamén. Ya declinaba el sol. Con la ayuda de un albañil, que no tenía prejuicios, el carpintero trajo el féretro al lado del difunto, ya bien acompañado de moscas. Otros dos cogieron el cuerpo y lo metieron en la caja: sobraban los pies. Germán estaba furioso: trabajo perdido y su valor profesional en entredicho. ¿Cómo había podido equivocarse en cerca de veinte centímetros? Perdió, temporalmente, el alma echando palabrotas y reniegos, de los que no era parco, blasfemando sin razón de toda la Corte Celestial.

Guillén, con los de más seso, ya estaba disponiendo el traslado cuando, al volverse, vio al bueno de Germán, cortando los pies de Cayetano con la maestría que le caracterizaba en el manejo de la sierra. Fue cosa de medio minuto. Con cuidado, colocó los pies en el ataúd. Ya lo estaba clavando. Sólo dos gotas de sangre cayeron en el polvo.

Entre cuatro se lo llevaron hacia la orilla del río; como no cabían sino de pie y apretados y les dolía poner el ataúd vertical, aquella tarde la barca tuvo que hacer dos viajes.

PEQUEÑA HISTORIA MARROQUÍ

DEL DIARIO DE ALBERTO GABIRAUX

(traducida del francés)

París, 20 de noviembre de 1950.

Sr. D. Santiago Matreux
Director de SOIF
6, rue des Grands Champs. Nancy.

Mi querido amigo:

EN mayo de 1942 fui amablemente invitado, por la Cámara de Comercio Franco-española de Casablanca, a dar tres conferencias acerca del aprovechamiento de los abonos orgánicos en tierras arcillosas. Como de costumbre, tú lo sabes, tuve buen éxito: hablo con facilidad y no pierdo mi prestancia de ingeniero-jefe. Hubo las invitaciones de rigor y el secretario del Residente General me deslizó al oído la pregunta ritual, para visitantes distinguidos, acerca de mis gustos y necesidades sexuales. Le fulminé con la mirada, lo que siempre da excelente resultado: se puede perder todo —como nosotros dos años antes— menos el empaque.

Una de las razones que me llevó de Marsella a Casablanca fue encontrar a nuestro viejo Coustaud-García. Recordarás que él y yo fuimos compañeros en la Escuela de Minas mientras tú andabas todavía rumiando tu texto de latín. Hacía doce años que vivía en Marruecos. Allí casó a su hija con un joven abogado; Ana había muerto en Dakar, su puesto anterior. ¿La recuerdas? ¡Cómo no! Creo que todos estuvimos enamorados de ella. Prefirió a Marcelo: tuvo razón. Lo digo ahora que han pasado veinticinco años. Entonces los hubiera matado a los dos.

Todo este preámbulo, mi querido amigo, a cuenta de ese «algo»

que me pides para tu excelente revista. ¿Qué te mando? No me avergüenzo de haber publicado, en mi juventud, dos libros de versos, pero sabes que nunca he vuelto a escribir y que si conservo amistad con tres o cuatro hombres de letras, hoy académicos, se debe a circunstancias que nada tiene que ver con la literatura. El interés actual acerca de mi persona también se debe a razones extraliterarias. Pero como, por otra parte, no quiero que ni por asomo creas que me pongo moños, de los que carezco tanto como de poemas, ensayos o cuentos (si no, se sabría), te incluyo copia conforme de algunas páginas de un diario —con lagunas— que escribí por aquellos días y que aún llevo, de cuando en cuando, al azar de las noches libres de *bridge*, y de Enriqueta, que te envía sus más cordiales saludos.

No veo la razón que esas líneas interesen a tus lectores: no tienen finalidad y carecen del incentivo de un diario: no hay en mis cuadernos ni indiscreciones, ni juicios amargos. Generalmente suelo anotar fórmulas matemáticas o químicas, el número de la página de un libro ajeno en la que leo algo que barrunto merecerá volver a consultarse, citas, el orden de mis lecciones en la Facultad, etc.… Pero aquellos días, vencido por mi más tenaz enemigo, el insomnio (olvidé el único somnífero que soporto, y no hubo manera de adquirirlo en Marruecos), apunté, al correr de la pluma, algunas anécdotas de las que se suelen contar, o así lo supongo, a la mayoría de los visitantes, más algún relato vivo.

Al releer esas páginas me entra cierto remordimiento de no haberme tomado esa molestia a lo largo de mi larga vida. Da gusto volver a lo caído en la fosa del olvido, péscase a si mismo con la gran caña como si un anzuelo penetrara por la morra. Ahora bien, lo recordado no tiene importancia más que para el que lo anotó. Por otra parte, si alguien supusiera que quise reflejar, a lo turista, la realidad marroquí de entonces o de ahora, se equivoca de medio a medio.

Ignoro los secretos de la novelística —tu medio— pero ¿así se escriben relatos y cuentos? Si fuese cierto te aseguro que proporcionarías una gran desilusión a tu viejo amigo.

Alberto Gabiraux

2 de junio de 1942.

VIENE a visitarme, a mi gran sorpresa, Claudio Mendizábal. Le creía ya en los Estados Unidos. Perdió el barco que pensó alcanzar aquí hace dos meses. Espera otro; mientras tanto ha vencido el visado de entrada que le otorgaron a petición de John Dewey. Me pide, que haga el favor de acompañarle a visitar al cónsul norteamericano. Mendizábal es un distinguido profesor de filosofía del derecho, español, reclamado por Franco. Teme que nuestro actual gobierno le entregue a la policía alemana y ésta a su vez a los españoles y éstos, muy católicamente, le fusilen. (Mendizábal es católico). Le acompaño gustoso a pesar de que dudo de la influencia que pueda tener.

Efectivamente, el cónsul nos recibió desabridamente y no hizo el menor caso a mis consideraciones humanitarias. Las leyes son las leyes y aunque es posible que entreguen al profesor y lo fusilen, él no puede hacer nada. Tiene que esperar el nuevo *affidavit*, que sabe Dios si llegará.

Llevo a Mendizábal a casa de Coustaud-García para ver si es posible esconderle. Parece que sí, un médico amigo le hará semidesaparecer en una maternidad judía. Como es natural, surgen los chistes. Es curioso cómo, en estas graves ocasiones, no se pierde el buen humor. Mendizábal me cuenta su vida en el refugio de Ain Sebaa, donde actualmente está acantonado por la policía. Es un lugar agradable, un restaurante donde algunos casablanquenses solían ir a pasar un día de campo. A la sombra de unos árboles enormes y en la sala que fuera comedor se amontonan unos trescientos futuros emigrantes, en su gran mayoría judíos de posibles, reclamados por sus familias, casi todas residentes en Nueva York. Por lo general, gente sin mayor interés. Mendizábal —recién llegado— duerme al lado de la cabina del teléfono (todos huyeron del lugar). El medio, me dice, le recuerda el de ciertos paradores de la Cuesta de las Perdices, al que le hubiese salido una epidemia de catres. Mendizábal, que tiene gracejo, me mima la última conversación, oída hace dos horas. Llamaron por teléfono a una vieja que estaba departiendo muy animada y animosa con una familia. Se acercó, menuda y con prisas, a tomar el auricular. Tan pronto como supo con quién hablaba le cambió la cara y el tono de la voz se le volvió quejumbroso:

—No puedo comer lo que me dan, es imposible. No paso nada,

todo se me atraganta. Acabo de tener una pequeña hemorragia…

Se le humedecían los ojos, lloraba.

—Si pudieseis traer un poco de carne, aunque sólo fuese un biftek molido. ¿No puede ser? Entonces un bizcocho, aunque sólo sea un poco de bizcocho para mojarlo en un dedo de vino. No sabe usted lo desgraciada que soy… Si me pudiese usted mandar aunque sólo fuese un infiernillo, me salvaría usted la vida; un infiernillo… No, no se moleste… No sabe usted qué remordimiento es para mí el pedirle tantas cosas… el causarle tantas y tantas molestias… No, no se moleste… Sí, sí, un poco de mantequilla. ¿Salchichón? No lo puedo comer… Acabo de escribirle a Luisa que nunca, nunca podré estarle bastante agradecida. Sí, no se moleste, no quiero, de ninguna manera, que ella se moleste, no quiero que me traiga nada, no quiero que lleve nada: que tome un árabe para cargar las cosas; ¡ah!, y que no olvide dos botellas de agua de Vichy. Por favor: Dios se lo pagará. Es usted un santo. Sí, sí, no proteste, un santo. Yo se lo escribiré a Ana… Ah, y si encuentra un poco más de agua de Colonia de la que me trajo anteayer, y un poco de vaselina mentolada, y…

Remedaba con gracia a la vieja.

—Y eso que empezó diciendo que no quería nada. No vayáis a creer que acabó ahí la lista de encargos, ni el halago ni el empalago de las gracias.

—Pobres…

—Sí, pero a veces cargan. La que es grandiosa es la encargada del albergue.

El profesor vuelve a sus imitaciones cargando ahora el falsete:

—Usted es español… Es otra cosa. Usted me entiende. En España lo comprendieron enseguida y le pusieron el único remedio: ¡Expulsarlos! ¡Expulsarlos! ¡Echarlos al mar! ¡Que no quede ninguno! Yo no digo que los maten, pero que los echen a la basura. Por eso España es grande, por eso ganó Franco. Yo no sé que espera Pétain para arreglar Marruecos de una vez… Pero todo llegará, yo sólo me callo y espero. Les sirvo pero, por lo bajo —a cada momento— digo: —¡Así te ahogues! ¡Así te ahogues! Porque toda esta canalla va a embarcar algún día y llevará su veneno a otra parte. Sí, señor: nosotros no conocemos más que el exterior de las cosas y de ahí vienen nuestras desgracias. Lo que importa es cómo

están hechas las cosas: los números, que lo rigen todo. ¿Usted no lo cree? ¡Claro que sí! ¡Como que usted es español y los españoles son gente de primera categoría! ¡Vosotros sí que supisteis resolver vuestros problemas! Le tengo que presentar al profesor Guarini. ¡Ése sí que es un hombre! ¡Un hombre de verdad como los que ya no hay y nos hacen tanta falta! Hitler no está mal, pero es alemán, y a los alemanes les falta solera…

La llamaron de una larga mesa puesta bajo los espléndidos olmos. Se fue para allá refunfuñando. Volvió a poco, le ofrecí una naranja:

—Es usted muy amable, caballero… ¿cuándo los veremos ahogados a todos, que no quede uno?… Esa hez, esa podredumbre, esa vergüenza responsable de todas las guerras, de todas las corrupciones. El mundo, sin ellos, sería un paraíso. Empujan a los demás a la guerra y ellos se quedan atrás, tan tranquilos, riéndose… Como estos… Bazofia, pus… ¡Qué gentes, qué mundo! ¡Y yo sirviéndoles! Pero lo hago por los míos, por la causa. Porque yo, señor, soy monárquica, como todas las personas decentes… Desde que cinco de estos cochinos (¡Dios me limpiará la boca!) nos estafaron el dinero que teníamos, lo comprendí todo, todo. Y ya hace años de eso, era yo muy niña, pero me acuerdo como si fuera ayer. Nos dejaron en la calle… Pero les va a llegar el día: está escrito en las Pirámides, con números y todo: en 1943 reinará en Francia un Borbón de 45 años. Un Borbón; el conde de París, *no está muy bien*, Maurras no le quiere, por algo será. Pero, a falta de otro… ¿No le parece a usted? Un Borbón en Francia y otro en España, ¿no es magnífico? Le tengo que presentar al profesor Guarini, es un italiano muy rico del que creo que le hablé antes, cuando me llamaron estos cerdos para pedirme mostaza, ¡no les daría yo mala mostaza! El profesor es un hombre muy rico, pero vive miserablemente, de cualquier manera, porque lo que le interesa son los números y los libros. Se pasa los días echando cuentas. No come casi nada, y carne, nunca. Dice que la carne quita la inteligencia, que la mata poco a poco. Grasa sí: tocino, hígado, callos, partes bajas y deleznables de los animales. Eso no importa.

La llaman a gritos.

—¡Voy! ¡Ya voy! ¿Creen que no tengo otra cosa que hacer? Ya sé que estoy aquí para servirles: para eso me pagan… ¿Qué quieren?

¿Agua de Vichy? No hay, no queda, hay que pedirla a Casablanca. Si me dan con qué enviaré a Mamud.

Volvía hacia mí, renqueante, con sus cincuenta años muy mal cumplidos a cuestas; los ojos claros, el moño canoso sosteniendo arriba, un sombrerillo de terciopelo negro adornado con pasamanería de deshecho; las manos rojas y cortadas del agua, los zapatos hechos trizas y un terrible cansancio visible por todas partes.

—¡Si conociera usted a esa canalla! ¡Agua de Vichy! Ya les daría yo agua de Vichy… Y la tengo ahí guardada… si usted quiere… Veneno habría que darles. Vienen y se cuelan por todas partes, como polillas; lo roen todo, como comején. Por fuera parece que todo está bien y, adentro, todo está carcomido; no dejan nada sano, cuando se les echa, todo son ruinas… Crucificaron a Cristo e inventaron que era judío. Si se lo dicen no lo crea: Cristo era celta, es una historia más clara que el agua. Se lo demostrará el profesor Guarini. Está perfectamente probado: Galilea es igual que Galicia. Eso salta a los ojos. ¿No? Galicia quiere decir, entrada de las Galias y ¡todo el mundo sabe que los galos eran celtas puros!

Cambió repentinamente de expresión, fija la vista a mis espaldas:

—Por favor, espere, espéreme usted un momento…

Salió apresurada, llamando a un guardia móvil:

—¡Jules! ¡Jules! ¡Es aquél! Cógelo, agárralo, deténlo…

—¿Quién? ¿Ese chico? Ves visiones…

El guardia era un panzón coloradillo y sonriente, las manos bien descansadas de los pulgares metidos en el cuero negro del cinturón; se balanceaba perniabierto, a la fresca sombra.

—Es el sobrino de Alí Chum.

—¿Estás seguro? —se volvía hacia mí—. Se parecen todos tanto… Me han robada una cacerola de níquel, de níquel verdadero…

Ellos, no… Un árabe que tomé para que me ayudara en la cocina. Antes, cuando pasaba algo así, les pegaban una paliza que los baldaban y, casi siempre, aparecía lo robado; pero ahora, con las nuevas leyes, no hay que tocarlos… Mala ralea… Ladrones… No son tan malos como los otros… de otra manera… Pero yo tampoco dejaba uno como no fuese peón o criado… y aún… En el fondo

todos son de la misma mala sangre. Menos mal que no se pueden ver ni oler siquiera. Si no, ¿a dónde iríamos a parar? Ayer mismo me lo decía el profesor Guarini. Él está cerca de Dios porque vive sin preocuparse de lo inmediato. Tiene cuatro o cinco millones pero ¿qué más le da? A él lo que le importa son sus números y sus cifras. A los curas no les acaba de gustar, y se comprende perfectamente, porque explica ciertas cosas de Dios y de la Virgen. Pero hay que saber, hay que saber para no dejarse engañar… por esos. Los españoles saben como comportarse en cualquier ocasión porque son caballeros de nacimiento. Pero, si no, hay libros que son capaces de transformar a un hombre. Claro que hay libros tan sabios que sólo se pueden leer poco a poco…

La llamaban.

PRIMERA conferencia —gran éxito—. Flores. Telegrafío a Enriqueta.

3 de junio de 1942.

TE RECEPCIÓN en casa de Coustaud-García. Vive con su hija y su yerno, *maître* Ribard. Mucha gente, más o menos fastidiosa pero antipetainista; algo es algo. Mendizábal y un escritor español de apellido alemán que habla muy bien el francés. Se habla poco de la guerra (¿quién se atreve entre tantas personas extrañas a declarar su pensamiento?) mucho de los árabes (lo que no compromete a nadie). Ribard, me remacha la falta de interés de los indígenas por el dinero, su ignorancia del valor real de la moneda. Lo único que les importa en la vida —dice— es engañar al prójimo. Sonrío:

—Sería la gente más desconfiada del universo.

—A lo mejor. Para ellos no hay placer comparable a embaucar al vecino. La añagaza, el gatuperio, la treta, el embuste, el jugar de mala, la mentira es su sangre, su aire.

—Será algo menos…

—No, mire: si pido quinientos francos de honorarios a cualquier cliente árabe, pone el grito en el cielo —porque no hay nada más alto—. En cambio, si le pido dos mil y consiento en una rebaja de quinientos, después de mucho regatear paga tan tranquilo, seguro de haber hecho un buen negocio.

—Eso es otra cosa: el chalaneo es flor mediterránea.

—No. Porque para ello deberían tener un concepto del valor del dinero del que carecen por completo. Bástele dos ejemplos: Vaya al zoco, como mi mujer, apenas ayer. Discute con un huevero. —¿Cuánto? —A dos cincuenta. —A dos. —De ninguna manera, me cuestan más. —Te doy siete monedas de a real por cada uno. —Está bueno, venga.

Ahora, compagine esto con lo que me sucedió cuando trabajaba con Barème, jefe del bufete más importante de Rabat: ciertos clientes me ofrecieron dinero con tal de engañar a mi patrón.

—Usted cree que la venalidad o la simonía…

—Espérese: se lo dije al viejo zorro —lleva litigando aquí veinte años— se rió y me aconsejó que aceptara: —Me hace usted un favor, creen que le compran, que me la da con queso. Acudirán como moscas, que no faltan, y se saca usted un buen sobresueldo que me asegura su lealtad.

No me convenció, pero a los dos meses, cuando me establecí por mi cuenta, tuve que entrar en razón: no conciben el valor del dinero fuera del que necesiten para mantenerse al día.

—Tampoco los cristianos piden más en sus oraciones diarias —dije para defender, así fuese casuísticamente, mi opinión igualitaria. No le hizo mayor gracia mi reflexión, la eché al cesto de la broma rematándola con una sonrisilla que se quería al cabo de la calle.

Continuó mi interlocutor:

—No hay que buscar muy lejos: ayer y en mi oficina: un cliente, un accidentado; la compañía de seguros está obligada a pagarle siete mil francos. Como conocen el paño, le ofrecieron setecientos. Mi hombre, encantado: ¡setecientos francos! Su mujer, que es —o fue— española, murciana —aquí hay muchos— tuvo barruntos de lo que sucedía y vino a consultar el caso conmigo. A pesar de mis consejos, el árabe se conformó con dos mil francos: —¡Seré tan rico como el pacha!— decía. La cónyuge, furiosa, le instaba para que pidiese más; que esperara los resultados de mis buenos oficios. En vano: —¡No, mujer, no! Mañana se arrepentirán y no darán tanto. ¡Es imposible! Total: ¡por una mano! Estaba seguro de haberles engañado; no sabía cómo, pero los había engañado. Sin eso, ¿cómo se puede comprender que diesen dos mil francos por una mano perdida en el más idiota de los accidentes de trabajo? —Además —le decía a su esposa, una sebona reluciente de calor e indignación—

con trescientos francos tenemos bastante para montar una tienda…

—Lo que sucede —interrumpió suavemente Mendizábal, que tiene algo de ángel— es que Gabiraux tal vez no se figura lo que es una tienda mora… Un barracón, una garita indecorosa, un chamizo mugriento en el que sólo se venden petróleo y bujías…

—Para los árabes cuando se dijo «Hágase la luz», se inventó el comercio —comentó jocoso el doctor Fillol sin que nadie le hiciera caso.

—Entra alguien a comprar; si se trata de bujías preguntan: —¿Media o un cuarto? Si alcanzan a vender alcohol de quemar la medida comente es un vasito: diez céntimos.

—Peor estaban antes de llegar nosotros.

—Tal vez. Pero no habíamos llegado…

Al no poder presumir de otra cosa, el doctor Fillol está orgulloso de haber nacido en Casablanca:

—Los bulevares, el puerto, las tiendas, los bancos, comparables a…

—Sí, ya sabemos —le interrumpió Coustaud-García— buenos restaurantes; la plaza grande; la medina rica; los macizos bien cuidados; la arquitectura no hace daño ni a los ojos ni al espíritu; los hoteles podrían ser peores. ¡Qué feracidad la de las huertas que rodean la capital! ¡Hermosísimas las flores, largas las playas, maravillosa la temperatura…

El doctor Fillol se esponjaba, sonriéndome.

—Y las cárceles, enormes, a reventar —remató Coustaud-García —. Dime a quién tienes en la cárcel y te diré qué pueblo eres.

—O qué gobierno tienes —me atreví a decir.

—En la cárcel sólo hay criminales —aseguró, perentoria, gallito, *madame* Gilleux, viejita simpática, emperifollada, autora de tres novelas premiadas. (—*Nuestra ilustre autora*…).

—Si viera usted que no —dijo un médico, de nombre eslavo que se me ha ido de la memoria—. No me tengo por tal y pasé por cinco.

—¡Ave María Purísima!

—Aquí, mi amigo Morales, mexicano —dijo el doctor, que era pequeño y barbudo— que no sé si usted conoce y que, si no, vale la pena; creo que estuvo once veces preso…

—Sería por equivocación —dijo, enseñando los dientes, la

novelista.

—Hubiesen sido muchas, señora. Sabían lo que hacían.

—Se están ustedes riendo de mí. La cárcel deshonra…

—¿Me permite no estar de acuerdo? Voy creyendo que, en nuestro tiempo, no hay persona decente que no haya estado una o varias veces en el bote, como decimos en mi tierra; o esté, ahora mismo, *sous les verroux*, como dicen ustedes tan bien.

La señora se sofocó, fui a buscarle un vaso de agua.

—Su amigo —le dijo al doctor Fillol, no atreviéndose a dirigirse directamente al anfitrión—, es muy bromista, pero no demuestra tener el mejor gusto.

Ribard, buen marido, mejor padre, fue a bañar y acostar a su retoño —ocho meses que me fueron impuestos a la hora de la comida con todos los detalles, orales y fotográficos, sin perdonar aspecto alguno del crecimiento—. En otro grupo, Clara nos siguió atendiendo. Morales les puso al tanto de la discusión.

—Siempre hubo cárceles —aseguró la joven dueña de la casa.

—No, perdone —dijo Mendizábal, que me seguía a donde fuese —. La cárcel es invento de la Iglesia Católica.

—¿Qué hacían antes con los presos?

—Era otra cosa. Prisioneros pero no condenados. Vencidos. Los ladrones y asesinos solían ser ajusticiados… o invalidados —una mano, los ojos, las orejas—; mancos, ciegos, vagaban libres… Mientras, en otras latitudes, éstas por ejemplo, a veces bastaba pagar una multa.

—Así que los esclavos…

—De tan buena raza como sus vencedores. Libres venidos a menos. Perdidos, como hoy nosotros con los alemanes —rubricó el huésped.

Volvió Ribard, y con él se habló de nuevo de los árabes, de que si la mentira es consubstancial con su manera de entender la vida. Y de su sentido del honor.

—¿Cómo compaginar ambas cosas? —pregunté.

—Verá usted. El honor también es cosa de palabras, del apellido, de la familia, del clan. El otro es secundario, desprendido de la lengua, un honor de segunda mano, ya compartido con la mujer, que sólo existe cuando la hembra ha perdido su apellido. Y eso ha pasado a ser tan nuestro, posiblemente a través de lo español que,

hasta en el teatro, se oye —o se oyó en los casos *ad hoc*— aquello de: —¡Has mancillado mi nombre!

Rieron algunos.

—¿Es cierto o no? Con la justicia les pasa lo mismo. La justicia en sí no les importa mucho, en todo caso la toman por su propia mano, sí pueden. Lo que cuenta es lo que diga el cadí, o el pachá, o quién rinda justicia en su nombre. Si hay algo que para ellos no existe es la evidencia. La niegan, tan tranquilos. Por eso son tan aficionados a pleitos. Les encantan los litigios, presentarse ante el juez, declarar en falso, jurar en vano, levantar marañas, procesar a todo el género humano con tal de salirse con una sentencia favorable así no tenga eficacia alguna. Cuando X o Z vienen a denunciarme que otro le ha robado, es siempre el ladrón el primero que viene a quejarse. Supongo que la literatura árabe no me dejará mentir… —preguntó sonriendo a *madame* Galleux, que se había unido a nuestro grupo.

—No me hable usted de nada que tenga que ver con estos piojosos —respondió la *dama de letras*, que vivía en África del Norte desde que se divorció, y fue eso a la mañana siguiente de sus bodas, hacía cerca de cien años, según me dijo Clara más tarde.

Pedí a Ribard que me llevase al día siguiente al tribunal del Pachá, para ver administrar justicia. —Mañana se solventa, además de los asuntos corrientes, uno bastante gracioso, en el que interviene. Quédese a cenar con nosotros y, de sobremesa, le pondré en antecedentes.

Acepté porque todo me conducía a ello. Clara es —además— una mujer preciosa a quien da gusto ver vivir. Fui a dar mi conferencia, éxito, flores. Telegrafié a Enriqueta y volví a la hora de cenar a casa de Coustaud-García. La historia no me hizo mucha gracia, a otros sí; por si acaso soy el equivocado, la trascribo:

HISTORIA DE ABRÁN

La cosa fue así: Abrán era judío, sastre, huérfano y de buen vivir, por lo menos en los cuarenta que llevaba a cuestas sin plantearse problemas mayores. La sastrería fue de su honrado padre, la heredó y la sostuvo con dignidad y sus levitas tenían prestigio entre la parroquia. No faltó nunca a la sinagoga, no habiendo enfermedad que se lo impidiera. Era hombre piadoso y cumplía con todos los preceptos sin que ni por asomo, jamás, le asomara a la imaginación, —que tenía limitadísima— la idea de que hubiese podido vivir de otra manera. Su casa era vieja, oscura y estrecha, pero era su casa y sus vecinos le respetaban. No tenía hermanos y sus tíos no le solían importunar con visitas. Tuvo dos amigos, con los que solía todavía reunirse de cuando en cuando, sobre todo en las fiestas de guardar. Cuando cumplió los treinta y cinco años pensó en que debía casarse, recurrió a la persona indicada, que le presentó una lista de muchachas en edad de merecerle.

Escogió a Raquel, hija de un carnicero, bastante bonita y con alicientes muy visibles. Tratóse el caso como se debía y hubo boda de rumbo. Lo que no hubo fueron hijos, lo cual promovió ciertos disgustos al cabo de cinco años de vida conyugal. Pasaron éstos como dicen que pasa todo, más una noche no volvió Raquel de casa de sus padres, donde, a lo que dijo, fue a pasar la tarde, intranquila por la salud de su progenitor. Tenía Abrán que acabar de cortar un traje para el rabino e, inquieto, metió tijera por donde no debía y dióse al demonio; fue su primer mal paso. Cerró la tienda —si así se puede llamar la espelunca donde trabajaba en cuclillas la mayoría del tiempo, subido en una mesa— y fuese a casa de sus suegros. Ya iban estos a acostarse, que Benjamín Correa se levantaba con el alba para sus menesteres. No había parecido Raquel en todo el día. Ahí es donde dio una prueba más el sastre de su endeble imaginación al desesperarse pensando en qué accidentes podían haber hecho faltar repentinamente a su apreciada cónyuge; ya se disponía a sembrar la alarma entre vecinos y conocidos cuando la señora Raquel, su suegra, le disuadió convenciéndole de que volviera a su casa y esperara:

—Pero ¿usted sabe dónde está?

—Seguro, no.

—¿Entonces?

—¡Ay, mi pobre Abrán!

—¿Una desgracia?

—Desde luego.

—Hable, hable, se lo ruego.

—No estoy segura.

Viole tan desasosegado que pasó la palabra a su marido. Era este hombre de temperamento (del que debió de sacarlo su hija) y no quiso decir nada, avergonzado como estaba…

Contentóse con blasfemar y ensartar estupideces contra las mujeres. A todas estas, nuestro sastre no daba pie con bola, ni sospechaba remotamente que el origen de sus males era cierto mercader, vendedor de telas, que venía muy a menudo a visitarle y que, estos últimos tiempos, le había cedido paños a muy buen precio por lo que le estaba profundamente agradecido. Algo barruntaba la suegra, y había trasmitido temores a su señor. Este, requerido para hablarle a su hija, se había alzado de hombros, que los tenía muy anchos, movido en parte por cierto desprecio hacia el yerno, al que achacaba la falta de nietos. Añadíase ahora el deshonor y aunque los tiempos, en Casablanca, habían paliado las feroces costumbres, una adúltera en la familia siempre es cosa molesta si no se pertenece a una clase privilegiada. Sacó pues al buen sastre a cajas destempladas, acusándole del mal y aun de poca hombría. No era este el caso, así Abrán no fuera lo que se dice un garañón. Algo entendió y fuese a llorar su desgracia entre paños, agujas, hilos y tijeras.

A la mañana siguiente, una vieja que solía ayudar a Raquel en los menesteres de la casa, Ana de nombre, dióse cuenta del desastre y con gran tino empezó a consolar al alfayate recomendándole primero resignación, ya que en su buen juicio se le hacía imposible llevar las aguas camino de la venganza ni tenía humor de aplicar siquiera la ley del Talión. Estaba nuestro hombre tan atado a la costumbre y tenía a su cónyuge tan metida en las carnes que se le hacía imposible figurarse el vivir sin ella.

—Piense que faltó.

Miróla el artista tijeretero con furia:

—Faltó sí, ¡pero no como usted dice! Y morirse no se ha muerto. Y si vive debiera estar aquí, como es su deber. No puedo comprender…

—Mire, don Abrán, si empieza usted a querer comprender no

acabará nunca.

—¿Pero, qué mal le hice yo?

—Ninguno, y tal vez por eso…

—¿Qué le faltaba?

—No empiece a averiguar, o será peor. O pregúnteselo a ella.

Respingó el sastre y se pinchó el pulgar más a lo hondo que de costumbre, llevándoselo a la boca ya estaba, trémulo, sobre la fámula:

—¿Sabes en dónde está?

—No.

—Dímelo y te doy cien francos.

Desorbitóse Ana mientras nuestro hombre la sacudía por los hombros:

—Dímelo.

—No lo sé, pero conozco…

—¿A quién?

—Quién le pueda dar consejo.

—¡Consejos no necesito!

—Y hacer que vuelva…

—¿Quién es?

Ana se quedó callada, bajó la cabeza, que traía cubierta con un pañolón negro.

La sacudió, cogiéndola ya por los antebrazos, como si fuesen ramas cargadas de frutos maduros:

—¿Quién es?

Decidióse la vieja:

—Don Eléazar.

La soltó Abrán y dio un paso atrás; revolviérónsele las tripas. Don Eléazar era un nombradísimo brujo judío, que vivía completamente separado de la comunidad. Desde la sinagoga partían voces advirtiendo al cónclave de las malas artes de la oveja negra que, recurriendo a no se sabía qué trucos de magia, tenía gran ascendiente sobre las personas más pobres y vulgares de la ciudad, no sólo entre judíos sino entre muslimes, sin que faltaran cristianos, siempre de la condición más baja, que acudieran a oír sus consejos. Tenía dilatadísima fama, buena y mala. Curandero, ensalmador, aquel hombre bendito —rodeado de maldiciones— lo tenía todo largo menos la talla: desmesurados brazos, manazas,

bocón por si fuera poco y pronunciadísima nariz bajo una frente despejada y una voz de mayor potencia que cualquiera; ahí radicaba el secreto de sus éxitos. Quede descubierto desde ahora, aunque sólo sea para nosotros: el Señor le dio el poder, concedido a tan pocos, de ser perfecto ventrílocuo. Tal bendición le otorgó enorme superioridad sobre sus congéneres teniendo, además, en cuenta que no era lerdo. Había, y no pocos, quienes juraban haber oído la voz de su desaparecido. Inútil decir en cuán poco le tenían los que se contaban por ilustrados en el contorno en que ejercía; y como reaccionó Abrán, hombre tan ortodoxo, al oír su nombre en la desdentada boca de la vieja Ana.

Ahora bien, sucedió entonces un curioso fenómeno que en otras condiciones hubiese dejado atónito a nuestro buen sastre, y fue una reflexión que se le vino al pronto: ¿Por qué él tan cumplidor de todos, los ritos, tan buen observador de todos los mandamientos de la Ley, había sido castigado tan severamente? Algo había ahí que no respondía a su respetuosa manera de entender el mundo y por donde nació el curioso pensamiento que detuvo su indignación y aun le llevó, dos días más tarde, dos días de tristísima soledad, a subir la estrecha escalera que conducía al consultorio esotérico de Don Eléazar.

Vivía éste en una casa relativamente moderna, en la ancha plaza que divide la ciudad nueva de la Medina, sitio estratégico que le permitía atender a personas de toda ralea capaces de no formalizarse al consultar un mago de origen israelita.

El recibidor y la sala formaban la antesala. Cinco esperaban, cuatro mujeres y un hombre, todos humildes: un judío, tres musulmanes y una cristiana. Abrán se sintió cohibido y se sentó en el lugar más oscuro y apartado, al lado de la puerta de entrada. Dos de los moros discutían en su algarabía; venían —¿cómo no?— a resolver un pleito, a que el brujo decidiera quién tenía razón. Subía de la calle el carnoso olor grasiento de cordero asado. El sol encendía la algarabía multicolor de la plaza hasta deslumbrar feroz en los muros blancos que cercaban el barrio moro.

A gritos, los dos musulmanes se pusieron de acuerdo y se fueron raudos escaleras abajo meneando sus chilabas pardas; hechas las cuentas les salía más barato dividir sus diferencias que no pagar la consulta de don Eléazar.

Media hora después, el judío, pequeño, renegrido, de escasos pelos, pero largos, cayendóseles del birrete y de la barba, los ojos hinchados y rojos se acercó a Abrán y le preguntó, en voz baja, con recelo, tras haberlo pensado mucho:

—Usted qué cree, ¿es mejor para curar o para enfermar?

Nuestro sastre se alzó de hombros en el preciso momento en que hicieron pasar al infeliz hacia los adentros. Tardó bastante en salir; mientras, dos mujeres enlutadas, de baja estofa, se sentaron, calladas, frente a frente. Tocóle su tumo a Abrán; no las tenía todas consigo, ni ofrecía la sala donde fue introducido, ningún signo particular que delatara la condición nigromántica de don Eléazar.

Tal vez las distintas creencias fundamentales de sus clientes le llevaran a esa naturalidad. Estaba el hechicero sentado en un cómodo sillón (concesión cristiana) frente a una mesa baja (concesión árabe) entre dos candeleras de siete brazos (concesión judía). En la mesa había dos tazas de café vacías. Don Eléazar señaló a Abrán un banquito marqueteado para que allí se sentara, luego batió manos con cierta prosopopeya, apareció una joven de buen aspecto para servir café a la europea y retirarse sin pronunciar ni oír palabra; ofreció el mago el brebaje con un gesto amable, lo trasegó de golpe y dijo con voz profunda:

—Le escucho.

Abrán quedó con la palabra en boca porque la infusión le abrasó la lengua. Entonces oyó una voz lejana que le musitó:

—Habla sin miedo.

Volvió la cabeza nuestro hombre en busca de quien pronunciara aquellas buenas palabras y no vio a nadie. Siguió la voz:

—Nada de lo que digas u oigas se sabrá si callas y agradeces.

El sastre miró fijo la boca de don Eléazar, sus labios no se habían movido lo más mínimo. Ahora sí, que repetía:

—Le escucho.

—Me han dicho…

—No importa lo que le hayan dicho, hijo mío, sino lo que me tengas que decir tú.

Don Eléazar retocó la colocación de su gorro negro (que el fez lo usaba cuando introducían musulmanes y —cosa curiosa— turbante para los discípulos de Cristo). Mientras, el sastre, desconcertado, acariciaba la copa de su sombrero hongo, que le recordaba ciertas

prendas perdidas y queridas.

—Raquel, Raquel es mi esposa…

Rápida la voz meliflua apuntó:

—Cuéntalo todo…

Pero no hubo necesidad que, por arte de magia, el Zahorí advirtió:

—Abandonó el domicilio conyugal.

Bajó la cabeza el sastre, vencida por tanta perspicacia, pero reaccionó rápidamente:

—¿Volverá?

Pidió detalles don Eléazar, sin insistir en los íntimos, sino en la condición social de su cliente, de la adúltera y del tercero en discordia. Tenía el brujo larga experiencia de casos similares, no en su propia carne, que Dios le había favorecido en este aspecto: albergaba en su casa, que era muy amplia, no menos de ocho mujeres, y a todas contentaba y aún le había echado ojo a una novena, cristianica y jovenzuela, entre otras cosas, para tener tres de cada religión. Llevábanse todas bien, gracias a las dotes diplomáticas y otras de verdadero asombro del hechicero. Pronosticó la vuelta de la ida para dentro de un término prudencial si cumplía el cliente con todas sus indicaciones.

—Dígame tan sólo si se llevó la llave.

—¿La llave?

—Sí, la llave.

—No lo sé.

—Recuerde, concéntrese.

—Sí, creo que sí.

Prometió Abrán cuanto estaba en su mano, costóle la consulta menos de lo que temía y fuese con un zahumerio y dos figuritas de cera que colocó a los pies de la cama matrimonial. Allí, cada seis horas encendía la sustancia gris que le diera Don Eléazar y envolvía las muñecas, tres minutos justos, en un humo pestilente.

A los ocho días, llamó a la puerta la arrepentida, escapada de Rabat donde su adorador había intentado colocarla en una casa de las bien llamadas malas.

Con las prisas y las dificultades había perdido la llave. No dio mayores detalles: aprovechóse la desmandada del triunfo que su regreso proporcionaba a su cónyuge, ya que le iba a permitir vencer

los desprecios y sarcasmos producidos por su visita al ensalmador, que, sin saber cómo, trascendió, y que le obligaron a retirarse corridísimo de la sinagoga, el sábado anterior; amen de la satisfacción de que el pago de la visita no había sido inútil.

—Cuando vuelva —le había dicho el brujo— venga a verme.

No dejó de hacerlo el bendito con una sonrisa que trasfiguraba su rostro. Lo que le importaba, ahora, era asegurar la fidelidad de la pródiga. Nada era más fácil, pero el remedio poco duradero. Exigió el zahorí que los ensalmos, que a una efectuaban, se repitiesen cada luna nueva, con el consiguiente estipendio, así fuese bastante módico.

Pagábalo nuestro sastre muy a gusto, cuando, un día, don Eléazar le miró de manera extraña, con reproche y le enjaretó, serio y displicente un:

—No me lo había dicho todo —que dejó inquietísimo a Abrán.

—¿Qué no le dije?

—Dónde vivía.

Exigió sin más que Abrán le acompañara a su casa. Hízole así nuestro hombre, carcomido de sospechas. Tan pronto como penetraron en la casucha, se transfiguró don Eléazar y entró en trance. Cerrados los ojos, alta la potente nariz, empezó a balancearse y una voz misteriosa —aguda, lejana— empezó a rezongar palabras ininteligibles. Prolongóse aquello cerca de cinco minutos, abrió entonces los ojos el hechicero, pidió asiento, se secó el sudor:

—Hay hombres con suerte —dijo—. Pocos como tú.

—¿Qué es? ¿Voy a ser padre? —¡Calle!, ¡quien piensa en eso!

—¿Qué pues?

—Hay un tesoro encerrado tras estas paredes, o en el suelo. Un gran tesoro. Lo he estado viendo. Lo noto en mi sangre. Tómame el pulso.

Alargaba el brazo y Abrán no dio con el misterioso latido, pero no pudo menos de asegurar, que, efectivamente, el corazón de Eléazar latía a una velocidad increíble, más le palpitaba al sastre:

—¿Un tesoro?

—Montones de monedas de oro.

—¿Dónde?

—No sé.

—¿Cómo lo sabe? ¿Le ayudo?

Le fulminó el hechicero con mirada, gesto y actitud.

—¿Tienes confianza en mí?

Ofendióse Abrán.

—Es que no será barato. A menos que prefieras que vayamos a medias.

—¿A medias?

—Sí.

—No.

—Entonces deme mil francos, para empezar.

—¿Para empezar?

Tenía Abrán, bien guardados, dieciocho mil francos, su fortuna. Sacósela en dos meses el mago, tras hurgar no poco en la cocina en la sala. Con el tiempo, nuestro sastre se negó a nuevas peticiones de dinero, por no tener con qué satisfacerlas, dióse cuenta el trapalón y buscó salida, asustado de la cuantía de su treta. Inseguro de su engaño, puso al corriente a dos compadres árabes de su calaña, con los que se llevaba bien y no por primera vez. Aconsejóle uno de ellos que desvirtuara trampa volviendo de nuevo las aguas hacia la cónyuge, con lo que ganaría tiempo y aprecio. Don Eléazar aceptó el consejo, que pagó cumplidamente con la condición de que ambos ensalmadores le acompañaran al próximo conjuro.

Hacíanse estos de noche, como corresponde, y según la lima. Abrán cobró nuevas esperanzas con la presencia del refuerzo nigromántico, mas a poco de haberse iniciado la sesión oyóse una voz bronca que desconcertó a todos:

—No hay tesoro… como el honor.

—No hagáis caso —dijo Eléazar— nos quieren impedir llegar a donde debemos.

—¿De qué sirve el oro —volvió a roncar la voz cavernosa— si sólo dora la deshonra?

—No hagáis caso —repitió el mago—. Seguramente ahora estamos en el buen camino y los espíritus guardianes procuran asustamos.

—¡Tate! —reparó el sastre— vayamos por orden. ¿Qué quiere insinuar el espíritu?

—Algo que estaba yo previendo y que no quería decirte… En parte por eso traje conmigo a estos ilustres colegas, porque la

confianza con que me honras me impedía ser todo lo explícito que el caso merece.

—Hable, por lo que más quiera.

—Por eso mismo lo haré… No sé qué infeliz casualidad ha relacionado la fidelidad de tu mujer con el descubrimiento del tesoro…

Calló el encantador, oíase la respiración fatigosa del sastre.

—Total —le dijo uno de los árabes, que era pronto y deslenguado— si pescas el oro lo hallarás cubierto de cuernos.

Cayó Abrán en el más pesaroso de los silencios, luego indagó, anhelante:

—¿No habrá manera de evitarlo?

—Sí, pero ya no puedes: sólo el oro satisface al oro. Además. ¿Quién nos asegura que hoy mismo descubriremos la olla?

—Algo, sin embargo, se podría hacer —aseguró el otro espiritista árabe.

—¿Qué?

—Pelar al rape a la interfecta: es remedio probado.

—Así es.

Resistíase Abrán, no por él, sino por su esposa que sacaba gran partido de su cabellera. Miraba Eléazar furioso al árabe que había salido con la sugestión. El remedio era excelente, no pocas veces lo había usado, pero en esta ocasión, cuando el dilema propuesto estaba a un paso de salvar la situación, le pareció un error funesto sacar a relucir cualquier medio para evitar la pretendida infidelidad. Mas ya no había salida oportuna: llamóse a Raquel, que bajó sin precaución, cayéronle encima y la raparon.

—Es necesario, hija, es necesario para el honor de esta casa, que es la tuya.

—Y también que no se vuelva a hablar del tesoro en algún tiempo —aseguró don Eléazar.

—¿Cómo eso? ¿No basta con el pelo?

El bueno de Abrán enseñaba las hermosas trenzas, una en cada mano, mientras Raquel berreaba con todas sus fuerzas, que no eran pocas.

—No. Mejor, ser precavido. ¿Como recuperar el valor de la honra con unos miserables francos?

Fuéronse los hechiceros, no muy seguros del resultado de su

burla, y no sin que Eléazar reprendiera agriamente al árabe de marras. Lo tomó éste desde muy alto preguntando al judío si no había obrado de buena fe.

—¿Lo duda usted?

—No sé. Pero…

Amanecía por las calles blancas y estrechas. Volvió a amanecer otros ocho días antes de que Abrán fuera a casa de Eléazar, más éste, enterado de quién le buscaba, se negó a recibirle tres días consecutivos. El buen sastre, desesperado, empezó a recorrer las calles del barrio judío, lamentándose, con las trenzas de Raquel en las manos. Corrió rápidamente la voz, y Jeremías Carballo lo tomó por su cuenta; era el vendedor de paños más considerado del gremio:

—Ya lo sé, Abrán: pero no es cosa de alborotar con tu inocencia.

—¿Pues qué?

—Quéjate y llévalos ante la justicia.

—¿Me han engañado?

—Sin duda. Ya ves que los que te llamábamos al orden en la Sinagoga teníamos razón.

El pobre sastre clamaba al cielo, empuñando el cabello de su mujer. Así fue a ver al Comisario del Gobierno: la mata de pelo en prueba vergonzosa de la infamia de sus engañadores.

Dieron, fácilmente con Eléazar, no con los árabes por más que los buscaron; ni en Féz, ni en Meknés, ni en Marakech, ni en Uxda hallaron rastro de ellos. El famoso judío negaba todo lo referente al pago recibido asegurando y perjurando que lo único cierto era que Abrán le había requerido para relacionarle con los árabes y hallar el tesoro, y que aquellos habían fracasado y traído a cuento la posible infidelidad de Raquel. Mal pintaba el asunto para nuestro sastre.

4 de junio de 1942.

Me llevó el joven Ribard a palacio, para presenciar la vista de la causa. Por mi culpa, llegamos tarde. Según dijeron otros abogados lo juzgado carecía de importancia, mero trámite: cuatro asuntos de violación que, como siempre, habían resultado falsos y a cuenta de rencillas de vecindad.

El salón era alto, limpio, blanco, severo, lo que me desilusionó,

no así el Pachá, que era de ver por todos lados: gordo fachendoso, con papadas por delante y por detrás.

El pobre Abrán habló primero y mal, atropellándose. Tenía éste peor facha de la que me figure. No así don Eléazar, tranquilo y hasta sonriente en ciertos momentos. No fueron palabras las que le faltaron al brujo y menos reverencias para la autoridad; untuoso, escogía sus frases, conociendo su valor y efecto; llevaba el asunto por donde le convenía, aconsejando sin que los demás se dieran cuenta:

—Este infeliz, este desgraciado —con perdón de su Excelencia— este perturbado, víctima sin duda de la infidelidad de su esposa —que es la responsable de este desaguisado— buscaba remedio, comprensión diría yo, en un sueño de riqueza, pensando que así ataría corto a su mujer. Es reacción corriente. Lo más natural sería consultar a un alienista. Yo nada tengo que ver en este caso.

Se alzaba Abrán, indignado, hasta donde podía:

—¿Negará que le consulté? ¿Negará que me sacó el dinero engañándome?…

—Yo no engaño a nadie, al contrario: curo; mi fama está bien cimentada, miles de enfermos vueltos a la salud podrían venir a atestiguar de mi ciencia, de mi ojo clínico, del acierto de mis diagnósticos. No niego, muy al contrario, que me consultaste, si tienes todavía cierta vergüenza y amor a la verdad, di a su Excelencia, di si no calmé tus ansias, di si no te devolví la tranquilidad…

Abrán no sabía dónde meterse.

—Si recurriste —seguía el embaucador— a unos pobres imbéciles árabes muertos de hambre, si te empeñaste dejar en manos impuras e ignorantes un problema de otra índole, si soñaste descubrir no sé qué tesoro inimaginable…

Eléazar frunció toda la cara, y ésta se le redujo como si fuese la de una mona; queriendo darse aires despreciativos, que debía suponer de gran señor, se alzó de hombros, y distendiendo sus músculos faciales, sonrió:

—Como si gente de esa ralea pudiera dar con un tesoro o con una fuente tan siquiera… Para eso se necesitan otras condiciones que no las de esos estafadores, gente de baja condición que vive engañando al pueblo. Carne de presidio… Yo no tengo porqué

pagar pecados ajenos… y tengo la seguridad de que la justicia…

La filípica de Eléazar produjo cierto revuelo entre el público, que llegó a inquietar a la autoridad. El Pachá no miraba ya a los litigantes sino al encrespado conjunto que se apretujaba en uno de los extremos de la sala.

De pronto, violentamente, dos árabes, que Ribard me señaló enseguida por los de marras, saltaron la valla, precipitándose a grandes zancadas frente al juez y tras las muestras precisas de respeto, quitándose la palabra uno a otro fueron diciendo:

—Protestamos, protestamos de lo que dice este cochino perro judío. ¿Conque nosotros no pudimos indicar el sitio donde estaba el tesoro? ¿Conque nosotros somos incapaces de adivinar el emplazamiento de cualquier cosa perdida o de agua, por ejemplo? ¿Conque nosotros somos carne de presidio? ¡Esto va contra nuestra reputación! ¡Esto atenta contra nuestro honor! Y denunciamos no solamente a este cochino perro embustero como el peor engañador de árabes, cristianos y aún judíos —mal rayo les parta— que haya podido existir, sino que le acusamos de haber estafado, tras haberle sonsacado toda su fortuna, a este sastre judío. ¡Y no es eso sólo! La sobrina de un digno amigo…

Inventaron entonces una oscura, obscena y enrevesada fábula que nada tenía que ver con Abrán y con su historia.

Quiso el pobre sastre volver las aguas a su cauce, acusando a los tres.

Defendióse Eléazar como gato panza arriba, gritaron los árabes, en su jerga, su honor, su perfecta buena fe y su sabiduría.

No tenía Abrán prueba alguna de la estafa.

Cansóse el Pachá de la mojiganga y despachó a todos, sin irás.

Abrán se arrancaba los pelos, desesperado:

—¿Justicia? ¿La justicia? ¿Que un árabe le rtnda justicia a un judío aunque sea contra otro judío? ¡Jamás, jamás, jamás! ¡Soy el hombre más desgraciado de la tierra! ¡Señor! ¿Porqué das las lecciones tan tarde?

TODAVÍA le quedaba acíbar que lamer: al llegar a su covacha enteróse de que Raquel se había ido; ahora con un curtidor.

FIESTA mora, comilona de la que no quiero ni acordarme. El gran Señor de Marakech me lleva en su coche, a 140, a 150, a 160

kilómetros por hora. La carretera, buena pero muy estrecha y con árboles a ambos lados. No oculto mi pavor. Al volante, metiendo el acelerador a fondo, me contesta el caíd:

—Lo mismo da. Si hemos de morir en coche, está previsto. Y si no, ¿para qué tardar más si se puede llegar antes? Ganar tiempo siempre es bueno…

TERCERA y última conferencia, éxito mayor, si cabe, que en las anteriores. El público capta sin dificultad las alusiones políticas que deslizo. Para que luego venga Gide —como el otro día, en Cabris— a decirme que es el momento de callar. Lo que quería era justificar el haber suspendido su conferencia de Niza.

—¿Qué hacer? —le pregunté.

—Gallar, callar, callar —me contestó el famoso viejo.

ME EXCUSO con el doctor Fillol. Pareceré insociable, pero no aguanto otra reunión como la de anoche. Además, mi tren sale a las seis de la mañana.

TELEGRAFIADO a Enriqueta. Mendizábal me enseña Ja traducción de un poema de John Parkinson Murray, hecha por su amigo el escritor español de nombre alemán, acerca de la Medina que recorremos lentamente, a pie. Bueno o malo, lo copio:

Blanca, burbujeante suciedad,
en callejones, recovecos, plazas.
Albornoces, chilabas, gritos altos,
judíos de bonete negro y barba.
Rojas sandías, verdes los melones.
Moscas de mil colores al olor
feroz de los borregos mal asados
y bien curtidos: Las babuchas ricas
de moros aceituna y rojo fez.
Ubres al viento, crío al espinazo,
judías con pañuelo en vez de moño.
Moras tapadas, blancas, sucias, gordas.
Puestos, tienduchas, puestos, espeluncas,
pimientos y riñones en anafres;
alcoranistas y escribanos solos,
sentados, entre alizares, en equis.

Roscas, badanas, sol, enjambres, grupos,
todo pulula, sucio de cercano:
barberos, sastres, pobres, curtidores.
Igual se habla español, judío o moro.
En portales, balcones y ventanas,
piedras y temas que recuerdan otros
más allá de Tarifa.
—Si no fuera
por tantos alminares a la vuelta,
borlitas rojas, cuello azul, marinos
franceses con los culos sandungueros
en su honesto papel de forasteros,
yo creería, Marica…
—¿Qué?
—No, nada.
Albérchigos, tomates, sol, ciruelas,
plateros. Y estorbando el paso a cientos,
mil gentes, albornoces y chilabas,
tumbados o sentados a la sombra
sin hacer nada, nada, nada, nada.

COMPRO babuchas de cuero amarillo para Julián, una cartera de piel de cabra de color natural, para el Rector y un portafolio rojo ara mi cuñado Alfonso. Lo femenino habrá Que conseguirlo en la zona europea. A las mujeres no acaba nunca de convencerles el folklore.

Me despido de Clara. Los hombres, en su trabajo y, además, vendrán a la estación. A pesar de la diferencia de edad, si yo me quedara… ¿Quién me impide hacerme ilusiones?

Agosto de 1946.

Me escribe Ribard; falleció nuestro viejo Coustaud-García. ¡Me da noticias de Abrán! Apostató y se dio a la bebida. Clara viene a París, de compras. Me recomienda que la atienda. Casablanca está plagada de militares norteamericanos. «Esperamos —me escribe— que pronto vuelva todo a la tranquilidad provinciana de antes».

CONFESION DE PROMETEO N.

Traducida del griego

Pero basta de advertiros con enigmas.
ESQUILO, *Agamennón*.

NOTA PRELIMINAR

No diré, según costumbre, cómo llegó a mis manos el manuscrito; importa el hecho en sí, quede, por una vez, la curiosidad insatisfecha.

Me preocupan ciertas interpolaciones de autores ilustres; Prometeo N., a más de hurtar secretos industriales, no tuvo reparo en adueñarse, sin comillas, de frases enteras de autores griegos de la mejor época; tal vez el paisanaje pareció razón suficiente; quizá, habiendo aprendido a leer en ellos, se le fundieron en la sangre de la imaginación. No soy más que tracductor y, aun en eso, respeté el original; único pasto que los aficionados a la literatura podrán hallar aquí.

Prometeo N. no fue inteligente; sí de buenos sentimientos.

Como su proceso llenó las páginas de la prensa de ambos mundos —tal como debiera decirse ahora sin referirse a la trasnochada división geográfica—, su aspecto físico es muy conocido. Si, entonces, las razones que le obligaron permanecieron oscuras, ahora resplandecen. Su divulgación me enorgullece.

M. A.

GUARDÉ silencio por no comprometer a quien no lo estaba, que cualquier palabra arrastra, ahora, mil preguntas y sospechas. Callé como muerto; ahora que lo seré hablo.

Muchos, innumerables, han referido mi historia, pero aunque cada uno dijo su verdad, ninguna se ajusta a lo cierto, óiganla de mi boca si me dejan la ocasión, que lo sé todo menos la fecha de mi muerte, como cualquier mortal, así fue condenado a pasar a mejor vida a fecha fija que, a estas horas, todos saben menos yo.

Hoy cualquier hecho levanta sospechas, como a la luz un cuerpo su sombra; llegóse a dudar de mi nombre y apellidos, de mi patria. Húrtense a los cuidados: soy griego de buena cepa. Mi padre, el señor Jafe, es de familia muy conocida; hombre forzudo, que no admitía réplicas. De mi madre sólo sé lo que me contaron, no siempre lo mismo: según unos oriunda de Asia Menor, según otros de la propia península; mi tío, el poeta, que debió estar algo enamorado de ella, me dejó entender que siempre había ocupado un puesto subalterno en nuestra casa, pariente pobre que fue. Muy ceremoniosa y atada a las leyes de la etiqueta, justa y justiciera; en los primero no me parezco a ella, en lo demás sí. En el Museo Nacional, mi tío, el poeta, no dejaba pasar ocasión de enseñarme una estatua procedente de Rhamonte diciendo que se le parecía; era mujer grave.

Desde que tuve uso de razón fue la justicia ni norte, jamás comprendí cómo no fuera ley para los demás; sus contrarios mi duelo por no haber alcanzado jamás concepto cabal de sus éxitos. Esta pasión me llevó a no estudiar leyes y sí la medicina, aficionado como soy a saber el porqué de cuanto alcanzo.

Fui médico antes que físico aunque, lo dice el idioma, no va mucho de lo uno a lo otro Me cansé de la medicina porque en el momento en que tuve conocimiento sin falla del esqueleto humano me di cuenta de que era un callejón sin salida, puro formalismo. La física era otra cosa: todavía existen hipótesis, es decir, esperanzas **[1]** .

MI CREENCIA en el hombre como única razón de vida me llevó a apasionarme por la energía, ese elemento indestructible. Jamás me alcanzó la duda que corroyó a tantos, desde fines del siglo pasado, cuando la física removió las bases del mundo que creían pisar. El descubrimiento del *quantum* de acción de Plank, en 1900, es la razón de mi mundo mucho más firme que el que forjó Newton. Me enorgullezco de pertenecer a mi tiempo. Y si desapareció el átomo de Demócrito no es cosa de ponerse a llorar; vivió veinticinco siglos, para un cuento no está mal. La casualidad pasó a la historia con la discontinuidad. Por eso intenté, y creo haberlo conseguido, torcer en bien el camino emprendido por la humanidad: nadie puede prever gran cosa, pero tenemos el futuro en nuestras manos. En la

macrofísica de los átomos y de los *quanta* ocurre a cada momento algo imprevisiblemente nuevo. No sé cómo los hombres, al enterarse de ello, no brincaron de gusto y se pusieron de acuerdo. Y no alcanzándolo a pensar me puse a la obra.

He nacido con el principio de la relatividad, es decir, cuando la ciencia volvía a ser cosa del hombre y no de la naturaleza; no le tengo especial inquina a Demócrito, pero no cabe duda que metió a la ciencia por ese atolladero; la cual recobra dimensión humana al tener cuatro. ¿Cómo había podido vivir la humanidad sin contar con el tiempo para medir las cosas? Al mismo tiempo, él mismo desaparecía como observador imperturbable, entraba a formar parte de la vida misma, era otra forma de la energía. Lo que me enseñaba la ciencia era que el pasado no tenía influencia sobre el presente, ni éste sobre el porvenir. Por primera vez, desde Demócrito, el hombre era dueño de su destino. Con el descubrimiento y escudriñar de la radioactividad empieza una nueva era.

No se engañaron acerca de ello los dioses y dedicaron todas sus fuerzas para monopolizar los resultados de la fuerza atómica, la más extraordinaria que haya liberado el hombre, y lo consiguieron. Como es natural, pusiéronla al servicio de sus solos intereses, relegando al olvido lo que puede llevar a los hombres hacia una nueva Edad de Oro, si es que ya hubo alguna, que lo dudo. En hallar esa trocha me esforcé.

No quiero hablar de religión, lo que sería, tal vez, obligatorio dada la condición en que me encuentro, pero así como la ciencia, en siglos pasados, que culminó en Haeckel, parecía ser martillo destructor de teologías; ahora, sencillamente, no tiene nada que ver con ella: auténtica separación del Estado y la Iglesia.

EN PRINCIPIO, el hombre está en el mundo para hallar la manera de que éste no se acabe, para descubrir fuentes de energía que impidan el camino inexorable que lleva el uranio a convertirse en plomo.

Todos los ladrillos exhalan olor de carne humana, el que no lo percibe no es hombre; y el hierro forjado y el cemento. Dicen que también las obras de arte, no lo noto: hácense sin trabajo, y él es razón. Vive el hombre porque trabaja, eso le diferencia de los inmortales. Mas ahora ha aparecido otra clase de sudor, producido por el miedo, que surge exclusivamente en la epidermis suave de los

nuevos dioses, óbrenseles los poros y nacen gotas de sangre cuajada; mi mejor pago.

¿CÓMO PUEDE un hombre dejar de sentirse hombre? ¿Cómo renunciar a la justicia? ¿Cómo contentarse con la contemplación de la belleza? Sería, es, a lo sumo, remedo de los dioses, moradoras del universo de la envidia, ese fruto de la ociosidad.

Siendo todos del mismo fango, ¿habían de alzarse unos sobre otros como si no hubieran salido de la misma matriz?

Me llena de burbujeante ira considerar que existen tantos que pueden seguir con sus costumbres cotidianas sin entrar, por lo menos, a intentar resolver la iniquidad tremenda; nunca he podido comprender cómo se puede vivir con el peso de la injusticia en los hombres y alrededor. ¿Son hombres? Si lo son, ¿por qué gimen todos de pena y no se rebelan? ¿No les escuece la injuria, no sienten la gravedad de esa carcoma? No es desprecio hacia ellos sino piedad lo que me mueve al ver cómo la desigualdad, el privilegio, la ilicitud, la parcialidad han llegado a aplanarles el sentido; el vencimiento los ata de tal manera a esa vergüenza que aceptan los remedos de la injusticia como pan de cada día.

A imitación de los viejos de mi tierra, bien saben los nuevos dioses sus cuentos, por sus cuentas: duérmenles la imaginación con sus fábulas y los hombres se conforman —cobran nueva forma servil— con novelas, ensayos, músicas, películas. Platón, tan equivocado en cien aspectos, acertó al desterrar a los poetas de su República, cómitres de tanta bajeza. Añádase los farmacéuticos que hacen su fortuna vendiendo analgésicos: anublan el entendimiento; el dolor ya no se siente, el mal pierde su apariencia, la angustia ya no es por los sucesos —su fuente— sino vaga y revuelta en sí misma; ya no importan las causas sino los golpes de pecho; lograron, por otro sendero, lo mismo que Demócrito con la ciencia: apartar al hombre de lo que ve.

OJALÁ mi hecho sirva para que despierten haciéndoles columbrar los horrores, así sea a distancia; que lleguen, por lo menos con los ojos, a convencerse de la iniquidad en la que los más son hundidos; que se les desvele el corazón, que se les desadormezcan los entumecidos miembros, que se revuelvan en su jaula en busca de libertad, sacando a los nuevos dioses de su regalado lecho,

rompiendo el sueño ficticio en que los sumieron los boticarios al bien pagado servicio de los oligarcas olímpicos; que sacudan el polvo del tiempo perdido, volviendo en su acuerdo y quebrantando a su vez el sueño perspicaz de sus amos. ¡La justicia, hombres, la justicia!

TUVE tres hermanos, uno de ellos murió a consecuencia de un bombardeo norteamericano de los que ayudaron a liberar mi país de la servidumbre impuesta por Hitler; Epimeteo vivía ya por entonces en Nueva York, casado con Dora. Algunas tardes iba ante la tumba de mi hermano mayor; monte que parecía sostener el cielo. Allí le asesinaron, con otros compañeros suyos, rebeldes como él y los enterraron en la tierra viva. Allí se me hizo muchas veces de noche y veía el girar de las estrellas. Comprendía que mi mundo era tan enemigo del que soportaba como el día de las tinieblas y que ambos no cabían en el mismo universo. Mi hermano, desde su tierra, los vería transcurrir de la misma manera; eso me daba fuerza.

No había tomado yo parte en la asonada que le costó la vida, mas comprendía que la justicia me obligaba a luchar por lo mismo y los mismos por quienes la había perdido. Intuía, todavía mozalbete, que los que le habían matado desconfiaban de quienes no les sirvieran como esclavos; nuevos dioses, nuevos en su riqueza, altura y aislamiento. Para ellos, cuantos no sirvieran ciegos venían a sospechosos, rebeldes potenciales; todavía no era el miedo, pero sí la desconfianza carcomedora.

Quiero dejar constancia de que la muerte de mi hermano no fue, en ningún momento, determinante de mi decisión; a lo sumo, la fortaleció. Pero su ejemplo fue lección: decidí luchar solo, fiado en la astucia. El espectáculo de mis compatriotas me llevó de la mano a ello; no había organización que no estuviese apolillada por traidores. Además, teniendo los nuevos dioses el secreto de la desintegración del átomo en sus manos, no era posible, por la fuerza, alcanzar resultado alguno; en el momento escogido podrían destrozar el mundo que se les enfrentara.

Ignoro si es fácil o no describir lo desgraciados que eran mis compatriotas, la guerra cuando no se hace y sólo se padece es profundamente desagradable, dejando aparte que siempre ganan los más fuertes, sin reparar en los medios que les proporciona, a manos

llenas, la injusticia.

Frente a las revoluciones que tantos altibajos produjeron en mi país, permanecí aparte poique creí que los desheredados poco tenían que ver con lo que entraba en juego y, por ende, la justicia. Mi padre, al contrario, tomó parte activa; era no sólo amigo de Venizelos, sino que se decía pariente suyo; no lo creo.

TAMBIÉN mi tío Efesto, por el que sentía verdadero cariño, fue hombre de esas acciones. Era barbudo, algo cojo, por mor de otra revolución, y le olía a rayos el aliento. Le debo los elementos marxistas de mi formación. Me explicó límpidamente las razones de los fracasos de las sucesivas revueltas. Habiéndole preguntado por qué, si tan claramente comprendía la imposibilidad del triunfo, había intervenido en ellas, me contestó, encogiendo sus robustos hombros, trayendo a colación el azar y el deber de intentar lo imposible. (Los marxistas mediterráneos siempre tienen resabios anarquistas). Yo, prudente y precavido, le reprendía intentando hacerle ver la inutilidad de esos tanteos: sólo sobre seguro pueden triunfar las revoluciones. Me dijo que tal vez tenía razón, pero que así no se harían nunca. Aferrado a mi convicción le aseguré que esa manera de entender los movimientos sociales eran ganas de perder el tiempo, fiado en la imaginación. Me palmoteo la espalda, con afecto protector.

Mi tío había nacido en la isla de Lemnos y era entendido en volcanes. No había conocido a su padre y, a veces, en sus frecuentes accesos de mal humor, aseguraba que lo mismo le había sucedido a su madre. Su cojo andar era bastante ridículo y se prestaba a innumerables bromas. Sin mirar qué viento corría en el corazón de los demás contaba cómo su madre, avergonzándose de su cojera, le escondía de las visitas; cómo se había vengado haciéndola resbalar y caer, lo que motivó que la buena señora tuviera que pasar largos meses impedida, de los que surgió su reconciliación a cuenta de la inmovilidad. Después, la señora se volvió a casar; mi tío se llevó muy mal con su padrastro. Su sutil ingenio le llevó a ser arquitecto y luego a apasionarse por la física y la química, por lo que acogió con gusto mi vocación. Su retraimiento, hijo inevitable de su mengua física, le restó posibilidades de éxito. Se construyó un laboratorio particular y se pasaba lo más de su tiempo entre probetas y crisoles; siempre se le hallaba inclinado sobre su trabajo.

Tenía un torso enorme —todos en la familia somos fornidos— anchos brazos, manazas, todo velludo; el peso de su cuerpo contribuía a su mal andar, débiles las piernas a más de su defecto. Su renombre como vulcanólogo le llevó a Turquía; fue llamado después a Italia, por Mussolini, para estudiar el posible aprovechamiento de los subterráneos que, a lo que se decía, unían las islas Lipari. Mi tío, antifascista, hizo el trabajo tarde y mal; debió de notarse mucho porque era conocida su actividad incansable. Ignoro lo que le sucedió, a veces al sol no se ve ni gota, pero de allí pasó a los Estados Unidos donde se hizo muy acomodaticio. Con la discordia —solía decir— los mejores banquetes son malos. Predicaba entonces la conformidad, la resignación, la paciencia, tragar lo que fuese con tal de no tener «historias». Delineó abrigos subterráneos y acabó siendo verdugo en el presidio de
Sing-Sing.
«Es el trabajo más tranquilo que te puedes suponer —me escribía, en 1938—, nadie te molesta, nadie se mete contigo. Y, en cuanto a la silla eléctrica, no es peor que otra cosa». Es curioso cómo cambian los hombres con el transcurso de los años; las revoluciones son obra de hombres jóvenes, con el porvenir por delante.

A lo largo de su vida se casó y divorció seis veces; todas sus mujeres fueron hermosas. Tuvo hijos, alguno cojo como él —lo cual me hace precavido en rechazar las teorías de Michurin—, y con muy mala sangre. Los maldicientes, que son muchos, aseguran que ninguna de sus esposas fue espejo de fidelidad. Lo ignoro, pero, tal vez, eso influyó en mi vida; no tengo gran cosa que decir de mi vida sentimental, nunca fue obstáculo para mis fines. No alcanzo, además, sino a despreciar a quienes se dejan vencer por los sentidos; no que sea insensible a los placeres, pero les doy el lugar que les corresponde y merecen. Los que se dejan llevar por sus instintos no son dignos de su hombría. El boato y la ostentación tienen que ver en esto, y los dioses no pasaron de ser hombres de lujo; de ahí, como es evidente, nace la lujuria, y ésta ¿qué no engendra?

ASUMO la plena responsabilidad de lo hecho y dejo en el lugar que les corresponde los infundios de ciertos periodistas que no

queriendo bastarse con la verdad, que tan mal se acomoda con el tamaño de los titulares de ocho columnas, quisieron refugiarse en bernardinas faldellineras. Sé lo que hice y por qué lo llevé a cabo. Ya lo proclamó mi tío el poeta, y no se crea que le traigo a colación porque se haya ocupado de mí con singular preferencia; él es respetuoso con el poder de los nuevos dioses, lo que da mayor significado a sus declaraciones a la prensa.

FUI EL PRIMER obrero de mi familia, lo que promovió incontables disgustos; la burguesía es así y más cuando tiene parentesco cierto con la aristocracia. Creía, y sigo en lo mío, que el trabajo y la justicia son el camino a seguir y no el uno sin la otra, porque, al cabo, son una misma cosa: honra del hombre; durante siglos, el trabajo sin justicia fue vergüenza del mundo, bajo la sonrisa complacida de los dioses. Si la labor es costosa, ¿qué no será injusta en su beneficio? Las manos del tejedor hacen el paño y el paño es de quien no lo hace. El hombre se ha hecho a fuerza de puños, con ellos ha construido el mundo, y los dioses —tanto montan antiguos o modernos— se lo apropian. Procura el hombre con anhelo, no toma respiro, rompe la tierra con el arado, se fatiga cuidando el granar de la semilla; recoge, de sol a sol, hendida la espalda, el fruto de sus esfuerzos; muele, cerne, amasa, hornea y ve pasar frente a sí el resultado hermoso de su trabajo, sin catarlo. Échanle las sobras para que no se muera y pueda seguir laborando, y no le dan razón.

Por otra parte, la justicia sin el trabajo no deja de ser una utopía sólo realizable por la mano de los dioses, y éstos tienen otras cosas que hacer sentados a la mesa del deseo.

Sé que del trabajo nace la emulación y también la envidia, ¿y qué? Acerca de ello discutí largas horas con mi tío, el poeta, que siempre acababa por dejarlo todo en manos de los Sumos Hacedores. Estoy seguro de que, en su fuero interno, estaba de acuerdo conmigo pero, precavido y viejo, no daba su brazo a torcer.

No ignoro que manda el más fuerte, pero no hay razón para que los trabajadores no lo sean. ¿Por qué las cosas no son de quienes las hacen? Pregunta ingenua. Pero ¿existe algo más limpio que la ingenuidad? ¿Por qué las cosas han de ser de otra manera? Explicáronlo los poetas, se salieron con la suya; hora es de ponerles coto. Hubo un momento en que parecía que, por sus propias

fuerzas, los hombres, a pesar de los votos, impondrían su razón. No iban los nuevos dioses a dejarse vencer tan fácilmente; recurrieron a los hombres de ciencia, les sacaron la leche de la bomba atómica: tenían siglos por delante; prometiéronselas felices. «Dios —dice mi tío el poeta, en su poema más famoso— estableció la ley que hace que los peces, las fieras y los pájaros se entredevoren…, pero dio a los hombres la justicia, y es el mejor de los presentes». No dudé más.

SE QUE están conmigo las mujeres y toda el agua que corre por el mundo porque con el robo del fuego más devastador traje la paz y el progreso acelerado. Están conmigo todas las madres de la tierra, las que se sienten atadas por un cordón umbilical que no cesa de alimentar a los humanos.

Gracias a mí las máquinas trabajarán mejor, la tierra dará más rendimiento, las fábricas, abasto a las necesidades de los desheredados, tantos que no se puedan contar; se revestirá lo seco en fértil, las mieses se multiplicarán, los medios de transporte estarán al alcance de los más, los barcos surcarán el mar numerable a mayor velocidad, los aviones el espacio como rayos, no quedará palmo de tierra ociosa, cada quien tendrá su casa y su descanso, el hambre vendrá a cuento, la vida humana duplicará su curso, todo será parto constante, cría múltiple, producción incesante, paz asegurada. Posiblemente el arte degenerará, mas ¿qué importa?

Y vendrá la justicia y establecerá su reino[2]. Lo sé porque soy hijo de la justicia. No hay dioses absolutos, van y vienen como los hombres, hechos a su semejanza y lo que hoy resplandece, mañana será ceniza; queramos o no ascendemos por el camino de mi Madre, la que llevo en las entrañas. Si he podido humillar a los más orgullosos en su poderío ¿qué no podrán otros?

Mi preocupación por la injusticia y su furor entronizado me llevó a querer compartir la vida de sus sufridores, mas la piedad que me movía fue mala embajadora: no fui bien acogido, me miraban como persona venida de otro medio —lo que era cierto— confundiendo lo que me empujaba con la lástima y la caridad, vergonzosa invención cristiana, pareja de las cárceles. Sólo la guerra estableció entre nosotros una fraternidad cierta, cuando italianos y alemanes invadieron nuestra tierra. Hice lo que pude

para ayudar a la liberación de mi país, mas luego, al ver cómo el Rey repartía los bienes de todos entre los nuevos dioses sin parar mientes en la sangre derramada en pro de un bien común —que es achaque de la tiranía no fiarse de los amigos— se acrecentó en mí la piedad hacia tanta buena gente tratada sin misericordia; me arresté y los libré de perecer como gusanos: por eso me veo ahora aherrojado. Cierto que, para mis amigos, debo de estar miserable de ver, pero, por mí han dejado los hombres de mirar con terror a la muerte y vive con ellos la esperanza, el gran hontanar; los hombres siempre están prevenidos para recibirla; y prevalecerá sobre la angustia; por eso hice cuanto hice y nada me importa que no haya paliativos para mi pena, si a la muerte rápida y violenta se le puede llamar así. Lo que llevé a cabo fue de voluntad: llámenme orgulloso si quieren, que no apartaré la mirada. Soy y estoy orgulloso de ser hombre y de haber realizado trabajo de tal; es inútil que lloren mis males presentes: dar el espíritu queriendo es gloria de todos.

LA HISTORIA de mi hermano Epimeteo es triste. De él hablo ahora, porque todos los hilos se entrecruzan. Aunque me esté mal el decirlo, era el más tonto de la familia y, posiblemente, el más guapo, sin que esto quiera establecer relación alguna entre la belleza y la idiotez, así el caso de Dora parezca confirmarlo. Puedo decir que la formé, sé que no había en ella más que apariencia. ¿Dónde mujer con menos seso? Nada le costó la vida y, en consecuencia, ningún precio tiene para ella la de los demás. Reducida al exterior, lo único que para ella cuenta son las galas para el atavío, procurar el ornato, deslumbrar con adornos. Teniendo vestidos, joyas, perfumes, lo demás le tiene sin cuidado; siendo lo primordial nunca reparó en medios para conseguirlo. Careciendo de conciencia, sin vicios ni virtudes, sin sentido de honor ni de la lealtad ¿qué se le puede reprochar? Hace las cosas sencillamente, hasta las mayores atrocidades y, frente a sus resultados, no se inmuta; pasa adelante. En el proceso con la inconsciencia que la caracteriza, ateniéndose a lo que creía saber, declaró contra mí, que soy como su padre; no sentí resquemor: es así, de raíz. No tonta, sino que el mundo se ha hecho para ella, para su comodidad; se encuentra en él como pájaro por los aires, pez en el agua: no tiene problemas y ni siquiera es feliz: no se da cuenta. Para quien no la conozca: lo más hermoso. Cuando la envié a

Norteamérica, con una carta para Epimeteo, no dejé de advertir a éste; pero pudo más la lujuria. En el pecado lleva la penitencia, mi hermano pasará quince años en la cárcel por lo que no puedo llamar su culpa. Para ella la vida no ofrecerá dificultades. Lo más triste: que hiciera generación.

Ahora bien, lo único que dejó escapar fueron las palabras, lo demás es mito: todos los periódicos aseguraron otra cosa: por eso restablezco la verdad. Dicen, además, que en el principio fue el Verbo; no es cierto; fue inventado después de la primera rebelión. ¿Qué necesidad tienen de hablar personas que están de acuerdo y con la eternidad por delante? No, el Verbo fue reacción dolosa de quien todos sabéis. Con la palabra nació la mentira, el gran bien o el gran mal —hay opiniones— de nuestro tiempo. Contra ella sólo la fuerza, pero cuando mentira y fuerza se alían, la vida de los hombres se hace difícil; para evitarlo, en la medida de las mías, obré como lo hice.

La bomba atómica, y las que de ella pueden decantar, llena una de las aspiraciones más viejas del hombre: poseer una fuerza tal en el cuenco de la mano que ningún otro o millones de otros reunidos puedan hacer nada fuera de su voluntad; obedecer o convertirse en polvo: piedra filosofal del poder, viejísimo sueño de la imposición. Ahora la tenían los nuevos dioses y me propuse arrancársela para bien de la humanidad.

JAMÁS se me resistieron las matemáticas y pronto descollé en la Escuela de Ingeniería, en la que mi facilidad para el estudio me dio cierto renombre. Al salir de clase solíamos reunirnos en un café, asistía a nuestra tertulia un tal Diactoros, hombre amable del que hablaré no poco más adelante. Sabíamosle al servicio de los nuevos dioses; dije, al descuido, que tenía proposiciones de una beca muy ventajosa, en Bulgaria, para rematar allí mis estudios. No era cierto, pero el resultado de mi treta no se hizo esperar quince días: el soplón me puso al habla con un agregado de la misión norteamericana: sus proposiciones eran excelentes. Remoloneé, que quería ir exactamente a donde fui.

Mientras, mis estudios progresaban a pasos agigantados; sabía más que el circunspecto ingeniero que vino a esperarme al aeródromo Internacional. Me hice el pequeño con tal de fascinarlos; no fue difícil, estrechados como lo estaban por la necesidad.

No tuve que mentir mucho acerca de mis propósitos; mis deseos de libertad e igualdad conjugaban con la letra de sus leyes. Nos pusimos fácilmente de acuerdo: cada quien las interpretaba a la medida de su sayo.

Epimeteo y Dora quisieron alojarme en su casa, tuve la debilidad de aceptar.

Di a los hombres el resplandor terrífico que si todo lo destruye también sirve para transformar. ¿Quién no hubiese hecho lo mismo pudiendo? Me valí de mi fuerza: la treta. El pensamiento tiene sus medios: la añagaza, el embaucamiento, la burla, el gatuperio (de ahí, dar gato por liebre) que bien valen el bíceps, el tríceps, el deltoides o los glúteos si de músculos se trata que, desde los tiempos más lejanos, merecieron tantos honores. El hombre tiene la mentira a mano para salirse con la suya —la justicia— así sea un arma que los fuertes procuren desacreditar fiados en su potencia. El fraude es lo único que dejan a los débiles. Evidentemente yo hubiera preferido llegar y arrebatarles el secreto del potentísimo fuego cara a cara, pero ¿quién hubiese podido? Había que echarles dado falso.

Les metí los dedos por los ojos, el mejor farsante es el que mejor representa, y no hay público como el cegado, tragaron la mentira de mi interés y de mi devoción. Procedí con sumo cuidado, no queriendo dejar nada al aire, los embauqué sin mayor dificultad, que nadie sabía mi propósito; envolví el mico en pañales de verdad, armé la ratonera con el queso que más anhelaban: la admiración por su modo de vivir; creyéronme suyo por interés personal y durmieron tranquilos. No conciben que el engaño sea tan buena prenda como la mejor del hombre. Llevan tan poco tiempo en el ejercicio del poder que todavía les ciega la sola fuerza; supongo que, con el tiempo y los desaguisados, aprenderán.

Fotografié la fórmula y la escondí, en el hueco de una caña. ¿Quién iba a sospechar? No me costó mayor trabajo, todo residía en la fuerza de la idea que me movió: la piedad hacia los hombres, mi decisión de protegerlos contra los que se creen todo permitido por el hecho de ser dioses.

Ahora variarán las cosas; tendrán que parlamentar, reconcomiéndose los hígados, echando pestes, pero tendrán que hacerlo.

Entregué la fórmula a los soviéticos no por que yo sea comunista —no puedo serlo entre otras cosas porque creo en los Dioses que me hicieron—, sino porque son los únicos que podían contrapesar su fuerza.

ROBÉ el secreto, sin otra mira que el bien de la humanidad. Siendo tan obvio y enorme hay muchos que no lo creen.

No había supuesto la tempestad que desencadené empujada por el miedo, y que amenaza hundir al mundo bajo una marejada arrolladora: se figuraron que todos, y cualquiera, son, pudieron o pueden ser espías; se dedicaron a acusarse los unos a los otros con una constancia digna de mucho mejor causa. Sin darse cuenta de a qué catástrofe caminan relegando la inteligencia, siempre sospechosa en estos casos, a una cuarentena inacabable. Serénense: lo hice solo. Si espía tiene que haber no lo soy más que de mí mismo. Por eso, en parte, escribo estas líneas; a ver si con la verdad vuelven las aguas a su cauce. No quiero que paguen otros por mí.

Hicieron la vida imposible a cuantos tuvieron la mala ocasión de relacionarse conmigo e intentaron, e intentan, envolverles en mi obra. No hay tal, me alegraría que estas líneas sirvieran para exculparles. Creo que, a pesar de todo, la sinceridad tiene su tono y que nadie puede dudar de la verdad que encierran estas líneas. Repito que no tuve cómplices, recabo la responsabilidad total de lo hecho; si debía haberla compartido hubiese renunciado a mi intento, que quien compromete a un solo hombre hácelo con millares. Los hombres no serán de fiar hasta el día en que tengan resueltos todos sus problemas económicos. Ésta es otra de las razones de mi acto.

GRAN consuelo ha sido oír tantas voces amigas llegar hasta mí sin temor de represalias. Tengo presente, sobre todo, la carta de una desconocida en la que me aseguraba que me escribía venciendo «su tímida modestia», sus «temerosas lágrimas» por los «afrentosos hierros» que me tenían preso. «Lo que ayer era grande —me decía un obrero de Menfis— ha desaparecido hoy de nuestra vista», refiriéndose a su patria. Hubiese debido morir ya, la solidaridad sería la misma y no serviría de regocijo a mis enemigos.

Mis abogados me hacen saber que, en el mundo entero, se libra una batalla en favor de mi vida, que hasta el Papa ha pedido

clemencia. Mucho lo agradezco pero, cumplida mi misión ¿qué más puedo dar de mí? Si Pilatos hubiese indultado a Cristo tal vez se hubiese salvado personalmente pero hubiera torcido el curso de la historia; al fin y al cabo Cristo debe de estarle reconocido, y no digamos el Santo Padre.

Algunos, llevados por buen deseo, me aseguran que se firmará mi indulto. No lo creo, todavía no han padecido lo suficiente ni, en consecuencia, son bastante inteligentes para hacerlo.

Aunque no creo en la conmutación de mi pena no deja de preocuparme cuál deberá ser mi actitud si se cumple tal eventualidad. Por otra parte, si las razas oprimidas lloran mi suerte; si los pueblos sin lengua, el mar con la suya gimen sordamente y los abismos se lamentan, pronuncian mi nombre en vano porque vendrá un día en que la fuerza que arranqué será vencida por otra; que así es el progreso. No hice sino adelantar las fechas, acortar el espacio-curvo.

Sé que los nuevos dioses son duros de corazón como todos a quienes nada falta en la vida material, que son ásperos y hacen ley de su albedrío, mas algún día serán blandos de entraña cuando de esta misma suerte que la mía sean tundidos por la desdicha que yo habré contribuido decisivamente a forjar.

VINO a visitarme hoy mi cuñada Dora; nunca dejaré de asombrarme de la inconsecuencia de las mujeres. No se le ocurre que pueda estar resentido por su deposición ante el tribunal. La mentira sólo se le figura a las mujeres como medio para salir del paso, nunca con grandeza; lo mismo que la verdad: siempre pequeña. No puede comprender el alcance de mi acto; su interés: saber lo que me han pagado, dónde, cómo, cuándo deposité el dinero; tiene que velar por una descendencia que no tiene. La desengañé. *—Pero, entonces, ¿por qué lo hiciste? —Os he librado del temor a la muerte*. (Me miró como a un hereje; ella practicante y piadosa). *—Lograste lo contrario, ¡ahora ya no podemos vivir tranquilos! —Te equivocas: igualé a los hombres y a los dioses. —Es la guerra. —No, hija, es la paz. Las guerras surgen cuando uno de los contendientes tiene la seguridad de vencer. Al fallar ese sentimiento renace la esperanza: la que tienes todavía en tu bolso. —No me salgas ahora diciendo que lo hiciste por lástima. —Por lástima no, por*

piedad. Sentí piedad de los hombres; por eso, aquí, nadie ha tenido piedad de mí. —Yo sí. (Me acometieron ganas de reír). — *Me condenaron por tu culpa. —¿Por mi culpa? ¿Mentí acaso? ¿Dije algo que no fuera la estricta verdad?* (Para ella la verdad y la virtud consisten en algo terriblemente preciso y estrecho. Las mujeres no comprenden que pueda uno sacrificarse por personas desconocidas; para ellas la razón de los hechos siempre es familiar, atada a la noción de propiedad, sobrevalorando lo que poseen — una sortija, una casa, una máquina de escribir, no digamos su propia vida. Les falta perspectiva. En cambio son menos envidiosas que los hombres. Acerca de la envidia como motor principal de los pueblos mediterráneos y particularmente del mío tendría algo y aún mucho que decir. Su falta me sorprendió aquí, Posible raíz del desprecio que sentimos por la suficiencia de los sajones). Se fue proclamando que yo era un ser imposible, anunciándome el envío de cigarrillos.

SUPUSE que su visita traería otras; no me equivoqué: acabo de recibir la de mi tío el Almirante; hizo larga jornada en «alado monstruo», tetramotor que las autoridades pusieran a sus órdenes para condolerse de lo que llama «mis desgracias». Es hombre redicho, algo ensoberbecido por su grado. Vino *porque a ello le obligaba la sangre* y porque: *no hay quien tenga en mi amistad más parte que tú*; desde luego mentía; no voy a ser yo quien se lo reproche, otros son mis duelos para con él. *Dime en qué se te puede favorecer*. ¡Viejo hipócrita de barba blanca! Como si no fuera conocidísimo de todos y no saltase a mis ojos el espectáculo de su ruina: con tal de que no le quiten el mando de su flota. Su viaje obedeció sin duda a orden de quién, siendo él la mayor autoridad de la marina griega, le manda. Se lo hice comprender en pocas palabras. Se desentendió.

Mi tío, el Almirante, había sido un mito en la familia. Siendo yo niño servía de coco —por sus barbas—, después, por las mismas e influencia germánica hizo de Santa Claus, como dicen aquí. Aparecía, de pronto, cargado de regalos, a veces, bastante borracho. Le teníamos más miedo que respeto, nos molestaba, a mis hermanos y a mí, su peste a mal tabaco y su saliva amarillenta que apegotaba en nuestras mejillas cuando se le ocurría besarnos. Aunque me esté

mal el decirlo, casó con su hermana y tuvo multitud de hijos, que andan repartidos por el mundo. Padeció altibajos en su carrera de marino: los nuevos dioses le quitaron el mando de la flota, se retiró a una lejana finca a reconcomer su malhumor. Debió pasar por una crisis parecida a la de mi tío Efesto —con lo que quedaría en pie cierto aire de familia—, el caso es que, tolerando humillaciones, fue repuesto; a estas alturas el temor hacia sus nuevos jefes era fin y principio de todas sus preocupaciones. Comprendo que, para un marino, el verse alejado del mar es gran suplicio, más si se le complica con el hábito de mando, de todos modos verle llegar en estas condiciones era un espectáculo poco edificante. Estoy seguro de que tragó rejalgar cuando le ordenaron venir; pero obedeció, pudo más la comodidad que la rebeldía. Daba lástima. ¿Qué quedaba de lo que fue para nosotros? Divinidad honoraria, recuerdo borroso de una grandeza pasada, viejo chocho académico de luengas barbas, tipo perfecto de nuestras burlas juveniles no dirigidas a él, su aspecto reafirmó, si falta hiciera, mi posición: ¿Valía la pena vivir para llegar a «eso»? —*¿También vienes tú* —le dije— *de espectador de mis males? ¿Cómo te has atrevido a dejar tus aguas, tus nativos y roqueros antros para venir a la tierra madre del hierro? ¿Llegas a mi curioso de mi suceso o compasivo de mis desdichas? ¡Contempla pues mi espectáculo! ¡Mira a este amigo de los nuevos dioses, que les ayudó a afirmar su tiranía, de qué rigores se ve oprimido!*

No se quiso dar por enterado de mi burla y empezó a recitar consejos mal aprendidos: que mudara de parecer: —*Deja esa arrogancia, desdichado, y aplícate al remedio de tu miseria*. Le contesté, medio en serio, medio en broma, que tuviese cuidado que su visita no le acarrease algún daño. Llevó su lengua por donde quiso asegurándome la vida si me reportaba y descubría mis cómplices y mis planes. Le di las gracias: —*No te molestes, pues cuando quisieras procurar algo por mí te cansarías en balde, sin aprovecharme nada. Con que, hurta el cuerpo al peligro; no quisiera que mis desgracias te alcanzaran*.

Porfió aconsejándome que me inclinara ante el hecho consumado de la nueva situación, que fuera humilde: las cosas hay que tomarlas como son; el rebelarse era de tiempos pasados, podía

creerle: por tener más años que yo. (Nunca he comprendido por qué aseguran que la edad añade sabiduría, una cosa no tiene que ver con la otra, aun al contrario; tranquillo de viejos).

Sin embargo, no pasa por nosotros la vida en balde, y cuando dándose cuenta de mi irrevocable actitud, dijo: —*Tal vez creas que estoy diciendo chocheces* —me entró cierta ternura por la garganta y me dieron ganas de abrazarle, pero el recuerdo infantil de su peste y de su baba me retuvo inmóvil. Además, ¡me hería tan hondo verle convertido en agente oficioso de lo que aborrecía en su juventud!

Buscó otro ángulo de ataque: —¿*No conoces pues, Prometeo, que las razones son médicos del ánimo enfermo*? Siguiéronse frases de doble sentido hasta quedándose, sulfurado con él mismo, volvió a su avión, el rabo entre las piernas. Me dio vergüenza de sus barbas y de algunos de mis paisanos. —*Ten cuidado* —le repetí, al despedirle— *de no irritar el ánimo de tu nuevo señor. Márchate y mantente en esos pensamientos, que ya verás lo que es bueno*. ¡A qué lodosos sótanos puede llevar a veces el interés, el afán de notoriedad, la bambolla!

A TODO hay quien gane: sé porque estoy aquí, en la celda frontera está Iola Moon, que no lo sabe. Su historia es enternecedora: su patrón —gran banquero— la llevó, con engaños, a una hermosísima finca del norte del país con el fingido propósito de dictarle unos informes de la mayor importancia; lo supo la esposa legítima del magnate: los siguió, celosa y malhumorada en extremo. Diose cuenta el hombre y procuró esconder a su secretaria en casa de un guardabosque. No le valió: Iola Moon se vio constreñida a huir, que nada podía contra el rencor de la hija del rey de los abonos químicos, que la hizo despedir de cuantas colocaciones pudo hallar. Movió una policía particular, con cien ojos, que no la dejó descansar un solo minuto. Traspasó la matrona los figurados cuernos. El padre de Iola, al enterarse de las pretensiones de su patrón, de las que ella le informó, la echó de su casa; ya no tuvo paz; temblaba de espanto: no hubo delación anónima a la que no recurrieran para echarla de un sitio a otro. Se desesperaba, mísera virgen errante. Al estallar la guerra se alistó como enfermera, pero el gran señor logró fácilmente colarse como enfermo en el hospital

donde ella prestaba sus servicios, con tal de volver a su asedio. Mas también allí seguía vigilada. Entonces aparece un viejo conocido nuestro: el joven Diactoros, al servicio del patrón: procurando la satisfacción de los deseos de su amo mató a uno de los vigilantes. La influencia del gran señor fue eficaz y no le molestaron. No así Iola que se vio condenada a prisión perpetua, perseguida además por el espectro del muerto, vuelto, para ella, de los infiernos.

Iola Moon ignora a dónde la arrastra esa carrera de desdichas sin término de la que no es responsable; desea la muerte. Se duele amarga y continuamente de su pena; procuro consolarla, pero mis palabras suenan a falso porque sé el calvario que le espera, de cárcel en cárcel, de cómitre en cómitre. ¿Qué culpa paga? ¿Quién la hizo hermosa y deseable? Yo quise, ella no quería; ella huyó; yo fui a la espelunca; pero ambos somos víctimas de la misma fuerza; más lastimosa ella por débil.

QUEDÉ pasmado esta mañana, al ver entrar en mi celda al joven Diactoros, así me lo anunciaran como *Mr*. Nomios. Su curioso sentido de la moral necesita, por lo visto, muchas facetas y otros tantos apellidos. Que fuese griego no me cabía duda (Iola Moon le conoció bajo el nombre de Argeiphantes); gran viajero, gran jugador, aventurero, siempre y ahora al servicio de quien mejor le pagara, buen corredor de la mercancía que fuese; lo que se dice un hombre útil y servicial —y servil que tiene la misma raíz—. Utilizaron sus servicios durante la guerra, ayudó a cambalaches y rescates de hombres sonados y aun de muertos ilustres. Por lo visto, por lo que a mí se refiere, quiere acompañarme al mismísimo infierno; por eso le llamaré de aquí en adelante, *Mr*. Psicopompa.

Hombre de fisonomía variable, según los asuntos a tratar, imberbe por la mañana, barbado al atardecer o viceversa; todo él medias tintas; ladrón desde niño, después, como tantos, se pasó a la policía, para rescatar. Por otra parte, su vida es una auténtica novela policíaca. Siempre con algo que hacer, ocupadísimo en muy variados asuntos, es la urgencia personificada, con alas en los pies; alma de cicerone, mercader de cuanto le viene a mano —entró en los Estados Unidos como viajante en la casa «Hermes», de París—, sólo a gusto en el vaivén constante de la oferta y la demanda; su bordón: ¿quién da más? Ardilla, sabelotodo, habla, no negaré que

con conocimiento de causa, lo mismo del curso del algodón que de petróleo, del trigo y de su transporte, del aceite, de tejidos, del acero, de perfumes, de alfarería o del azafrán; entiende de vinos, de modas, de toda clase de trasmisiones, de la bolsa, de ferrocarriles, de hoteles; en general de la industria y del comercio; su *hobby*: los tesoros escondidos, con tal de cobrar comisión. Lenguaraz, como es fácil de colegir, insinuante, prometedor, capaz de engatusar al más reacio en aventuras inverosímiles: lo que suele mal llamarse «un judío»; persuasivo, capaz de sacarle jugo a las piedras; industrioso, no industrial, gran «caballero de industria», como dicen los gabachos; simpático para los que le ven la cara por vez primera y aun para los que le conocen si les hace gracia esa mutabilidad y potencia adaptable. No hay que decir, si fuesen otros los tiempos: buen diplomático a lo florentino. Hombre de músculos además, gimnasta y de grata apariencia: hombros cuadrados, pocas nalgas, pierna nerviosa y buen sastre; pelo oscuro suavemente rizado, nariz de nuestra tierra, representando menos edad de la que tiene; más qué atleta, *monitor*. Entre sus mil oficios fue agente de funerarias; nadie como él para aconsejar ataúd conveniente, carroza *ad hoc*: maestro de esa clase de ceremonias, conocedor del buen camino al otro mundo, capaz de resucitar a un muerto: un «hombre de provecho».

Un ladrón famoso, con el que tuve algún trato aquí, me dejó entender que el tal no había dejado de indicarle el modo y manera de llevar a cabo provechosos latrocinios y que a él se podía acudir, con toda confianza, para deshacerse al mejor precio de mercancías mal habidas. También me aseguraron —lo supe por los vigilantes— que fue gran tercero de cierto dictador muy sonado (lo que era de sospechar después de su intervención en la vida de Iola Moon), y que no hubo treta —ni trato— a la que no recurriera para mantenerle el lecho bien provisto.

Nada le faltaba, pues, al hombre de esta mañana. Sabiéndose conocido no se anduvo con rodeos; se lo agradecí. Empezó insultándome, con la inconsecuencia natural de los cobardes; llamándome rebelde y mentiroso me exigió la verdad; tachándome de ladrón, exigió nombres y apellidos de mis inevitables cómplices, prediciendo mi aniquilamiento si no me allanaba a confesar.

—*Nuevos sois* —le contesté— *y como nuevos mandáis*

creyéndoos inmortales. La Historia os manda ser más prudentes. También Hitler y Mussolini creyeron habitar fortalezas que nunca se derrumbarían; todavía he de veros caer con mayor ignominia. ¿Crees que tiemblo? Estoy muy lejos de eso. Puedes volver por donde has venido.

No se dio por enterado. Entonces le dije, seguro del terreno que pisaba, que por nada trocaría mi desdicha por su servil oficio. Varió de tono para indicarme que parecía regodearme con mi fortuna. Se la eché en cara escupiéndole que ¡ojalá! le viese, a él y a sus amos, en la situación en que me encontraba. Me motejó de loco, le respondí que lo estaba si lo era odiar a los enemigos. Cambió de nuevo, yo admiraba su ductilidad, para recomendarme prudencia; ofreciéndome la respuesta en bandeja de plata, se la di: —*Si la tuviese no te dirigiría la palabra, alcahuete*.

Hízose el sordo y fue a lo que le interesaba: —*¿No piensas decir nada de lo que deseamos saber*? Reí. —*¿Te burlas de mí como si fuese un niño? —Pues qué* —le contesté—, *¿no lo eres? ¿No lo demuestras esperando que hable? Si me pusieran en libertad… —Está en tu mano: resuélvete a ser cuerdo una vez siquiera*.

Me cansó su presencia, le espeté claramente que me importunaba, que se metiera en la cabeza que nada me haría cambiar de opinión. Entonces descubrió su verdadero propósito: me amenazó con las peores torturas. Con boca tan habituada a decir describió, no sé si con fruición, los males que caerían sobre mi cuerpo; mi hígado deshecho, los dolores insufribles cada día renovados. Aseguró que sus jefes no mentían y cumplirían sus palabras inexorables. Para rematar su discurso, según los cánones de esta retórica, me aconsejó, una vez más, reflexión y prudencia.

En esto había entrado en la celda cierto padre evangelista; tuvo a bien intervenir recalcando lo juicioso de la tirada; añadió algo de su cosecha: —*Es vergonzoso* —dijo— *que un sabio se aferre a su equivocación…* Me encogí de hombros, contesté, con cortesía para el sacerdote y manifiesto desprecio para el agente, que la embajada era inútil dado que con la sola aparición de aquel esclavo ya la conocía, que padecer bajo el poder enemigo nunca fue afrenta, que estaba dispuesto a aguantar cualquier mal por el bien que había realizado, que la muerte no me importaba ya que, de hecho, y por

lo hecho, era inmortal.

Estalló mi coterráneo tomando a los insultos; de mentecato y demente no bajó. Pidió al padre que me abandonara, de una vez, a mi mala suerte, cosa a la que el buen señor se negó con palabras terminantes y poco agradables para el falaz mensajero. Fuese éste, furioso, con nuevas pestes. Réstame decir, para dejar constancia de la verdad, que el sacerdote no esperó a más para marcharse también. Quedé solo, bastante satisfecho de mí. Sé que no me molestarán más. Ya las palabras son obras. Pondrán contra mi espanto: vean todos cuán sin justicia padezco por ella.

Nota final

EFESTO escribió a su familia relatando el suplicio (19 de junio). Poseo la carta, mas su diálogo con el alcaide, que reproduce con todas sus letras, es idéntico al del prólogo de cierta famosísima tragedia que en su título lleva el nombre de nuestro héroe. No la copio, remitiendo a texto tan conocido y a la digna actitud y silencio que, en ese trance, observó Prometeo N.

Notas

[1] Título de los reyes Soninké de Ghana. < <

[2] Entre las varias versiones del mismo cuento, que luego recogí, alguna acaba en este punto y con esta frase: «Entonces la ballena se lo tragó». < <

[3] En otros lugares del Sudán el cuento tiene este final: «Lloró tanto que allí se formó un lago. Cuando éste forzó las montañas, vino a río. Los blancos suelen llamarlo Nilo. Cada año
Uba-Opa
hace el viaje, cada año los peces le advierten de lo que le va a pasar, cada año
Uba-Opa
no les haces caso, cada año
Uba-Opa
llora y cada año el río se desborda». < <

[4] Es curioso observar cómo la forma de los túmulos del Níger —pongamos por ejemplo, la tumba de los Askias en Gao— se parece a las pirámides aztecas y mayas. Quizá

Uba-Opa

fue de los primeros en cruzar el Atlántico. Por otra parte existe otra versión —del Uban-ga-Chari— según la cual el negro —que se llama La Yasibo— marcha tierra adentro: se le acercan diez animales para disuadirle de seguir adelante: a) Un mosquito, b) un moscardón, c) una mariposa, d) un pájaro de cien colores, e) un búho, f) una liebre, g) una gacela, h) una jirafa, i) un elefante y, finalmente, j) un tigre, que se lo come. La letanía es más o menos idéntica. Lo curioso es que el negro, que marcha hacia el oriente, se va volviendo amarillo de tanto sol y que el propio astro le va encogiendo la piel, con lo cual sus ojos se le vuelven pequeños y oblicuos. < <

[1] ¿Qué será combie? Dicté estas líneas sobre un manuscrito hoy perdido. No me atrevo a rectificar esta errata de voz a mano. No suena mal eso de «algo más que combie y menos que faldero». Todos entenderán lo que quise decir; entonces ¿a qué rectificar la casualidad? (N. del A.). < <

[1] Un periodista ha propalado que fui ca paz de insuflar vida a un robot; no es cierto por mucho que me interese la cibernética, la vida todavía es secreto de los dioses. < <

[2] Hay aquí una curiosa referencia a la última parte de la trilogía de Esquilo (perdida para nosotros) referente a Prometeo y que sólo conocemos por referencias de Píndaro, Temis —la Justicia— ya predijo: «Está escrito que si la hija de Océano se une a Zeus o a su hermano parirá un hijo más poderoso que su padre, y ese hijo blandirá, una arma más terrible que el triple rayo o que el invencible tridente. Renunciad, pues, a vuestros proyectos…» (Istmico, VII). (Nota del T.). < <